

LA SOCIEDAD.
ESTUDIO DE CUESTIONES
PALPITANTES
❧
FILOSÓFICO-LITERARIAS
POR
D. TOMÁS ESPAÑA MARTÍN

PRIMERA PARTE.

TORO.
Imprenta de Policarpo Lobato Alonso.
1894.



DG
A

~~29~~

60e

C-11380

A. Estrada
Director del Proseguimiento
muerte de afectuosa
consideración

El Tutor

+170904

C. 1221734

ADVERTENCIA.

Constando esta obra de dos partes independientes la una de la otra, se venderán por separado.

Precio de la primera 3 pesetas.

La segunda en prensa.

Todos los ejemplares irán numerados, sellados y rubricados por el Autor.

LA SOCIEDAD.

33



LA SOCIEDAD
ESTUDIO DE CUESTIONES
PALPITANTES
Y
FILOSÓFICO-LITERARIAS
POR
D. TOMÁS ESPAÑA MARTÍN.



TORO.
Imprenta de Policarpo Lobato Alonso.
1894.

*Es propiedad del autor, y queda
hecho el depósito que marca la ley.*



R. 137460

DEDICATORIA

á mi querida esposa

Doña María de la Cruz Casares.

Esposa mia: habiéndome acompañado tú en mis largas soledades, y exalando tus labios de continuo el delicioso perfume de las almas generosas, la atmósfera que á tu lado respiré, no ha podido menos de ejercer influencia sobre mí; por esto pues, ya que

*contribuiste á ennoblecér mis senti-
mientos, fuente de mis acciones, es por
lo que gustoso te dedico este trabajo,
para que sea notorio, que si algún pe-
queño mérito, por lo humanitario,
en él se hallare, más se debe á ti,
que á mi*

Tu esposo,
TOMÁS.



AL LECTOR

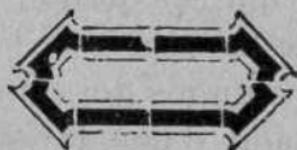


Caro lector: con el título de «LA SOCIEDAD» presento á tu consideración reunidos hoy varios trabajos, por si pudieras en ellos encontrar alguna útil idea, cual fuera mi deseo. Aun cuando son fruto de meditaciones solitarias, que es donde se forma el buen temple de las almas, y los más sólidos juicios, en algunos de estos puedo haberme equivocado, dadas las múltiples causas de nuestras flaquezas y errores.

Tu discrecion espero habrá de juzgarme con benevolencia, habida razón de la sinceridad que me ha guiado, y mis vivos deseos por la mejora morál, é ilustración de mis semejantes, bases de la verdadera civilización de los pueblos. Si pues en ellos

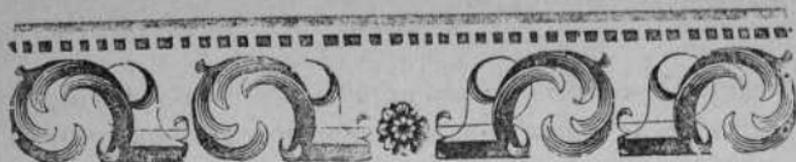
encuentras una marcada tendencia humanitaria, á la vez que el sello de la sinceridad, si en ellos descubres algo que te ilustre, y que pueda elevar tu alma, é infundir la resoluciones generosas, que es el fin á que debe aspirar todo escritor, me congratularé mucho de haber conseguido el objeto que me habia propuesto.

EL AUTOR.



PARTE PRIMERA.

CUESTIONES PALPITANTES.



SOBRE EL GRAN PROBLEMA SOCIAL DE NUESTRO SIGLO Y LA DEFENSA DE LA LIBERTAD, LA POBREZA Y LA JUSTICIA.

Recorred los ámbitos del mundo, de Oriente á Poniente y del Septentrión al Mediodía, y por todas partes oireis un sostenido lamento, un prolongado gemido; es el quejido de la humanidad, que apesar de sesenta siglos de lucha, de sesenta siglos de penosa marcha por el desierto de la vida, no ha llegado aún al fin de su jornada.

Sostenida en su progresiva evolución por dos contrarias fuerzas, que sostienen el mecanismo de la historia, á la manera que se sostiene el mecanismo de los mundos, aquella avanza, retrocede despues, oscila más tarde, y por fin continúa su marcha con paso lento y trabajoso, que indican que los humanos destinos habrán de alcanzarse á costa de grandes esfuerzos.

La marcha de la humanidad por los extensos espacios de los siglos, contemplada desde la cumbre de nuestros

tiempos y con generalizadora mirada, no presenta otro aspecto que el de un vasto campo de Agramante, en el que aparece una continua lucha por la libertad y la existencia.

El alma se apena cuando se medita en la série de escalones que el hombre ha tenido que subir para alcanzar su libertad; es desgarradora la historia del trabajo; conmueve hondamente la historia de la esclavitud; parece como que una inmensa catarata de plomo se desprendió desde la cumbre de la eternidad para venir á sepultarse en los abismos de la historia. ¡Ay! y desde entónces la humanidad camina con una enorme presión sobre sus hombros, y se agita, y forcejea, y nunca puede remontar su vuelo más que en alas del pensamiento por los inmensurables horizontes del infinito, é iluminado por la luz de la esperanza. ¡Esperanza! hermosa palabra, que solo ella ha podido sostener al mortal sobre la tierra, porque, ¿qué sería de la humanidad sin la esperanza? Permanecería como en tenebrosa noche de horrible tempestad, sin esperanza de nuevo y claro día.

¿Quereis saber lo que vale una esperanza? Pues contemplad ese pueblo por Dios escogido para sus designios, que domina á los demás pueblos con sus metafísicas ideas, que cautivo en Egipto, vence el poder de los Faraones; que, vence á Ciro el gran rey de Persia, que estremece á los Baltasares en sus festines mediante las conocidas y fatídicas palabras en la pared escritas por misteriosa mano. Pueblo cuyo pensamiento jamás cautivaron las huestes de Alejandro con todas las costumbres y cánticos de la hermosa Grecia, á quien no doblegaron los halagos de los seleucidas, que vencido en Roma levanta su Dios en las gradas del

Capitolio. Pueblo sin igual en la historia, y cuyos fantásticos hechos se deben á la esperanza en el Mesías, y que aún le sostiene en medio de las persecuciones que ha sufrido, en tanto que á imperios colosales los arrebatara la impetuosa corriente de los siglos.

En medio de las guerras y revoluciones de mayor ó menor cuantía que la historia en sus fastos ostenta, descuella una revolución de capital importancia; ya comprendereis que aludo á la revolución de Francia en el pasado siglo. ¿Y por qué fué tan horrible y tan sangrienta esta revolución? Porque no fué revolución de partidos, no fué guerra de fracciones solamente, sino una protesta de la humanidad en masa contra tiránicos poderes que hacía tiempo la esclavizaban; era la lucha de la humanidad por despedazar las cadenas de la esclavitud en busca del despejado cielo de la libertad, divisada en lontananza por la mirada de un filósofo desde la cumbre de su génio iluminado por la radiante luz de inspiración divina; he aquí por qué fué dicha revolución tan horrible y tan sangrienta, porque reclamaba derechos violados hacía cerca de sesenta siglos, y no habían sido atendidos á pesar de la excelsa doctrina del gran mártir del Gólgota. El vaso estaba lleno, y una sola gota lo hizo derramar; el combustible estaba amontonado hacía mucho tiempo; se hallaba seco el calor del fuego de los corazones, y una sola chispa la haría fraguar con estrépito espantoso; hé aquí explicado de por qué pequeños acontecimientos aparentes producen á veces explosiones violentas, porque son principio y no causa, pues no hay que confundir los principios con las causas; éstas son inherentes, aquéllos son accidentales, y en la natu-

raleza como en la sociedad todo tiene sus leyes y causas que lo expliquen, por más que las cosas parecan contradictorias, ó sin causa suficiente; por que la naturaleza como la historia si es múltiple en sus hechos y manifestaciones, en sus leyes y en sus causas siempre tiende á la unidad. Si hay una violenta conmoción, y la causa parece pequeña, remontaos más allá, y si áun no la encontrais, no desmayéis, que vuestros sucesores lo harán; tambien en nuestro organismo existen pertinaces dolencias, motivadas al parecer por pequeñas causas, y es que hay vicios diatéxicos que las sostienen, por más que nuestros antecesores no los vieran claros.

Por más que quiera sostenerse que las revoluciones son obras satánicas, yo creo lo contrario, que son obras providenciales, cuando llegada la hora de las reparaciones en relój de los tiempos, Dios tiene á bien que sus designios no hallen obstáculo á su progreso, y entónces permite que se arme el brazo de los hombres en demanda de sus violados derechos; estos entónces, abusando de sus fuerzas, cometen atropellos.

Porque, desbordados como impetuoso torrente á quien un dique contuviera, no pueden menos de precipitarse bajo el peso de sus mismos dolores é infortunios, y si la moral, esto no lo justifica, la razon lo explica y lo disculpa, por aquella ley de que, «en la naturaleza, como en la sociedad, la reacción es igual y contraria á la acción;» en el orden social, como en el natural, el que viola sus leyes halla el condigno castigo, y los Gobiernos que á ellas faltan tienen que ver catástrofes en sus reinos; la reflexión, único freno que pudiera evitar grandes excesos, en los momentos de

desesperación. no la buesqueis; quiso la Providencia privar de ella entónces á la humanidad para patentizar mejor los desastrosos efectos de la tiranía, sirviendo de este modo de provechosa enseñanza; por esto no debeis juzgar las revoluciones por sus efectos inmediatos, desastrosos á más no poder; juzgarlas en sus consecuencias, y vereis ocultos designios.

¿No es de ley que la humanidad ha progresado á costa de grandes trabajos y calamidades, á causa de su flaqueza, que le hace retroceder por una parte, y de su alma, soplo divino que le hace avanzar por otra, y cuya resultante de tal oscilación es un progreso lento, pero continuado? La vida de algunos miles de hombres á quienes se les anticipa su fin algunos años, ¿puede compararse al beneficio de la libertad de que disfrutaban posteriores generaciones? De ningun modo; es de ley que todo lo grande es costoso, y las vidas inmoladas en aras de sagrados derechos, de que generaciones posteriores habrán de disfrutar, constituyen un sacrificio que honra á la humanidad, porque solo el dolor y el sacrificio pueden hacer grandes las causas. ¿Qué hubiera sido de nuestros hijos, qué de nuestra raza, si nuestros abuelos no sacrifican con santo fervór sus existencias en áras de su independencía cuando el águila francesa invadió nuestros hogares con sus aguerridas huestes? Vosotros contestareis por mí; hechos de tal naturaleza, ¿no revisten las páginas de nuestra historia de un caracter sagrado é inviolable? Hay que desengañarse; todo lo que lleva impreso el sello del dolor y del sacrificio, reviste caracter de grandeza, asi como lo que va envuelto en el deleíte, brotará raquítico y miserable, porque por todas-

partes hallaréis la ley de las compensaciones, que constituyen la armonía del mundo moral, porque sin ella no hay equilibrio, y sin equilibrio los mundos no pueden sostenerse. Parece que las grandes ideas han brotado, como los grandes organismos, entre lágrimas y sangre, para que las analogías resulten mayores por todas partes.

Si el hombre nació para ser libre en sus legítimos derechos, y por su libertad peleó hasta el sacrificio, también nació para sustentarse, y por su sustento se sacrificará también, porque si la vida es odiosa sin la libertad, sin alimento no se concibe, y el instinto de conservación es innato y poderosísimo; siendo este instinto, á la vez que tan potente, general á la especie humana, el sacrificio por sustentarle resultará una ley por todas partes, y si bien la reflexión sirve de freno á los instintos para que no lleguen al cumplimiento de sus fines por medios violentos, también es cierto que otras veces esta misma reflexión dá los ideales que impulsan los instintos y sentimientos, y juzgando el hombre de diverso modo, según las circunstancias y los tiempos, cambia su conducta por este diverso modo de apreciarlas ó juzgarlas; por esto no vino la revolución de Francia hasta fines del pasado siglo, en que los filósofos, dando nuevos ideales á la humanidad con sus trabajos, amontonaron el combustible que había de formar después la hoguera de la revolución; aquellos imprimiendo en el pueblo nuevas ideas, que nunca él con tal extensión había concebido, hicieron brotar nuevos y más grandes sentimientos, y éstos fueron á hurgar los instintos de la destrucción y de la lucha. De esto quiero que resulte una enseñanza; quiero que se medite que en este siglo el pueblo

va adquiriendo nuevas ideas acerca de su derecho de subsistencia, en vista de los sentimientos de dignidad adquiridos por la libertad y la igualdad; se cree con derecho á existir, porque dice que para ello vino al mundo, y como á la vez que esto sucede, el monopolio en este siglo (por las causas de todos conocidas) va siendo cada dia mayor, y esto engendra una pobreza que forma contraste con los derechos cada vez mayores, á que el pueblo se cree acreedor; de tales elementos en conflagración á la menor causa resultará una catástrofe que será quizá no menos espantosa que la de Francia, si á ello no se pone pronto remedio, porque una parte del pueblo, quizá no pequeña, arguye así: «Yo busco trabajo, y no lo encuentro; explotan de tal modo mi debilidad, que en vez de condolerse de ella, mis hijos, mi mujer y yo más parecemos esclavos de una máquina que otra cosa; ¿de qué me sirve á mí esa tan decantada libertad, si yo siempre he de estar hecho un esclavo, porque ni aún me dejan las necesarias horas de descanso? Si para mí los derechos son un mito, á causa de la perfidia de los hombres; si mi mujer ni aun puede dar á mis hijos ese pan de alma llamado educación; si ni aun puede animarles con el fuego de su mirada; pues estos hijos de mis entrañas, si llegan alcanzar vida, serán raquíticos y miserables, y como ni ellos pueden recibir educación, ni yo tampoco puedo dársela, porque ni aun la he podido recibir como debiera, resultará que, escasos de educación y de medios morales, y exacerbados por las contrariedades de la vida, irán facilmente á un presidio ó á un cadalso, porque como dijo Victor Hugo, los dos pilares de la guillotina son la ignorancia y la miseria.» ¿Y es esto justo?

continúa diciendo el padre. ¿Por qué las leyes de mi patria han de castigar de aquel modo á mi hijo, falto de medios morales cohibitivos y de toda la amplitud de la reflexión, y colocado bajo la fuerza de los impulsos que dan las contrariedades de la vida? ¿Por qué han de castigarle de igual modo que al criminal que obra con pleno conocimiento de causa y sabe la trascendencia de todos sus actos en todos los pormenores y ulteriores consecuencias? ¿Con qué derecho puede el Estado pedir á mis hijos una responsabilidad de que él es quizá tan responsable como ellos? ¿Por qué se han de juzgar para el castigo las acciones de los hombres solo por sus efectos y no por sus causas? ¡Vaya un criterio del delito, atender á los efectos y no á las intenciones del que lo perpetra! Por otra parte, añade: «Dios, que crió á toda clase de vivientes, al echarlos al mundo les dejó todo lo necesario para su existencia, porque yo no puedo concebir que se complazca en hacerles sufrir los suplicios de Tántalo, y si esto sucede hasta con los animales, ¿que motivo hay para que los hombres se mueran de misera? Si esto no es posible que entrara en los designios de Dios, los hombres egoístan deben tener la culpa de ello, porque aunque la propiedad sea sagrada y deba respetarse, el abusar de ella, aunque á ello haya derecho, no lo tengo por moral, porque no es lo mismo el derecho que la moral, y por otra parte, añade; ¿qué necesidad tiene el potentado de insultar á mi pobreza gastando á mi presencia y sin recato lo supérfluo, mientras á mi me falta lo más necesarro de la vida? Esto no es equitativo dice, y como no lo tengo por moral, no puede durar, porque solo es durable lo que se funda en la moralidad, y las

leyes del universo se hallan defendidas por el castigo; y concluye así; «pues que Dios no quiso este estado de cosas, sinó que es obra de los egoistas, hay que cortarlo, sinó de un modo, de otro; que Alejandro Magno, cuando no pudo desatar el nudo gordiano, lo cortó, y el hombre por su existencia cometerá cualquier exceso, por caro que le cueste;» y ante la fuerza de tales argumentos medita una reparación para el día en que la ocasión se le presente, si la caridad no lo remedia. Si esta llega á ser violenta, los Gobiernos entonces tomaran la revancha, y aunque tengan el derecho de defender la propiedad, es lo cierto que sus castigos es dudoso puedan extinguir la hoguera; harán tal vez lo contrario, porque todo elemento comprimido estallará con más violencia el día que se aflojen los resortes de su compresión, y como lo que está terso mucho tiempo, no puede menos de venir al estado opuesto por una ley fatal que dice «que la reacción es igual y contraria á la acción,» los Gobiernos, si las causas aprietan, tendrán que entrar en un periodo de atonía que les impida obrar ya enérgicamente

Con esto aprenderán los Gobiernos, con triste experiencia, que deben apelar á mejores medios si quieren conseguir sus fines; remontarse á las causas y dejar los efectos, que un volcán no se apaga porque se obstruya su cráter, que si éste se tapa, el fuego central estallará por otra parte con más horribles estremecimientos.

(Nota para más detalles sobre la impotencia de los castigos de los Gobiernos y de los tiranos, sobre el curso de las ideas, vease mi artículo titulado «Benjamín Franklin y su raza de los Estados Unidos,» que allí se completan

las razones de impotencia con toda la necesaria amplitud.)

No es mi ánimo al hacer estas indicaciones, que jamás venza el derecho de la fuerza; todo por el contrario, sin tenerme por pesimista quiero colocarme en el terreno de las probabilidades, y que aprovechen los dictámenes de la razón y las lecciones de la historia.

Todos sabéis que cuando el pueblo romano, á costa de sacrificios había alcanzado grandes derechos, para ejercerlos se encontró con que necesitaba mucho oro; del fondo de aquella injusticia brotó lo que siempre: una protesta, representada por los Gracos, la aristocracia la ahogó en sangre, y de las cenizas de los Gracos esparcidas á los vientos brotó Mário; Mário, más célebre por su defensa de los derechos de la plebe que por su famosa derrota de los cimbrios.

La aristocracia arrojó á Mário al destierro, desnudo, solitario y hambriento, y se levantaron Saturnino y Druso; la aristocracia los apedrea, y aparece Catalina, última representación de aquella lucha social, y la aristocracia lo persigue y lo derrota, y entonces viene César, y el pueblo leyendo su destino en su frente, le entrega su libertad y sus derechos en cambio de oro y de venganza, y César resuelve el problema social, repartiendo entre el pueblo la fértil Campaña, y entonces, en justo castigo de tantos abusos, apareció aquella dictadura de cinco siglos, que hizo á las generaciones víctimas del más horrendo despotismo.

En la revolución de Francia vereis una cosa análoga, porque hechos análogos traen consecuencias parecidas; cuando ésta, después del periodo demoledor, entró en el de reparación; he aquí lo que sucedió; el pueblo, que á

costa de tantos sacrificios había conseguido sus derechos, vió que para ejercerlos necesitaba comprarlos, y de esta injusticia nació el socialismo, que hizo estremecer á la clase media, porque venía á ser el castigo de sus crímenes.

Señores: sin ánimo de violentar las analogías puedo decir, que al pobre aún le falta mucho para estar en pleno goce de sus derechos, á pesar de la aparente libertad que se le otorga; bien sabido es que está desprovisto de recursos y de influencia, retraído, porque hasta la miseria le entorpece y le acobarda, que no hay cosa que acobarde más que la miseria; aún no ha pasado á habitar las regiones serenas de la libertad, donde las almas que en ellas entran deben sentir un goce que recuerda el de aquellos seres, que de claridades en claridades vagan por aquel Océano de luz, que la Providencia al justo tiene deparado.

Late al corazón desbordado y tumultuoso, y el pecho se levanta agitado á impulsos de generosa indignación cuando se piensa en lo que pasa en ciertas oficinas del Estado. Decid al pobre que penetre en alguna de las antedichas oficinas, y un escalofrío conmoverá todo su ser, á la vez que le hará retroceder conmovido, y lo primero que os contesta es lo siguiente:

—¿Para que he de ir á pedir justicia allí donde ni aun se dignan escucharme? ¡Vano intento! ¡Infeliz! Si los vientos de la influencia no agitan sus negocios, inertes se quedará: como las hojas del árbol en serena calma; ¿y es justo esto? ¿por qué ha de ser menester para el despacho de los negocios tantas recomendaciones? Porque hay mucha miseria en el mundo: el que se impone un cargo, ¿no está obligado á desempeñarlo con la puntualidad que la buena

conciencia recomienda? ¿Hasta cuándo se ha de estar explotando á la humanidad de un modo tanto más inicuo cuanto que se hace con todo el abuso de atribuciones? ¿Pues qué, cuando yo como médico, me encargo de la asistencia de algun enfermo pobre, ¿necesito que se me recuerde mi obligación á todas horas y momentos? ¡Sofistas miserables los que abusais del pobre tan infamemente, abandonad con redoblado paso los locales que con vuestra presencia deshonrais, y pasad pronto á ocupar otros más dignos de vuestro mal comportamiento, que la patria os quedará por ello agradecida!

Y en las quintas, ¿que es lo que con el pobre pasa? Mi pluma no se atreve á penetrar en tan inmundo lodazal, y por eso aquí hace punto.

¡Y aún os atreveis á hablar al pobre de su libertad! ¿hasta cuando ha de durar ese sarcasmo que no tiene calificativo en el idioma de la que fué Patria de hidalguía? ¿Libertad llamais á los imperativos caprichos del potentado, que obliga á aquel desvalido á someter su voluntad al férreo círculo de su antojo? ¡Y decís que el pobre tiene libertad! ¿Libertad, el infortunado jornalero que en enrarecida atmósfera sigue los acompasados movimientos de una máquina de un modo casi tan fatal y automático como ella los ejecuta? ¿Libertad, el que llegando á su casa rendido de cansancio, ni aun puede tender una mirada hácia las regiones donde se albergan las almas dignas de tan feliz morada? ¿Tiene libertad el que por intuición sabe, que mientras sus condiciones no mejoren, despojándose del peso de su miseria é infortunio, jamás podrá remontar el vuelo á ese cielo donde esplendoroso brilla el sol de la verdad?

¿La tiene acaso ese sediento viajero del desierto de la vida, que con ansia busca el sereno lago donde apagar su sed, y solo encuentra por todas partes falaces espejismos que le desvanecen, le ofuscan y confunden? ¿Libertad, el que escaso de medios de educación, y débil por ende el timón de la reflexión, se halla en el proceloso mar del mundo, á mercéd del vendabal de las pasiones, y sin que aparezcan á su vista las playas de la caridad desde que el Cristianismo parece haber huido de la tierra?

¡Ah, infeliz! Si el calor de la luz vivificante del Calvario no despoja las nieblas del entendimiento de los hombres, á la vez que funde los círculos de hierro que aún te oprimen con engaño, no tiendas anhelante á otra parte tu mirada; porque sólo encontrarás las regiones tenebrosas del excepticismo y de la duda, padres de ese mónstruo de cien cabezas, y cuyo despiado nombre es... egoísmo.

¿De qué le sirven al pobre los derechos que la ley le otorga, si el rico se le impone por la fuerza de las circunstancias? No encuentro, para evitar esto, más que dos medios que obren á la vez: severas leyes contra los impositores de sus caprichos, y la regeneración de costumbres por medio de la persuasión y la moral, á la vez que se mejora la suerte del pobre. ¡Si á oídos de los reyes pudieran llegar todas las quejas de sus pueblos! ¡Desgraciados, que ni aun pueden hacer todo el bien que sus buenas almas quisieran, por las razones que dá Fenelón en su *Telémaco*.

¿Cuales son los mejores medios para la resolución de ese gran problema social de la miseria? A mi corto entender, dado con la lealtad sincera de quien se conduce de ajenas desgracias, surgen dos medios: Primero, plena li-

bertad de asociación en los obreros para que ellos escogiten los medios propios para su defensa en la desgracia por medio de asociaciones filantrópicas y económicas, y segundo, caridad por parte de los potentados, amplias en todas sus esferas; es decir, en resumen libertad y fraternidad, palabras ya pronunciadas por el gran mártir del Gólgota diez y nueve siglos há.

No lo dudeis; el Cristianismo ó los Gobiernos que en el se inspiren, están llamados á resolver la gran cuestión social, ¿y queréis saber por que? Pues no es solamente por ser la religión de caridad, es porque además su moral tiene por base los instintos y sentimientos de la humanidad, y de este armonioso ejercicio no puede menos de resultar el progreso, porque el estudio de la historia de aquella nos enseña que el progreso verdadero ha consistido siempre en acercarse el hombre á las leyes naturales, y todo lo que de ellas le aleje es barbarie. Desgraciadamente, la humanidad no ha seguido siempre ese camino, porque las pasiones de los unos y la ignorancia de los otros, han estorbado el triunfo de la verdad y de la justicia, y lo retardarán aún más mientras la educación de los pueblos se aleje de los fines del Creador y de su moral y su doctrina, porque ningún filósofo ha podido darlas más en armonía con los buenos instintos y sentimientos de los hombres.

Para comprobar lo que voy diciendo, y que se vea lo poco que puede alcanzarse en la resolución del problema social que nos ocupa sin el apoyo de la religión, escuchad lo que dice un filósofo.

«¿Que viene á ser esa economía sin religión y sin Dios

encerrada en el círculo de hierro de vuestras implacables teorías? ¿Qué viene á ser ese mundo llamado económico con las producciones que en él se acumulan, con las almas que en él se agitan, con las vidas que en él se gastan, con el sudór que en él se vierte, con la sangre que en él se corrompe, con las virtudes que en él perecen, con las convicciones que en él se extinguen y las degradaciones que en él se multiplican?

«¿Qué es ese inmenso y perpetuo trabajo, aquí encorvado sobre la tierra, allí sujeto á un yunque, más allá jadeante con el sudór en el rostro delante de un horno para producir dia tras dia, hora tras hora, el alimento cada vez más abundante y cada vez más escaso para la especie humana siempre hambrienta?

«¡La economía atea! ¿Que otra cosa significa sinó el aplanamiento de la especie humana sin poderse levantar de la tierra, arrastrando en el fango de sus irremediables corrupciones la pesada cadena de su vida? ¡Cadena de presidiario, en que no se ven más que dos cosas unidas la una á la otra por la mano de la fatalidad! ¡Gozar y trabajar, trabajar y gozar!

«¡La economía atea buscando solo en el poder del trabajo la solución del terrible enigma! ¡Ah! ¿No lo veis? Es el círculo eternamente cerrado de las revoluciones y de las catástrofes sociales; círculo fatal en que el género humano agoviado por el trabajo, y hambriento de goces va dando vueltas sin encontrar salida, creándose más necesidades á medida que quiere saciarse, y haciendo prodios de energía para abrir en su alma nuevos abismos de deseos; profundos abismos que se ahondan cada vez más

á medida que se acumulan los productos en la superficie del globo, y á medida que el festín á que la materia convida á los pueblos sin Dios, crece, y se hace más espléndido y más delicado; espantosos abismos que se llaman los unos á los otros, y en sus convulsiones y en su furór renovado perpetuamente, amenazan tragarse á los pueblos cada vez más sedientos de goces, más devorados por la ambición, y siempre apesar de la energía de su trabajo, fatalmente insaciados, fatalmente desesperados.....

«Ahora bien, ¿cual es la causa de este espantoso atoladero en que la economía sin religión encierra á los pueblos? ¿Que es lo que produce en el fondo de las almas aún en las más opulentas capas de la sociedad esos abismos de deseos y esos pozos de ambiciones? ¡Ah! señores. Esto obedece á un principio elemental que es menester tener siempre presente: consiste en que los pueblos tienden tambien á lo infinito; tienen hambre y sed de infinito; y cuando los separais de Dios y sustraeis á sus deseos el infinito real, se ve precisado á dirigir á la tierra esa pasión, que no puede remontarse hácia el cielo; ese deseo de infinito engañado pero no extinguido por la negación, se lanza con toda su energía sobre lo finito harto débil para resistirlo; llama á lo imposible, y estrujando con furór la vil materia incapaz de satisfacerle, se obstina en buscar de revolución en revolución y de catástrofe en catástrofe bajo el nombre de indefinido un simulacro y un fantasma de lo infinito.

«Y he aquí lo que por voluntad de los hombres sinó por la fuerza de las cosas, condena al ateísmo á hacer de la economía inspirada por su aliento, un problema sin solución, un círculo sin salida, una servidumbre sin remedio,

una provocación de deseos sin límites, y de convulsiones sin fin; en una palabra á hacer de un instrumento de civilización y de progreso un instrumento de decadencia y de barbarie.»

Comparad ahora entre lo que acabais de oír y la religión de Jesucristo.

Y no me digáis que el Cristianismo ha perseguido encarnizadamente á sus enemigos; que no puede hacer esto una religión de caridad; no fué él, fueron las bajas pasiones de los hombres que cubrieron sus venganzas con el manto de la justicia, como acontece con frecuencia; y no me digáis que se ha opuesto al progreso de las ciencias, no; que fueron los hombres de bajas pasiones ó de cortos alcances que quisieron reducir su círculo tanto como lo era la estrecha esfera de su inteligencia, y á esta estrechez quisieron adaptar los textos bíblicos; porque no puedo hallar contradicción entre una moral progresiva y los descubrimientos de las ciencias; para mí esto está tan en pugna como el que un cuerpo, caliente y enfríe al mismo tiempo, porque eso sería dar vida á la sociedad y quitársela á la vez, y nadie puede suponer tales absurdos en los designios del Creador; buscad contingencias, buscad causas fortuitas de sucesos contradictorios en la apariencia; estas las encontrareis; pero no encontrareis jamas causas generales eficientes y contradictorias, porque esto es hallar á un tiempo el sér y el no sér; esto sería hallar el absurdo en la sabiduría infinita, y esto no puede ser.

Por esto sostengo y refuto lo anteriormente enunciado.

Las contingencias ó las causas fortuitas de las cosas que son los principios de ellas, se han tomado por las

verdaderas causas generales y eficientes y he aquí el error; principios ó contingencias son una cosa, y causas generales eficientes es otra muy distinta; pero el vulgo las confunde, por aquello del *post hoc ergo propter hoc*.

De ningún modo el trabajador, por tener libertad en sus asociaciones, debe abusar de ella, é intentar una igualdad completa en la propiedad y en las cosas todas, de que no hallo posibilidad por dos razones; primera, porque las sociedades que permanecen en el socialismo, como carecen de autonomía ó individualidad, faltas de estímulo, no progresan: y segundo, porque, aunque seamos iguales ante la libertad y ante la ley, no lo podemos ser en todo lo demás, porque la Providencia, que nos echó al mundo con diversidad de aptitudes é inclinaciones, bien claro lo indica.

Las sociedades cristianas vivieron en comunidad, porque Jesucristo vino á verificar una reacción contraria al egoísmo antiguo, y todo hacía falta entonces para dar ejemplo al mundo, y por esto hoy, que el influjo de la materia y del deléite es trascendental, hace falta una reacción en opuesto sentido; es decir, ejemplos de sublime abnegación, pero que vengan de donde se vean, de lo alto, para que siguiendo los demás el ejemplo, podamos contribuir á la resolución del problema del siglo; por eso no puedo menos de adherirme con toda mi alma á los esfuerzos de la sociedad caritativa de Madrid que tanto la honra y enaltece. Si se imprimiera un noble impulso de esta índole en las altas esferas, haciendo que los rasgos de abnegación se tuvieran por la moda y costumbres de los tiempos, se verían cambiar notablemente las cosas; por-

que cambiando los ideales de ellas, los instintos y sentimientos tomarían otro giro, porque éstos, en los diversos tiempos, han tomado el rumbo que su ideales les han impreso. Los grandes ejemplos hacen falta en los grandes apuros; que los héroes jamás aparecieron en las circunstancias ordinarias, y esto mismo fué lo que dió à sus hechos el carácter de grandeza; así, pues, confío en que si se siguen mis indicaciones, aún no está todo perdido.

Piense el rico en el inmenso placer que disfruta el que hace bien; placer el más intenso que el hombre puede llegar à alcanzar; piense en las fatales consecuencias que acarrea una conducta egoísta y los odios que se atrae, que el que intenta amontonar riquezas, como el que amontona coronas, à lo mejor las pierde todas; quien quiera avasallar al mundo, halla una roca solitaria en la inmensidad del Océano, como le pasó al guerrero del siglo; porque las leyes del universo ó su armonía se halla defendida por el castigo; piense el egoísta que su conciencia, encerrada en el fondo de su sér, es como funeraria lámpara que ilumina los restos de un cadáver, porque no otra cosa que un cadáver es el hombre encerrado en su egoísmo

Si todo lo expuesto os parece mucho pedir, fórmense presupuestos para socorros de esta índole, abriéndose por los propietarios ó gobiernos obras donde trabajar, à la vez que se le pide al pobre cuenta de un trabajo para que la caridad no alimente la holganza, y no se olvide que el trabajador necesita el debido descanso, y que así como há menester el sustento del cuerpo, también necesita el sustento del alma, porque la categoría del hombre es más elevada que la del irracional ó de un cuerpo inani-

mado, por qué sin educación, ¿cómo el hombre puede aceptar plenamente la responsabilidad de sus actos? ¿Ni cómo podrá desentrañar por completo la trascendencia de ciertos delitos? Para probar lo que digo, y por ser este un asunto de entidad insistiré sobre él, aun pecando de difuso, para quedarlo demostrado con toda la posible evidencia.

Los instintos y sentimientos humanos claro es que son innatos é invariables en el fondo. ¿Pero cuánto no han variado en su forma en todas las épocas?

¿Y á qué ha sido debida esta variación? A los diversos ideales ó formas que la reflexión ha ostentado á la faz de los hombres; la reflexión, esa facultad que no solo forma juicios é ideas generales combinando las ideas concretas, sinó que ha inventado teorías, sistemas y todas las creaciones de la imaginación; ella es la que á presentado estas á los instintos y sentimientos como objetos adecuados á ellos, y según cuales esas creaciones hayan sido, así lo han sido las formas de las facultades afectivas. ¿Queréis convenceros de ello? Pues observad en la historia lo que ha pasado, por ejemplo, con el sentimiento religioso. ¿Cuánto no ha variado éste en las diversas épocas y pueblos? Desde las más estrañas supersticiones hasta la inmólacion á Molóch de victimas humanas, desde la cremación de los restos humanos en las antiguas piras hasta las sepulturas de los modernos tiempos, ¿cuántas variaciones no ha habido en la forma de ese sentimiento? Pues todos los pueblos que en tales aberraciones han incurrido iban guiados por un sentimiento tan religioso en el fondo como el nuestro, porque así se lo habían figurado, ó se lo habían hecho entender como grato al objeto que adoraban, ¿No sucede lo

propio con el sentimiento del honor? Ved las diversas formas que éste ha presentado, según las épocas de la historia y las ideas de los tiempos; ha habido pueblos en que las vírgenes han sido consagradas á los ídolos; sacerdotes y magnates; en otros han tenido por honor el que los extranjeros cohabiten con las mujeres ó las hijas de sus huéspedes, en fin, baste decir que sobre este particular ha habido los más grandes extremos por lo que hace al diverso modo de considerar la honra de la familia. Y en cuanto al honor de los hombres, ¿no ha sucedido otro tanto?

Pues ahí está la historia que lo confirma; el desafío no se conoció como forma de honor en la antigüedad, en la guerra de Troya, Aquiles, creyéndose agraviado de Agamenón por quitarle este su esclava, en vez de desafiarle, él, el más valientes de los guerreros, demuestra su enojo encerrándose en su tienda, mirando impasible el combate entre tios y troyanos, y sin embargo, nadie le tiene por cobarde; en cambio, en la edad media el honor toma otro sesgo, y vienen los desafíos, importados por los bárbaros del Norte; duran hasta nuestros días, y solo mediante ellos, los contendientes se creen honrados ó desagradados. Y en los lances de honor, ¿cuánto no cambian las apreciaciones de este, según las personas que en ellos intervengan? Dos hombres del pueblo se desafían, y de sus resultados alguno perece; la ley le persigue: que se desafíen dos grandes personajes, la ley nada hace; se embriaga un hombre del pueblo, y se dice que está beodo; lo hace un alto personaje, y se dice que está alegre el señor. Un pirata á quien el conquistador Alejandro retenía, dijo á éste «que

en nada se diferenciaba el pirata de un conquistador; que si uno era ladrón de mar, el otro lo era de tierra, y Alejandro lo dejó en libertad; y en efecto, ¿en qué se distingue un conquistador que ametralla pueblos y los usurpa, de un bandido que sale á un camino con exposición de su vida? Pues el uno es tomado por salvador de la Patria, en tanto que el otro muere en un cadalso. El instinto de la reproducción, ¿cuántas formas no ha revestido hasta el dia, según las ideas de los tiempos? Mirad la historia de la prostitución, que ella os contestará por mí.

Ahora bien; probado que las diversas formas de instintos y sentimientos han variado con arreglo á los ideales que la reflexión les ha dado, ¿habríamos de condenar como delincuentes á los pueblos que tan lamentablemente se han equivocado?

Pues lo mismo digo de aquellos á quienes la reflexión no haya dado ideales fijos, y que sean la expresión de la verdad.

Ahora bien; ¿puede el hombre, con una educación deficiente, tener una reflexión tal, que imprima ésta siempre á los instintos y sentimientos aquellos ideales que sean la expresión de la verdad y de la justicia?

No; porque si bien en el fondo de la naturaleza humana se abriga de un modo innato y permanente el amor de la verdad y de la justicia; tambien es cierto que esta misma verdad y esta justicia han variado según las diversas interpretaciones de los tiempos, por la educación recibida, no necesitando estenderme más sobre esto, porque la historia de los hechos políticos y religiosos lo demuestra por todas partes. De modo que, en resumen tenemos: la educación

influyendo poderosamente sobre la reflexión; ésta, dando los ideales á los instintos y sentimientos, y que si éstos son falsos, falsas serán las ideas que de ellas se tengan, quedando con esto demostrado que con una falsa educación, el hombre marchará equivocado por las sendas sociales, sin que él pueda evitar muchos de sus errores y extravíos.

¿Y el que no tenga ninguna, ó la tenga muy deficiente?

Pues ya podeis figuraros en que categoría se hallará colocado; por más que tuviera las ideas innatas de justicia y de moralidad y verdad, ¿podría en todas las ocasiones discernir de un modo cabal todos los actos justos y verdaderos, sin confundirlos con los que no lo fueran?

El hombre ha progresado á costa de grandes tropiezos y errores, y los progresos humanos se deben á los genios que, cual faros brillantes, ha colocado el Creador de trecho en trecho en los espacios de la historia para que alumbren á la humanidad en su penoso viaje por el camino de la vida; estos son los códigos en que se han escrito las divinas leyes, que los demás hombres no han hecho adelantar un paso aquélla, porque no han hecho más que seguir el derrotero que aquellos le han impreso. Y hasta los genios, ¿cuánto no se han equivocado? Ved la historia de la filosofía, verdadero campo de desolación, y observareis que del fondo de sus páginas se desprende honda tristeza. ¿Y queréis que el hombre falto de educación, ó con ella deficiente, pueda por sí solo formarse aquellas ideas que nosotros tenemos á expensas de ella?

Si cuando ésta ha sido falsa, influyendo falsamente sobre la reflexión, ésta dió falsos ideales, ¿qué queréis que

haga la reflexión falta de educación? Pues se precipitará de un modo fatal en los abismos del error.

Es verdad que Dios dió á Moisés el Decálogo en el Sinaí, y Jesucristo nos dijo el sermón de la montaña, para guiarnos en la senda de la vida; pero pregunto yo: ¿mandó por ventura Jesucristo perseguir á los enemigos? y en las guerras religiosas ¿no se han perseguido cruelmente, pensando hacer con esto una obra meritória á los ojos de Dios? Por más que dice el quinto no matar, ¿no se han matado los hombres en las antedichas guerras pensando en lo que va indicado? Y por más que existen los mandamientos, ¿se dice en ellos algo acerca de la manera de interpretarse el honor y otras cosas análogas? Y aunque el sexto dice no fornicar, ¿no legislan todos los días los Gobiernos cristianos acerca de la prostitución? Desengañémonos, señores, si aun las leyes divinas, en algunos de sus puntos no son debidamente interpretadas por los hombres que gobiernan, ¿que queréis que pase con el hombre de incompleta educación?

Ahora bien; después de lo dicho, contestad: ¿Es la educación del obrero todo lo cabal que debe, para que por medio de ella pueda la reflexión dar á sus instintos y sentimientos aquellos ideales, que sean todos la expresión de la verdad y de la justicia? Yo me permito dudarle por razones de todos conocidas; y siendo esto así, bien merece que si las leyes no se modifican en este punto, por lo menos se tome en alta consideración por los tribunales, en vista de las circunstancias, y asesorados de peritos ilustrados; porque si bien como va dicho, los principios de justicia y de verdad son innatos á la especie humana, los modos diversos cómo

estos se han interpretado han dependido de la manera como lo han hecho entender á la humanidad los caudillos, que siempre la han guiado. Si hecháis una ojeada por la historia de las ilusiones y obsesiones de la humanidad, allí vereis que éstas han variado según las diversas ideas de los tiempos; de modo que los errores de los pueblos han correspondido siempre a la educación que se les ha dado ¿Y queréis que la educación insuficiente del obrero no influya en el modo de formar sus juicios? ¿Qué importa que el Estado le dé escuelas gratuitas, si á la edad en que él acude la reflexión no existe, y cuando ésta se ha desenvuelto, ya le es imposible acudir á aquéllas? No debe pues, perderse de vista que á mejor educación corresponde más exacta reflexión; á mejor reflexión, motivos más cabales para obrar, con más conocimiento de causa y de motivos trascendentales, á todo esto corresponde más libre albedrío, y por tanto, más responsabilidad ante la ley, y siendo esto cierto, lo recíproco también lo será.

Y pasando ahora á fijarnos en un hecho concreto, os convenceréis de lo dicho con toda la claridad de la evidencia; ya sabéis que; según la educación que al hombre se le dé en los diversos países, así se forma una idea más ó menos ventajosa del honor de la mujer; pues bien, suponéd un sujeto de nuestro país colocado en circunstancias tales, que no se le haya hecho formar del honor de aquella la idea que se debe, y sucederá que, teniendo una idea de aquel muy distinta que nosotros, llegará á violar á una doncella sin saber que comete un atentado contra el pudor, tan grande como lo es en cualquier país civilizado, podrá cuando más, saber que falta, que lo que hace no está permitido; pe-

ro no puede jamás suponer castigos tan severos para lo que no concibe como grave delito; porque no le han hecho entender que el honor de aquélla era de tanta estimación; que se castigan estos actos, podrá haber obligación de saberse, pero cuanta sea su pena, no.

Por todo lo dicho considero al trabajador digno de mejor suerte, aparte de que ese pan del alma llamado educación será la única provisión que pueda hacer en esta vida para emprender el viaje á la otra.

Las leyes dicen que otorgan libertad é igualdad al pobre, pero éste al venir al mundo, contempla ese axioma social, que dice; «El que tiene padrinos, se bautiza,» y exclama: ¿Dónde están mis derechos si no veo más que horizontes nebulosos? Y ante este triste aspecto desespera de encontrar el sol de la libertad, porque ese fatal axioma gravita como bruma nebulosa sobre los desiertos y fríos países del infortunio. Ese axioma ó proverbio social señores, se dice á la ventura, pero fijáos detenidamente en él, y veréis que envuelve en sí mucha tristeza, que ha costado y costará á la humanidad muchas lágrimas, y que traído y llevado en nuestro siglo como moneda corriente, á pesar de nuestros adelantos científicos, acusa, ya que no una alta degradación, por lo menos una gran flaqueza humana,

¿Cuándo podrá ese fatal proverbio convertirse en este otro? «El que no tiene padrinos también se bautiza». No puede hoy nadie decirlo, por que la flaqueza humana está expuesta á grandes y muchas vicisitudes en la vida, pero podríamos acercarnos á este objeto con una buena educación moral en todas las clases mejor que con presidios, y con pocas leyes, pero que se hicieran cumplir con exactitud, por

que aparte de que las muchas leyes pueden hacer argüir ignorancia de ellas, se prestan á muchas interpretaciones, y en esta lucha intelectual el pobre siempre saldrá perdiendo, porque la ley dejará siempre puertas falsas. Los grandes legisladores deben ser como los grandes genios, con pocas fórmulas dominar el mundo, y el que no tenga un sintético talento, que no se meta á legislar, porque aún con buenos deseos dejará muchas sombras que oscurecen las claridades que deben reinar en el mundo de la justicia.

Pocas leyes, y que sean claras, para que penetre su luz hasta las mas oscuras inteligencias; exacto y fiel cumplimiento de ellas mediante las penas que sean una verdad; educación apropiada; recompensas y consideración para los defensores de las buenas causas, y el desprecio para esos criminales cuyos delitos la ley no los puede castigar, porque no puede penetrar en ellos, y las gentes no los ignoran; ocupe el honor el puesto que ha quitado el interés y haciendo todo esto, estoy seguro, que á pesar de nuestra natural flaqueza, la suerte de todos mejorará en todo aquello que es susceptible; pero para que esto llegue á ser una verdad, los ejemplos deben venir de las altas esferas, porque las altas clases son las que, dando los ideales á la sociedad, la imprimen nueva marcha á causa del natural instinto de imitación que todos tenemos. Las personas que imprimieran esta nueva marcha social á nuestro siglo, es seguro se inmortalizarian en la historia.

Todos los actos de los funcionarios públicos deben ir envueltos en aquella claridad de que gustan las buenas causas, y no hacer lo de aquellos que niegan las cosas sin dignarse razonarlas, haciendo con su negativa recordar

aquel letrero del infierno «escrito por el Dante, en que se dice: «perder toda esperanza,» porque así como las alimañas se esconden en cavernas y se ocultan de la luz del sol, solo las malas causas pueden huir de la luz de los razonamientos y esconderse de estos, á más de que estos olímpicos desdenes recuerdan las castas de la India.

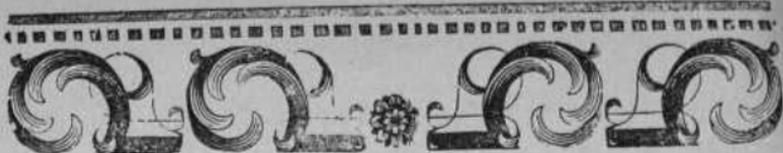
El progreso material sin el moral, no dá más que hombres ilustrados, pero no civilizados; unid al progreso material del siglo el complemento moral que le falta, y en la síntesis de uno y otro consistirá la verdadera civilización y el bien estár de los pueblos. ¿Queréis convenceros de que el progreso material sólo no constituye el bien estar de las sociedades? Pues echad una ojeada por las aumentadas estadísticas de los suicidos, por los crecientes manicomios, y por los países que se ven amenazados de violentas explosiones á causa de esa expantosa miseria engendrada por el enrarecimiento de la atmósfera moral, que ellos os contestarán por mí.

Contribuyan pues los Gobiernos á la regeneración social de las costumbres, dándonos buenos ideales con su ejemplo, y habrán completado la obra de la moderna civilización, caminando directamente por éste medio á la resolución del gran problema social de nuestro siglo; para ello no pierdan de vista la divisa del Calvario, cuyo lema es «libertad, igualdad, fraternidad,» recuerden que Jesús, con ser hijo de Dios, cuando vino á redimir al hombre dejó dicho «aprended de mí que soy humilde de corazón;» no olviden que para dirigirse al hombre tomó la forma humana como más propia para demostrarnos su humildad, y que todas las instituciones que se inspiraron en demo-

cráticos principios, fueron progresivas, como lo fueron las de Grecia, como lo fué después el Cristianismo y la Iglesia en la edad media, cuando representaba la libertad y la igualdad republicana, que dejó de ser progresiva cuando se separaron los Papas de estos principios, pues sabido es, que su poder se debilitó cuando se hicieron gibelinos ó aristócratas, porque dejaron de representar las grandes causas.

No se bastardeen los principios del Cristianismo altamente progresivos, recuérdese que así como es frecuente revestir la venganza con el manto de la justicia, no lo es menos revestir el absolutismo con el velo del Cristianismo, tremendo error que ha causado muchos males, pues tomando el lobo la piel del cordero, los daños tuvieron que ser considerables, porque se desacreditó la moral más pura, teniendo para salir de tal sofisma ileso, que acudir los historiadores imparciales á las fuentes del Cristianismo, en busca de las cristalinas aguas que han de traer la regeneración social. Con aquel error se separó el Cristianismo de la democracia que era su esencia, y se le tomó por sinónimo de retrógrado y absoluto al que siempre fué progresivo y ha odiado al despotismo. Por esto ya, hechas estas aclaraciones, no será difícil comprender, que los Gobiernos que se inspiren en los principios democráticos del Cristianismo, y nos den buenos ideales con su ejemplo, serán los llamados á resolver el gran problema social de nuestro siglo.

NOTA—Para completar el estudio de este asunto, véase el artículo «Sobre cuestiones de actualidad inherentes á la civilización»



SOBRE LA VERDADERA
Y LA FALSA CIVILIZACIÓN
y cuestiones actuales á ella inherentes.
PARTE 1.^a

De la civilización en general.

I

Nos hallamos á fines del siglo llamado de las luces, y no obstante, las estadísticas de los suicidios aumentan cada día, los manicomios crecen, y las sociedades se ven amenazadas de violentas conmociones que amenazan trastornarlas. ¿Puede en vista de esto llamarse verdadera civilización á la que envuelve en sí tales defectos? ¿Por qué se llama á nuestro siglo civilizado apesar de tener tales deficiencias? ¿Puede la civilización ser causa del aumento de enagenaciones mentales, ó esto es simplemente una coincidencia? ¿Es ella en una palabra la causa de tales defectos, ya que con ella coinciden y aumentan al parecer en razón directa? He aqui trascendentales cuestiones que me propongo resolver llevando el convencimiento al ánimo de mis lectores. Para que podáis resolver tales cuestiones, debeis saber antes lo que yo entiendo por verdadera

civilización. Para mí esta consiste en la mayor perfección física y moral de las sociedades, en una palabra, en el mayor cúmulo de verdades y descubrimientos científicos y sociales, á la vez que la mayor elevación del sentido moral; no olvideis esto último; elevación del sentido moral en el más alto grado; esta será la clave que resuelva todos los enigmas y todas las aparentes contradicciones.

Nuestro siglo con sus adelantos científicos es un siglo sin completa civilización; le falta para poder llevar este nombre en toda su amplitud, el complemento moral; no tiene mas que la parte de progreso científico; y esta es la causa de la aparente contradicción entre el nombre que lleva y los defectos que ostenta.

Discurriendo yo sobre lo que han dicho algunos destructores del cristianismo, de que este habia puesto obstáculos al progreso de las ciencias, esto lo encontraba imposible y decia así: «No me digáis que el cristianismo se ha opuesto al progreso de la ciencia, no, que fueron los hombres de bajas pasiones ó cortos alcances, que quisieron reducir su círculo tanto como lo era la estrecha esfera de su inteligencia, y á esta quisieron adaptar los textos bíblicos, porque no puedo hallar contradicción entre una moral progresiva y los descubrimientos de las ciencias; porque esto está tan en pugna como el que un cuerpo dé calor y frío al mismo tiempo, porque esto sería dar vida á la sociedad y quitársela á la vez, y nadie puede suponer tales absurdos en los designios del Creador; buscad contingencias, buscad causas fortuitas de sucesos contradictorios en la apariencia, estas las hallaréis; pero no encontraréis jamás causas generales eficientes y contradictorias, porque esto sería

hallar el absurdo en la sabiduría infinita, y esto no puede ser: y este mismo ó parecido argumento me ocurre respecto de la contradicción aparente entre el aumento de civilización y el aumento de locura.

La verdadera civilización jamás puede ser causa del aumento de locura, la falsa ó incompleta sí, y esto es lo que hoy está pasando. Esta última civilización falsa ó incompleta, civilización material, ó como la queráis llamar, se aviene perfectamente con los defectos mencionados, y vereis porque.

Los progresos materiales engendran nuevos goces, estos acarrean nuevos hábitos y nuevas necesidades, á la vez que el mundo va en aumento; como no se atiende á la parte moral, el monopolio lo invade y avasalla todo en unión del egoísmo, engendrado gran miseria; con esto el afán por la vida es constante, es una jornada sin tregua ni descanso, y lo que es peor llena de quebrantos y zozobras, se desea vivir á toda costa, se ambiciona además, nada hay que consuele por que se tiene el pensamiento fijo en la materia y las puertas de la caridad están cerradas, y ante estas titánicas luchas por la vida, y sin divisar la luz de la esperanza en tan triste horizonte, no puede menos en tan tremendas tempestades de encapotarse el claro cielo de la inteligencia de los séres, y anegarse la razón en el embravecido oleaje de pasiones desbordadas. Decidme si solo esto por sí, no ha de ser causa bastante para que aumente la desconsoladora cifra de los suicidios y si os extraña ya, que la miseria engendrada por todo lo dicho, sea la causa amenazante de tales y tan grandes conmociones.

¿Sucedería esto con una verdadera civilización? ¿Cómo

puede concebirse que lo que civiliza sea causa de ruina y destrucción? Aquí me ocurren parecidos argumentos á los expuestos al hablar del cristianismo. Civilizar y ser causa de miseria, civilizar y que el carro civilizador en su progresiva marcha levante tales brumas que anublen la inteligencia de los seres, y les impida ver la antorcha de la verdad que á su vista ostenta refulgente, esto es un contrasentido, esto sería el mayor de los absurdos, esto sería un falaz espegismo. que nos invitaría á beber el agua del claro y sereno lago de la verdad, para desaparecer de nuestra vista al acercarnos causándonos la más triste pesadumbre.

¿Puede complacerse Dios en dejar así frustradas las esperanzas de los hombres? ¿Pueden sus obras llevar en sí tales defectos? ¿Puede permitir acaso tales contrasentidos sociales?

No lo creo así. Se que tenemos que sufrir, y penar en esta vida, se que estamos sujetos al error y al trabajo; pero no puedo creer que haya engaño ó contradicción en aquellas verdades fundamentales que son la base de sustentación de las sociedades, porque esto sería suponer en Dios el absurdo ó el sarcasmo, y esto no puede ser.

Que la civilización de nuestros tiempos venga acompañada de los defectos que sabeis, no es razón para que la verdadera los produzca; la verdadera causa de tales defectos consiste en la falta de freno de las bajas pasiones; consiste en una palabra en la falta de contrapeso moral: si asociáis á este contrapeso moral que contraresta los vicios y engrandezca á los hombres el complemento físico, dejando libre paso á los adelantos científicos, habreis logrado en las sociedades el complemento de su obra civilizadora, á la manera

que en el individuo lo habreis hecho si guíais las pasiones por medio de la razón apoyada en la moral.

De modo que tenemos dos civilizaciones, una material y otra moral; la 1.^a engendrada por los progresos científicos, y llevando en si grandes defectos puede mas bien llamarse ilustración, la 2.^a engendrada por máximas morales y buenas costumbres no producirá tanto bienestar aparente, pero dará paz á las sociedades sin ulteriores trastornos.

Ahora bien en caso de necesidad ¿por cual de las dos nos decidiríamos? para mi no es dudoso que por la 1.^a y la razón es obvia; ¿que adelantariamos con los progresos científicos por si solos? Tendriamos bienestar aparente pero no real; tened enferma el alma y vereis que el cuerpo no disfruta con ningun manjar; pues bien las sociedades que carecen de moralidad estan enfermas del alma, y su cuerpo tendrá que sostenerse valetudinariamente. Podeis apreciar la 1.^a por el bienestar fisico, pero la 2.^a por los sentimientos que forman la base de la paz de las sociedades: unidas ambas y habreis completado la verdadera obra civilizadora, por que sabido es que una sentencia de un filósofo ó una máxima evangélica valen más que las más grandes obras de arte, porque con todas las máquinas y fábricas juntas jamás se podrá formar un solo pensamiento, y el pensamiento es el alma del mundo.

Aquellos pueblos que en medio de su perfeccionamiento fisico cantan poemas á sus héroes y gozan de los placeres del espíritu, igualan por lo menos en civilización á los países que teniéndose por cultos celebran las hazañas de los que por sus crímenes se hacen célebres.

Contemplad el árabe errante del desierto frente á fren-

te del hombre que se llama civilizado en occidente, y decidme cual es mas culto de los dos. Para aquel en medio de la inmensidad de sus desiertos, y contemplando las sublimes armonias de los astros con sus traslaciones gigantescas, todo es conmovedor y grande á sus ojos, solo él es pequeño ante Dios; grande es el incomensurable espacio que le rodea, el horizonte de su vista raya en lo infinito, grande y deslumbrador es el brillo del sol, que en lluvia de fuego cae sobre él y sin mancha por el humo de los hogares de los hombres, aterrador y grande es el silencio de las solitarias regiones que atraviesa é inturrumpido solo por el lúgubre sonido del viento abrasador que en montañas levanta sus arenas y sepulta á las errantes caravanas, y espantosa y grande es su soledad tambien; grandes son sus derechos pues jamás obedece á la fuerza sin derecho, grande es su libertad pues es tanta como los extensos espacios del desierto, grandes son sus sentimientos pues es generoso, hospitalario, compasivo, y hasta sus faltas revisten carácter de grandeza.

Allí, en medio de aquel vacío inmenso, que es como un templo gigantesco, el árabe fanático de maravillas como la eterna evocación del secreto de los cielos busca instintivamente á Dios, y parece dotado de más sentidos que nosotros para sentirle en medio de sus desiertos solitarios, y allí, en medio de ellos, y ante el giro de los mundos que contempla hundiéndose en lo incalculable, grande como se considera ante los hombres, porque con ninguno puede compararse, solo se considera pequeño ante Dios; por esto allí no puede reinar el ateísmo, [por esto todos los grandes cultos han emanado de aquellas vastas soledades, por que el hombre oprimido por el peso de la inmensidad, solo puede apasionar-

se de lo infinito y de lo eterno.

Decidme ahora si al árabe errante del desierto puede considerarsele menos civilizado que al habitante de los países de occidente.

¿De que servirían al hombre todos los adelantos de las ciencias si hubiera de vivir en una continua alarma, si su alma zozobrara como nave azotada por bramadora tempestad, si estas violentas sacudidas, si estas tremendas conmociones la hacen enfermar, y si de esta moral enfermedad brotan el egoísmo, la misantropía ó lo que es peor el ateísmo? Pues ved á lo que conduciría la civilización de la materia por si sola; por eso á esta la llamo yo falsa, porque con gran brillo deslumbra nuestra vista intentando ocultar sus defectos, y llamo verdadera ó completa á la que además de los progresos científicos reúne la mayor elevación del sentido moral; por esto para saber los grados de civilización que un pueblo alcanza, no teneis más que ver lo que de los grandes hechos juzga y lo que esto le conmueven; este juicio, esta conmoción, es la aguja que marca la subida y bajada del barómetro de la civilización de un pueblo, y con tal motivo escuchad lo que dice un filósofo en parecidas frases á las que vais á oír.

Cuando las sociedades ven consumarse grandes y horrendos atentados ó cometerse crímenes inauditos sin que se vean consternadas y llenas de pavor, pero con una consternación profunda y desinteresada, cuando el espectáculo de los grandes y sublimes sacrificios no alcanza á conmover los corazones ¡ah! entonces señal infalible es, de que el barómetro de la civilización está muy bajo, y marcha la sociedad á pasos de gigante, si Dios no lo remedia, á su comple-

ta decadencia y ruina.

Cuando por el contrario todo golpe asestado contra el derecho y la justicia resuena como en las concavidades de un inmenso espacio, cuando la vista del bien oprimido y del mal triunfante lanzan contra sí, el primero miradas de conmiseración y el segundo del desprecio y del odio más profundo, cuando el concierto de los espíritus es tal, que vibran al unísono de la justicia y de la verdad arrancando de las almas generosas aplausos entusiastas, cuando en el fondo de todas las almas se oye una voz resonante que ensordece los rumores del interés y hasta los clamores de la fuerza bruta y que es como el eco de la justicia resonando por los ámbitos de las sociedades cual trompeta que pregoná la altura de la civilización por la elevación del sentido moral de los pueblos; cuando todo esto sucede ¡oh! entonces ya podeis decir que allí la civilización es grande.

Y ya que de civilización se trata, cumplo á mi deber de escritor hacer una observación á la prensa, toda vez que ella debe ser el centinela avanzado de la civilización de los pueblos; á la buena prensa digo, que es como madre cariñosa que recibe las reuítas de sus hijos para servir de mediadora entre ellos y sus gobiernos; á ella foco de luz que irradia resplandores por todas partes, á ella limpio espejo que refleja el semblante de las sociedades, porque no quiero que lo empañe el más pequeño aliento, porque no quiero que en su brillante disco aparezca ni una mancha; á ella me dirijo, nó en tono de reconvención ni presuntuoso, si nó como cariñoso amigo, que desea inculcar las ideas que por su especial profesión está obligado á saber, ya que á ella (á la política) no siempre le es dado penetrar en los pormenores de una

especialidad

Quisiéramos pues para que siempre pudiera llevar el sobre-nombre de representante de la civilización, que en sus noticias prescindiera de detalles repugnantes y sangrientos, que no sirva por esta vía de pasto á la curiosidad de sus lectores, y medite que de sus detalladas narraciones pueden resultar graves daños, porque como dice un alienista, los más ruidosos procesos, los que alcanzan mayor celebridad en los fastos judiciares, todos esos dramas sangrientos narrados en sus menores detalles, son otras tantas semillas que caidas sobre campos viciosos harán brotar plantas de maldición.

Existe en el hombre una especie de contagio moral como existe un contagio físico; por este contagio moral, por esta especie de imantación podemos explicarnos las múltiples tentativas, y la dolorosa frecuencia con que se ejecutan atentados horribles, á la raíz de un acontecimiento que ha impresionado hondamente. La narración, la lectura, el espectáculo diario de escenas sangrientas, de crímenes horribles, de homicidios, y en una palabra todo lo que impresiona vivamente la imaginación, ejerce un influjo pernicioso sobre la muchedumbre movediza y de escasa cultura mental. Todos estos delitos que sublevan é indignan son concebidos é incubados por el ejemplo, la imitación y la costumbre. Si se echa una ojeada por las obras de los mentalistas se puede recoger abundancia de ejemplos de lo que voy diciendo, motivados por tales causas; ejemplos lastimosos en que luchando la reflexión con el desbordado instinto de la lucha, el paciente dirigiéndose á seres queridos con ánimo siniestro, vacila primero, se agita

después, y se esfuerza y desespera más tarde, hasta que no pudiendo contener las oleadas de sus desbordados instintos agresores, empuña el cuchillo y rugiendo como hiena, levanta el brazo para clavar el arma homicida en el pecho del querido sér, y cae presa de mortal angustia exclamando ¡Huye infeliz, voy á matarte! (Conferencias del Dr. Esquerdo) Por un contagio moral sobrevinieron las epidemias danzantes de la edad media, las histero-demonopatías de las religiosas de Lonviers, las de las monjas de Obertet y las convulsionarias de San Medardo.

Por la exaltación del sentimiento religioso propagado como un contagio, desde el siglo 10 al 13 se vieron en Francia y Alemania innumerables grupos de niños que abandonaban su pátria por ir en peregrinación á la tierra santa, marchando á la cabeza de ellos varios jóvenes visionarios que los exaltaban con las relaciones que decían Dios les había hecho, llevando en pos de sí hasta 30,000 un joven llamado Estéban; y cuando se quería emplear la fuerza para detenerlos les sobrevenían convulsiones y accidentes nerviosos.

La historia de las guerras religiosas de los Cévenes en Francia nos revela hechos análogos, viéndose en ocasiones hasta siete ú ocho mil niños que reunidos profetizaban con la mayor exaltación declarándolos la Facultad atacados de fanatismo.

Probado con esto el contagio moral, vista la influencia de la imaginación que obra como imán sobre las personas predipuestas, no será difícil creer el hecho de la muger que atentó contra la vida de su marido en la forma indicada más arriba, sin más motivo para ello que haberse

impresionado hondamente con la lectura de la acusación fiscal de Angel Ursúa, y cuya causa fué motivada por haber dado este sangrienta muerte á la viuda del General Pierrad.

Volvamos á nuestro tema de la civilización. ¿Puede la de nuestros días llevar el nombre de verdadera ó completa? Así lo creen los que ven los adelantos científicos del siglo, porque no consideran los escasos adelantos morales que tenemos.

Puede llamarse civilización verdadera á la que deja al pobre en la miseria en tanto que el potentado deirocha en lo supérfluo?

¿Puede llamarse así á la civilización que permite que el más egoista monopolio explote ignominiosamente el sudor del pobre jornalero?

¿Puede llamarse verdadera á la que permite que la muger se prostituya por falta de recursos? ¡Infeliz! ¡que rudos combates agitarán tu alma antes de sumergirte en las profundidades del océano de los vicios! ¿Puede llamarse verdadera civilización á la que carece de leyes que castiguen los ingratos, cuando la ingratitud y el egoísmo son los candados que cierran las puertas de la caridad? ¿Puede llamarse así á la civilización que carece de leyes para castigar á los sugetos, que abusando de la confianza dan quiebras y bancarrotas paseando cínica é impunemente por las calles, y dejan sumergidas en la pobreza á las personas que en ellos sus intereses confiaron, en tanto que las tiene severísimas para los atentados políticos hijos de opiniones laudables muchas veces, y cuando no de un error de los muchos en que la humanidad ha incurrido á cada paso, ó quizá como justa reparación á los abu-

¿Puede ser digna de tal nombre la civilización que al ofrecer libertad é igualdad al pobre caminante del desierto de la vida, le entretiene nada más con espejísmos que le instan á beber las aguas puras de la libertad, para desvanecerse ante su vista al acercarse, dejando en su lugar un vacío inmenso que sumerge el alma en la más honda tristeza? ¡oh sarcasmo! más valiera no haberle excitado su sed abrasadora, para verle retorcer en medio de tormentos angustiosos motivados por defraudadas esperanzas. ¿Puede llamarse verdadera la civilización que permite rápida reproducción á esa hiena monstruosa llamada caciquismo y que se come los derechos de los pueblos? ¿Puede llamarse así, á la que consiente que la sangre de los pobres se derrame en los campos de batalla, y que mientras con tan precioso líquido se laven las manchas del honor caídas sobre las banderas de la Patria, el rico permanece en mullido y blando lecho en brazos de la más odiosa holganza ó quizá en?... me detengo porque mi pluma agitada y temblorosa no puede proseguir. ¿Puede llamarse verdadera la civilización que solo permite al pobre ver cuando viene al mundo ese fatal axioma social que dice, «el que tiene padrinos se bautiza» y que gravitando cual nebulosa bruma sobre los desiertos y fríos países del infortunio, no le permite divisar ni en lontananza el sol de la libertad en su triste horizonte? ¿Puede llamarse así á la que con cínica desvergüenza ostenta á la faz de la humanidad retratos de sugetos criminales en sustitución de los de los hombres laboriosos y honrados? ¿Puede llamarse verdadera la civilización que otorga más consideraciones á los intereses materiales que á la honra de los hombres,

midiendo el valor de estos por ese otro fatal proverbio que dice «tanto tienes tanto vales». ¿Puede llevar este calificativo la que necesita para el sosten de las sociedades esos numerosos ejércitos que son la vergüenza y ruina de los pueblos? ¿Puede llevar este epíteto la civilización que pensando llegar á la cumbre del progreso por medio del sufragio universal, luego deja honda pena en las conciencias al ver este convertido en letra muerta por medio de las más odiosas é irritantes coacciones? ¿Puede llamarse verdadera la civilización que permite una glacial indiferencia en las almas, y que las individualidades se encierran en odioso manto de egoísmo? ¿Puede llevar este objetivo la que permite en su seno tan gran número de holgazanes y parásitos que solo se proponen vivir á espensas de los hombres laboriosos y honrados? ¿Puede llevar este nombre la que permite caracteres tan enervados que no truenan con todo lo existente; si preciso fuera, por la defensa de la verdad y de la justicia? ¡gloria y honor á la minoría republicana que supo con valentía salvar esta frontera! ¿Puede llevar dicho nombre la que alberga en su seno funcionarios que se permitan negar las cosas sin dignarse razonarlas, recordando con sus olímpicos desdenes las denigrantes castas de la India? ¿Puede ser digna de este nombre la que aun alberga en su seno redacciones de periódicos en cuyas columnas no permiten insertar trabajos acerca de la defensa de las grandes causas que tremola la humanidad en sus banderas, y que buscando generosa hospitalidad solo encontraron las más grandes decepciones, al verse sustituidos por ridículas revistas de toros y detalladas narraciones de crímenes horrendos, que son otras tantas

semillas de perdición caídas sobre la flaqueza humana? ¿Puede llevar este nombre la que pone la fuerza al servicio del egoísmo allí donde solo debiera reinar la abnegación, y reemplazando la fuerza del derecho por el derecho de la fuerza?

¡Ah! cuando se oyen los tristes relatos de las desgracias ocurridas á los obreros en las fábricas y á los mineros en las minas, y se sabe que en pos de ellas sus hijos habrán de precipitarse fatalmente por la pendiente de la horfandad en los pavorosos abismos de la miseria, y sin que haya una mano paternal que de ellos les saque, sin un rayo de luz que alumbre aquel horizonte tenebroso; cuando en seguida se echa una ojeada por las columnas de un diario cualquiera, y en ellos se ven relatos de banquetes opulentos y otros alardes semejantes, verdaderos ultrages á la miseria y la desgracia; cuando aun las conciencias permanecen inertes ante tal contraposición de cosas cuyo solo recuerdo debiera escaldar nuestras mejillas; cuando la prensa *en masa* no truená contra ellas á la manera que tronara el Profeta contra las abominaciones de su tiempo; cuando aún no se agita su pluma impulsada por las oleadas de la ira para difundir su justo encono por los ámbitos del mundo; cuando aun el eco de su potente voz no resuena como trueno que retumba por las inmensidades del espacio, y en fuerza de sus repetidos y violentos estallidos no aterra las conciencias de esas almas egoístas, haciéndolas salir de su letargo para escuchar atentas la voz de la justicia; cuando los Gobiernos solo encuentran castigos contra los atentados motivados nada más por la miseria, y no propocionan ó no encuentran el medio de que esta se remedie ó se aminore;

cuando se contempla que despues de tanto ensayar, despues de tanto meditar, las cuestiones de gobierno y el órden de las sociedades descansan aun en las bases de la policia y de la fuerza; cuando todo esto se contempla, cuando todo esto se medita, triste es confesarlo; pero nos hallamos muy distantes de una civilizaci3n completa, porque si antes habia esclavos sugetos con cadenas, las actuales sociedades no pueden existir sin bayonetas.





PARTE 2.ª

Cuestiones de actualidad inherentes á la civilización.



II

Así como un padre cariñoso castiga á sus hijos cuando se apartan de la senda del bien que les trazára, porque antes les ha proporcionado medios de evitar el mal; así tambien los Gobiernos para castigar con plena justicia los delitos de sus pueblos, deben proporcionarles antes medios hábiles para que no incurran en ellos, que no basta la razón para en ellos no incurrir, si antes no se la dió acertada dirección, ó si por medio de una deficiente educación se dejan tomar notable incremento á los instintos en detrimento de la reflexión.

¿Que medios podrán tener los Gobiernos para esto? Pues una educación apropiada y mejorar la suerte del pobre para que este no obre impulsado por las contrariedades de la vida. ¿Como se resuelve esta cuestión? Pues ya lo tengo dicho que por medio de los buenos ejemplos venidos de las altas esferas tratando de inspirarse en los principios del

cristianismo. ¿Me argüireis diciendo que esto será largo? tal vez, por que las costumbres de las sociedades no se cambian de repente; pero tambien el cristianismo tardó en redimir la esclavitud, y al fin lo consiguió. ¿Quereis abreviar cuanto sea posible? Pues dejad libertad de asociación á los obreros y principiad ya á dar ejemplos de desinterés y abnegación. ¿Lo creéis imposible? Pues no encuentro medio mejor que este ayudado por los coadyuvantes administrativos de los Gobiernos, porque los legislativos acerca de los convenios que debe haber entre amos y trabajadores, pueden tan bien traer inconvenientes de coacción hacia aquellos, que les hagan retirar sus capitales si las necesidades no corresponden á sus deseos ó necesidades, siendo esto perjuicio para todos. Solo á los gobiernos les seria permitido legislar contra los manifiestos abusos y en favor de la higiene de los talleres, porque los demás obstáculos que la legislación no removiera podria hacerlo una bien ordenada asociación, habiendo la ventaja de que con las asociaciones se usa de derecho y no se coartan libertades ajenas. ¿Y el socialismo resolverá mejor esta cuestión? Creo que no, porque aparte de lo irrealizable que es por razones ya expuestas en otro lugar, se opone al instinto de la propiedad que siendo innato á la naturaleza humana no puede menos de existir, y todo lo que violenta los naturales instintos, sabido es que no se encamina hácia el progreso. Con el socialismo sucedería á la sociedad enferma de pobreza, lo que á un enfermo que lo estuviera por la anémia, que por quererse reponer de pronto sufriria grandes trastornos su organismo; y así como es prudente el Médico que propina á un enfermo la alimentación adecuada al estado de sus fuerzas, de igual modo lo es el que

aconseje á una sociedad pobre los medios de reponerse sin que por ello tengan que sobrevenir perjuicios, que aun cuando el abusar de la propiedad no es moral y expone á grandes castigos, tambien es cierto que todo lo violento no es durable y expone á ulteriores conmociones y trastornos. ¿Podrá acaso resolverse mejor por medio de la emigración á paises menos poblados que los nuestros? Como medida de urgencia podra adoptarse de un modo prvisional; pero entiendo que nada más de esta manera, porque aparte de lo sensible y hasta afientoso que debiera ser para una sociedad que aspira al título de culta el que sus hijos tengan que salir de sus hogares en busca de lejanas tierras con la saeta de la nostalgia en su corazón, las ventajas podrian no durar mucho tampoco, porque si las sociedades no se cimentan en las bases morales, las causas de la miseria no tardarian en reaparecer á causa de la nueva multiplicación y el monopolio, porque hay que desengañarse, sin verdadera religion se carece de frenos morales, sin estos las pasiones se desbordan á su antojo produciendo el egoismo y la licencia, y permaneciendo todo en tan impura atmósfera, los seres tendrán que ser raquíticos, y de seres moralmente raquíticos y bastardos no pueden resultar más que engendros mónstruos, resultando por todas partes la miseria, el terror y el espanto.

Inspírense nuestros Gobiernos y su grandeza en el cristianismo y la cosa cambiará, sino es un dia otro, que los grandes problemas no se resuelven de repente; pueden ayudar á estos ejemplos los Gobiernos con los medios ya en otra parte indicados y con los administrativos ya, fundando talleres nacionales, ya fomentando las asociaciones

de obreros, no olvidando que las instituciones de varones esforzados para oponerse á las corrientes sociales, siempre han sido los diques que las han hecho tomar nuevo rumbo segun lo atestigua la historia: fomentar y estimular la agricultura para que los comestibles sean baratos, y dejarse de castigos violentos que dan resultados contraproducentes, que los males deben atacarse en su raiz, y atacar su raiz no es cortar las ramas que se resalgan, sino sembrar nuevas semillas para que con nuevos jugos brote más frondoso el árbol social.

He dicho que los castigos violentos dan resultados contraproducentes y así pasa casi siempre ¿No lo veis esto todos los dias con los castigos impuestos contra los atentados políticos, y que de las cenizas de unos mártires brotan las semillas de los otros, y que el riego de sangre en los campos de la desgracia solo sirve para que aquellas broten con más vigor y lozanía? La historia en general, y en particular la de nuestra patria en lo que va de siglo, bien claro lo atestigua.

Me ocurren con este motivo algunas observaciones que aun pecando de difuso debo exponer, toda vez que se trata tambien de civilización, y este asunto á más de tener con ella gran enlace, no deja de ser de actualidad.

¿Quien dice á los gobiernos existentes en cualquiera época, que por el hecho de ser tales, lo son por la fuerza del derecho? Y si sus contrarios opinan de otro modo ¿con que motivo se les castiga de una manera tan severa como lo hacen nuestras leyes? Por evitar grandes trastornos se dirá: convenido; pero si los políticos que atentan contra un Gobierno son muchos, ¿no se atenta con fuertes castigos contra lo mismo que se trata de evitar? Además ¿quien esta-

blece siempre y en todos los casos la debida distinción entre un acto de heroísmo de un acto criminal tratándose de asuntos políticos? ¿No veis que lo que es lo uno para unos es lo otro para otros, y que con los delitos políticos se honran muchas personas? Y cuando los Gobiernos aspiraban á serlo ¿no conspiraron muchas veces de igual modo? ¿No veis que os haceis Jueces de una causa en la que debierais nada más ser parte, y por lo tanto no podeis obrar con imparcialidad? Quédese pues la extrema severidad de los castigos para aquellos casos aislados en que el beneficio de ellos resulte á todas luces mejor que con una conducta opuesta; y hacer la debida distinción entre aquellos delitos por error ú opinión, y los que en todos tiempos y lugares la moral y el buen sentido han reprobado.

Vamos ahora á medir el alcance de otro castigo cual es el de la pena capital impuesta á los delitos que cometen impulsados por la miseria los individuos. No digo yo que toda clase de delito grave no deba castigarse aun cuando venga revestido de circunstancias atenuantes; pero ¿de donde sacan los Gobiernos el derecho de atentar contra la vida de los que obran impulsados por una necesidad irresistible como lo es la extrema necesidad, y máxime sin haber antes agotado todos los medios para que esta se aminore? Direis que por evitar trastornos sociales ¿no hay otras penas también para esto? ¿No veis que atendeis para vuestros castigos solo á las consecuencias y no á las causas del delito? ¿No veis que el criterio de este debe partir más de las causas que de las consecuencias? ¿Porque no atendeis á las causas que inducen á delinquir? ¿No veis que cuando los delitos son grandes y tienden á generalizarse, generalos y

grandes deben ser también las causas? Si de los particulares nada se sigue ¿no ¿comprendeis que de lo general se desprende mucho? ¿Ataca un facultativo los vicios diatésicos por sus manifestaciones locales, ó se remonta más allá hasta buscar los orígenes de estas verdaderas explosiones de una enfermedad generalizada? ¡Ah! si decís al pobre que se resigne con la moral cristiana y que esta no manda matar ni apelar á medios violentos, os dirá, este argumento se vuelve contra la sociedad que por falta de moral me deja á las puertas de la muerte. ¿Como quereis que use de la moral quien ve que para con él se hace caso omiso de ella? ¿No veis que tiene derecho á decir para que yo obre moralmente es menester que vosotros me mostreis el camino? Direis que con sus atentados pagarán justos por pecadores y él os contestará ¿tengo yo por ventura culpa alguna de lo que á mi me pasa? Todo esto sino le da toda razón por lo menos le disculpa.

Ahora pregunto yo ¿quien de los dos es más responsable, el hijo que delinque con uso de razón pero inculta, ó el padre que pudiendo no le proporcionó ó no trató de proporcionarle los medios de evitar caer en tentación y bajo el impulso de fatal necesidad?

Meditad Gobiernos, meditad en la severidad de la pena de muerte, que tal vez vosotros ó vuestros antecesores no esteis exentos de toda responsabilidad en los delitos que por exceso de penuria se cometan. ¿A quien de los dos darán la razón las generaciones venideras? ¿Sobre quien recaerá el fallo inexorable de la historia? Tal vez también recaiga sobre los gobiernos, que apelan á medios violentos sin antes haber agotado los demás. Además observad que

puede haber anarquistas de buena fé que crean que sus doctrinas sean salvadoras de la Patria, y para estos sería doblemente injusta la pena de muerte.

¿Por que obligais al pobre á ahogar en su pecho sus lamentos y no obligais á que el despilfarro tenga mejor inversión que la que tiene? Porque anteponeis los derechos y deberes sociales á los derechos y deberes morales, ¿y no sabeis que lo que no se funda en la moral carece de base verdadera? Cimentad pues sobre tales bases el edificio social y lo vereis sólido y firme, y no olvideis que los delitos por error no lo son tales, y los que se cometan impulsados por una necesidad irresistible, requieren alguna más benevolencia, porque si el miserable torpemente ataca, es por que el rico le excita y le provoca. Por otra parte en ese modo de atacar indistintamente á las personas sin distinción de edades ni de sexos, ¿no veis un carácter excepcional que no se sabe como calificar, y que para llegar á tales extremos de desesperación y frenesí las causas deben ser muy fuertes, y que la sociedad que las castiga no es agena de ellas? Para juzgar imparcialmente júzguese por las causas y no por las consecuencias, el criterio del delito debe partir de ambas bases y aun más de la 1.^a y cada uno póngase en el lugar de su contrario y rodeado de sus desfavorables circunstancias. ¿No considerais que en la lucha que ha de entablarse entre una deficiente reflexión por escasez de educación y entre unos instintos conmovidos y prepotentes, tendrán que salir vencedores estos poniendo aquella á su servicio?

El modo ingenuo con que al celebrar los anarquistas el aniversario de sus compañeros decapitados dijo uno de

ellos á una mujer que con temor se acercaba al punto de reunión «pasad adelante que la civilización no distingue de sexos» asi como si creyera que ellos llevaban la antorcha de la civilización en su frente; esas causas apremiantes de la vida capaces por si de conmover los instintos y sentimientos ante el temor de una muerte tan penosa como lo es la muerte por el hambre, y capaces de producir tal frenesí como el que se releva en sus excepcionales atentados, la poca reflexión por escasez de medios morales cohibitivos, las irritantes desigualdades entre la extremada opulencia mal empleada y la penuria, sin que la moral evangelica sirva de intermediaria entre unos y otros, entre el pobre para resignarle y el rico para auxiliarle; todo este cúmulo de cosas me parece muy apropiado para hurgar el instinto de la agresión, y que por lo mismo requieren estos delitos alguna más benevolencia en sus penas, máxime cuando soy de opinión que el escesivo rigor por si solo no ha de producir resultados favorables sino se ataca el mal en su raiz; porque si el vulgo juzga por los efectos inmediatos, por aquello «del post hoc ergo proter hoc,» yo los juzgo en sus ultteriores consecuencias, y considero impotentes los castigos para entorpecer el curso de las ideas como en otra parte lo tengo demostrado.

Si la sociedad meditara en silencio observaría, que tendría motivos para avergonzarse al ver que sus hijos ó hermanos protestan contra ella de una manera violenta, y que cuando los efectos son tan grandes y generales, generales y grandes deben ser las causas.

Considerad Gobiernos, que si con vuestros castigos habeis de conseguir acallar los clamores del proletario, ha

de ser á costa de los clamores de vuestra conciencia, y que si formais presupuestos para atender á públicas calamidades, ninguna con más razón puede llamarse tal y creerse con más derecho á ellos, que la calamidad que nos rodea por todas partes.

Recorred los fastos de la historia de todos los tiempos y países, y á pesar de los grandes crímenes que en ella encontrareis, jamás vereis atentados y delitos como los de los anarquistas ó nihilistas de nuestro siglo, jamás revestirán esa forma estupenda, esa forma espantosa, por más que sus siglos sean apellidados más bárbaros que el nuestro: y ¿á que puede ser debido esto? ¿Qué es lo que esto revela? ¿Qué es lo que esto acusa? Voy á exponer mi juicio sobre el particular.

En los tiempos antiguos el esclavo no pasaba hambre en la forma que el pobre de nuestros días, porque su amo se encargaba de sustentarle. Con el vasallo de la edad media sucedía casi lo propio, porque á su señor interesaba la existencia de él, y el hombre se habituó aunque penosamente á arrastrar las cadenas de la esclavitud á cambio del pan de cada día, hasta el punto que hubo esclavo, que recibía con temor la manumisión, (que á tal punto pueden llegar el apocamiento y la degradación del hombre.) Por más que la vida es odiosa sin la libertad, sin el alimento es imposible; á la esclavitud aunque con pena puede habituarse el hombre pero ¿cómo habituarse á la falta de alimento? Imposible. Veis porque antes el pobre apesar de su escasez se hallaba más á cubierto de la eventualidad del hambre; pero hay más, el monopolio con las modernas industrias ha venido en aumento, el cristianismo en decadencia, y por ende han venido el aumento del egoísmo y

la indiferencia, el mundo va en aumento, la agricultura más desatendida ó menos fomentada de lo que debiera, los pueblos desde fines del pasado siglo divisaron el sol de la libertad; pero *para el pobre se nubló* en seguida, y con esto entró en verdadero arrebato, en verdadero frenesí, porque entrevió un cielo que desapareció en seguida de su vista, y dijo así ¿cual es la causa de mi oscuridad? ¿Cual la causa de mi desgracia? y dirigiendo su mirada suplicante al infinito exclamó ¡Gran Dios que enviaste á tu hijo á redimir al hombre! ¿Cómo la luz que iluminó mis esperanzas tan fugaz ha desaparecido de mi vista? ¿Te has complacido tu acaso en dejarme en esta ofuscación, en esta densa oscuridad, tanto más tenebrosa para mí cuanto más clara fué la luz que me alumbró? ¡Ay de mí! y oye entonces una voz oculta que le dice: «las pasiones de tus hermanos profanaron el templo de la justicia en la tierra, y de un paraíso han querido hacer un cementerio; esa es la causa de tus desgracias, esa es la causa de tus miserias;» Y entonces con la extrema necesidad por acicate, furioso como leon que agita su melena, dirige su vista torva á la sociedad que le rodea, y lanzando hácia ella miradas de fuego piensa en la tea incendiaria, y en cuanto alcanzar puede su frenética imaginación para vengarse.

Ved pues lo que revelan estos hechos; un fondo de desesperación explicado por las causa referidas, porque no hay dos cosas que al hombre le subleven más, que la extrema miseria y la pérdida de las ilusiones, tanto más, cuanto que contempla que la igualdad ante la ley no existe aun en la tierra.

¡Cuanto beneficio podría hacer el cristianismo en estos casos, sirviendo de intermediario entre el pobre y el rico, entre este para auxiliar á aquel, y ayudando al pobre á hacer más llevadera su desgracia, ya por medio de la resignación ya de las más fundadas esperanzas de abrirse las puertas de la caridad á sus lamentos! ¿Podrá jamás compararse el beneficio de las bayonetas al que podrían reportar las asociaciones y el cristianismo? El apelar á aquel medio lo tengo por indigno de un país civilizado, porque es añadir la desgracia de la fuerza á la fuerza de la desgracia.

Por más que los adelantos de las modernas industrias engendran el aumento del monopolio, y este sea la causa de pobreza ¿habremos de condenar los adelantos de la cultura moderna por más que esta sea material? No por cierto; dejad al progreso seguir su curso, que la ley del mundo es progresar, aun acosta de tropiezos en la sociedad y de tanteos y vacilaciones en las ciencias; pero condenad el abuso, y no confundirlo con el buen uso de las cosas, que una arma según se la maneja, mata ó salva al individuo que la lleve en su mano. Lo tengo dicho ya; unid al progreso material de nuestro siglo el complemento moral que le falta, y en la síntesis de uno y otro consistirá la verdadera civilización y el bienestar de los pueblos.

Una pequeña advertencia antes de terminar.

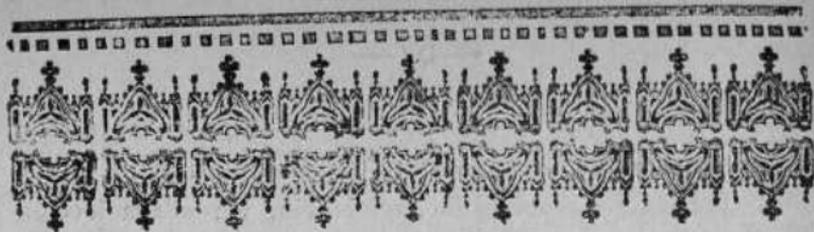
¡Hijos del trabajo! si la sociedad tarda en encauzarse por las vías del progreso moral, revestiros con el escudo de una asociación bien ordenada para poder hacer frente á los temibles ataques del egoísmo y del monopolio.

Y vosotros Gobiernos meditad; que las sociedades que dirijis necesitan sufrir grandes reacciones, grandes cambios para entrar en el verdadero camino de la civilización; dad ejemplos de abnegación vosotros y vuestra grandeza para que estos se propaguen á las demás clases sociales; fundad por medio de benéficas corrientes los grandes remansos de la caridad llamados instituciones benéficas, para que por medio de varones esforzados estas sirvan de modelo y secunden vuestras miras; y si esto solo no bastare por no poder verificarse repentinamente tan brusca reacción, halagad la vanidad humana, explotad este precioso filón para los grandes fines sociales, y según vuestros antecesores fundaron Ducados y Condados que llevaban por sobrenombre los terrenos á la barbarie conquistados, fundad vosotros títulos basados en los terrenos que á la miseria se conquisten, y ennoblecereis altamente á las sociedades con los títulos cuyo solo nombre trae grato recuerdo al corazón: estad seguros que impresa esta nueva dirección á las corrientes sociales, dará copiosos frutos, porque lo que entra por la imaginación y halaga al corazón, llega más tarde á posesionarse del fondo de las almas; y con estas indicaciones y las hechas en mis anteriores artículos de este año, tendréis quizá bases no pequeñas para la resolución del gran problema social de nuestro siglo.

Y vosotros los que contempláis la civilización por solo su físico esplendor, reparad que vuestra vista está ofuscada, y no os permite ver esa gran llaga moral, que á más de los males mencionados engendra el aumento de suicidios y esa gran miseria que hace presagiar grandes

catástrofes, porque á los crímenes sociales siempre han seguido tremendas reparaciones, según lo atestigua la historia, verdadero recurso de conciencia, verdadera lección de justicia para las naciones, porque sabido es, que la armonía del universo se halla defendida por el castigo.





DE LA TOLERANCIA.

Palabra de sentido vago é indefinido usada de la manera que en el día se emplea, y que merece tener sus distinciones, por más que aparentemente no parezca esto marchar con las corrientes del siglo, porque no todo se puede siempre y en absoluto tolerar. Suponed por ejemplo que se trata de la tolerancia religiosa, y que la queréis proclamar en absoluto: ¿podríais consentir en vuestros templos el impúdico culto de Venus ó Priapo, ni permitir la inmolación de víctimas humanas con pretexto de hacer sacrificios al Dios á quien se adora? No: y por lo que hace á la tolerancia de doctrinas no sería inoportuno establecer algunas reservas, porque sinó tambien podrían seguirse daños. Figuraos que en nuestra época apareciera alguna secta fanática de tantas como tuvo la heregía en sus épocas de inaudito furor, y viniera propagando tan absurdas

y desoladoras doctrinas como las que la historia de la humana flaqueza en sus anales cuenta con horror. ¿Qué harías en este caso? Pues observad, que esto que digo del orden religioso también pudiera hacerse extensivo al político y al social, y por lo tanto esta palabra por no llevar un sentido más concreto, no dejará de ser causa de disputas y quizá hasta de desgracias.

Yo entiendo que el sentido de esta palabra ni debe generalizarse en demasía, ni tampoco debe servir de rémora al progreso del siglo en que se vive.

Sabido es que la humanidad está dotada de cierto buen sentido que le permite ver como por intuición aquello que mejor pueda convenirle, apesar de sus grandes extravíos y errores, y aquello que debe marchar acordes con los progresos de su siglo y con los eternos principios de moralidad y de justicia, siquiera sean los genios los encargados de derramar su luz en los horizontes sociales é imprimir en ellos los destellos de las nuevas ideas. Pues bien, el buen sentido de la humanidad proclama, que las doctrinas y los hechos deben ser tolerados, en tanto que no pongan obstáculo al progreso del siglo en que se vive, y estén fundados en los eternos principios de moralidad y de justicia, porque de otro modo teneis que ser por fuerza intolerantes, ó consentir las más descabelladas doctrinas con sus tristes consecuencias, retrocediendo de este modo en lugar de progresar. Si usais sin esta restricción la palabra tolerancia ¿qué haríais de un fanático que en nombre de sus doctrinas, que él cree santas y buenas, cometiera toda clase de atropellos? Ni aun tendríais derecho para retenerle sin poner os en desacuerdo con vuestras

doctrinas tolerantes.

Todo lo que gira fuera de su órbita se desquicia.

Todo astro que gire fuera de la suya, producirá grandes trastornos en el mundo físico.

Toda frase cuyo sentido salga del límite ú órbita que debe tener, producirá también trastornos en el mundo moral. Y hasta el humano pensamiento si sale de la órbita que la lógica con sus leyes le señala, caerá fatalmente en los abismos de la extravagancia y la locura, que no impunemente se violentan las leyes que sostienen los equilibrios de los mundos.

Yo opino que la palabra tolerancia usada sin restricción de ningún género conduce al fanatismo tanto en religión como en política, sino va apoyada de una grave reflexión, porque la imaginación del hombre hallando tan vasto campo por donde explayarse, se asemeja á una mágica linterna, por la que en procesión no interrumpida van pasando toda clase de fantásticos engendros, porque sin el dique de una firme reflexión los hombres semejarían á los primitivos pueblos del Oriente, en cuya infancia aun no pudiendo ésta ejercer su refrenador influjo, dejaba paso á las más absurdas concepciones mitológicas.

Aun cuando la humanidad con su buen sentido desechara las absurdas doctrinas, esto no sería bastante para impedir que ciertas imaginaciones exaltadas se extravíaran, produciendo con sus extravíos grandes daños.





DE LA PRENSA.

Es oportuno tratar de la prensa despues de la tolerancia por tener con ella tanta conexi3n. No voy 3 ocuparme de su descubrimiento all3 en el a3o de 1440; ni de las vicisitudes por que atraves3 su inventor Gutemberg, como casi todos los grandes inventores de 3pocas pasadas perseguidos por la calumnia y por la envidia inheretes 3 la flaqueza humana, que quien sobre estos puntos m3s detalles desee, puede encontrarlos en mi art3culo sobre los m3rtires de la ciencia en el centenario de Col3n: voy 3 ocuparme de otros aspectos de esta grave cuesti3n relacionados con los intereses sociales.

La prensa se presta 3 grandes abusos como todo lo que disfruta de gran poder y gran alcanc3, que inmenso es el de quien 3 m3s de ser la expresi3n, es el veh3culo del pensamiento multiplicado por la rapidez vertiginosa que dan los modernos medios de trasmisi3n 3 las ideas; pero si por sus abusos hubi3ramos de condenarla, lo mismo hubi3ramos



de hacer con muchas cosas, y con casi todas las modernas invenciones, y por ende desecharlas.

¿De qué no ha abusado el hombre impulsado por sus malas pasiones? Ved la aguja que guía al navegante por la inmensidad de vastos y solitarios mares en busca de desconocidos mundos, pues ha servido al hombre para llevar á sus semejantes la luz de la verdad, y tambien ha servido para llevarles las cadenas de la esclavitud. Ved la pólvora empleada en defensa de los más sagrados derechos del hombre convertida en potencia formidable que contra el mismo se vuelve. Ved el oro empleado en las obras mas nobles y santas, empleado á la vez en servir á la corrupción del desvalido é inocente. Ved las modernas industrias llevando el bienestar y la salud á muchas clases sociales, y sumiendo con su monopolio á las otras en la más espantosa miseria. Ved la inteligencia en fin, puesta á la defensa y servicio de las grandes causas, y sirviendo tambien de estímulo y fomento á doctrinas las más desoladoras.

Pues bien, esto mismo puede decirse de la prensa: ella ha servido para extender el bálsamo de la religión y la moral, y ha servido de instrumento á la calumnia; ella ha propagado errores, pero ha difundido verdades. Condenemos pues el abuso y tratemos de evitarlo pero ¿cómo se evitará este abuso? ¿Por medio de la intolerancia? No lo creo así: la prensa es una necesidad de las actuales sociedades, es medida y estímulo de progreso, y hay que tolerarle por hoy sus abusos mientras otra cosa no sea posible, que otras cosas se toleran con menores ventajas como pasa con la prostitución.

¿Sabeis lo que se consigue con coartar la libertad de la

prensa? Pues lo contrario de lo que se proponga el que la coarte; y esto lo confirman de consuno los hechos y la razón. Los hechos demuestran que en Francia en el pasado siglo cuando la prensa estuvo sujeta a la censura, fue cuando ejerció más poderoso influjo. Cuando despues de la revolución de Francia en el mismo siglo se la dejó en libertad, ya no hacia falta para el triunfo de la misma y la caída del trono de Luis XVI.

De España puede decirse lo propio, pues transmitidas por aquella época las corrientes de la Francia á nuestra Patria, nada pudieron contra ellas los diques de la persecución y la censura.

Por lo que hace á la razón observad: que existen en el hombre como en la naturaleza ó sea en el mundo intelectual y en el mundo físico dos leyes; una que puede llamarse *la de los contrastes* y la otra *ley de los obstáculos*: por la primera aparece mas en relieve aquello que es mas contradictorio; y como la prensa perseguida lo es con respecto á los principios y las leyes de los Gobiernos reinantes, de ahí que aparece mas ostensible; y si agregais cierto sentimiento de conmiseración inherente á la especie humana hácia todo lo que sufre ó es perseguido, comprendereis por que la prensa perseguida, en lugar de captarse el odio, adquiere mas importancia y se capta las simpatías de las sociedades. Esto por lo que hace á la 1.^a ley.

Por lo que hace á la 2.^a ó sea *la ley de los obstáculos*, observad: que cuando bien sea en el mundo de la naturaleza, ó bien sea en el mundo intelectual, una corriente se encuentra con un obstáculo que le estorba el paso, aquella multiplica sus fuerzas hasta vencerle, y conseguidó, lo lanza fuera

de sí á una distancia proporcional á las fuerzas de su empuje.

Ahora bien aplicad la ley y vereis, que donde quiera que nuestra imaginación encuentra un obstáculo como es para ella lo que le impidiera ver lo desconocido, allá se lanza con más brío exclamando ¡¡allí!! ¿Que habrá allí? Y con esto impaciente por penetrar los secretos, por el deseo de saber que al hombre es inherente, multiplica su fuerza y su furia por salvar el dique que á su curso se opone, y como lo desconocido es un abismo, por esto se ha dicho que todo abismo atrae.

No de otro modo se esplican las impaciencias de la exaltada fantasía del amante cuando lucha contra los diques del pudor que la muger le opone, y en esto estriban el respeto y mérito que el pudor alcanza.

Creo haber probado con esto que la prensa, de no poder por ahora suprimirse en absoluto sus abusos, y dadas las actuales circunstancias, debe gozar de entera libertad, y que sus excesos deben corregirse de algun otro modo hasta hoy no estudiado, en el que probablemente habrán de tener no pequeña parte la mejora de las costumbres, y que entre tanto esto llega á verificarse, no queda otro medio que al exceso de veneno oponer exceso de antídoto, porque si dicha potencia puede hacer mucho mal, bien manejada puede producir mucho bien, porque la prensa es menester no olvidarlo, no es al fin más que un instrumento del que el hombre puede disponer á su antojo.





ENSEÑANZA DE LAS EXAGERACIONES DEL ESPÍRITU HUMANO.

Condición ha sido del entendimiento humano, según lo acredita la historia de la filosofía, al huir de un sistema considerado erróneo por sus exageraciones, incurrir en otro que le ha precipitado en parecidos errores por alejarse más de lo debido del primitivo punto de partida.

Esto que ha pasado en la esfera filosófica se ha verificado de igual modo en la esfera religiosa, y en la social ó política. En esta por huir de la anarquía el entendimiento se sumerge en el despotismo, y huyendo desmedidamente de este ha ido á parar á la anarquía salvando altos los escalones de la licencia y desenfreno.

Ved lo ocurrido en la esfera religiosa. Sumergidos los pueblos de la antigüedad, (luego que olvidaron las tradiciones primitivas), en el gentilismo y en el más grosero panteísmo, sabido es que no salieron de aquella noche de la inteligencia, hasta que la luz del calvario difundió sus luminosos rayos por nuevos horizontes: el hombre entonces vió

más claro; pero á causa del cúmulo de circunstancias por que atravesaron entonces las sociedades, se asociaron á los principios civilizadores del cristianismo los restos de la barbárie en que aquellas se hallaban sumergidas, resultando aquel consorcio de costumbres semi-bárbaras y semi-cultas; que engendraron la andante caballería de la edad media; pero predominando el sentimiento religioso, y exagerándolo en demasía vino el misticismo, que aunque de noble alcurnia tuvo que engendrar supersticiones y visiones más ó menos fantásticas, efecto propio de imaginaciones exaltadas en medio de sus arrobamientos y éxtasis.

Viene entonces el renacimiento, y las ciencias físicas y naturales toman nuevo vuelo, la filosofía cambia de rumbo cultivándose las facultades reflexivas despojándose del pesado y antiguo yugo del filósofo y de Estagira, el catolicismo sufre rudo golpe en Alemania dejándose sentir su trepidación en varios puntos de otras potencias; y con el libre examen que el protestantismo trae en pos de sí, las nuevas luces de las ciencias, y los abusos de los que tomarón una religión santa por instrumento de sus bajas pasiones, el hombre entonces quiere huir al extremo opuesto, y lo hace tan desmedidamente y con tan poca reflexión, que en lugar de detenerse en el debido punto, en vez de asociar los principios religiosos á los adelantos de las ciencias, en vez de juzgar á los hombres tales como son por sus flaquezas, y dar el verdadero valor á las instituciones, confunde lastimosamente los unos con las otras, y en sus exageraciones y en su miedo, cree que sólo huyendo á todo trance á parte opuesta, sabrá apartarse del peligro que le amenaza; pero ¡infeliz! Todavía no ha apren-

dió lo bastante de las lecciones de la historia del entendimiento humano, y confundiendo á los hombres con los principios, juzga estos por las flaquezas de aquellos, con lo que desacreditándolos, huye horrorizado de ellos, y marcha á sumergirse en los abismos del positivismo y materialismo con sus secuelas la indiferencia y el egoísmo, y sus tristes consecuencias.

Escusado es decir que con esto la caridad tan pregonada cayó por tierra al carecer de base firme, pues la moral se albergó en la religión su mansión de origen, y con esto las sociedades carecieron de uno de los fundamentos de su bienestar, pues que las bases fundamentales de toda sociedad son las ciencias y la moral.

El tiempo con sus tristes desengaños ha venido á confirmar lo que voy diciendo, porque marchando el hombre con paso firme por el camino del positivismo, alumbrado solo por la luz de la ciencia, divisó en lontananza un horizonte tenebroso, y en él tempestuosas *nubes por cuyo repugnante aspecto presintió ser mensageras de catástrofes, y entonces temeroso volvió su vista atrás, por ver si podía desandar parte del camino con tan poco tino recorrido, y pensativo y apesadumbrado exclamó.

«Ahora comprendo que el universo no puede existir sin armonía, y que la armonía del mundo moral se halla defendida por el castigo; calamidades terribles me amenazan si prosigo en mi marcha egoísta, porque ciego de mí no ví ¡ay! cuando presuroso caminaba los despojos de víctimas inocentes, que mi olvido y mi indiferencia produjeron. ¡Ah! no, yo debo cambiar de dirección, yo voy equivocado en la marcha que he creído progresiva; he

creído progreso, adelanto, civilización á los adelantos materiales solamente, sin considerar que estos por si solos producen el bienestar de los unos entanto que sumerjen en la miseria á la inmensa mayoría. Ahora comprendo que el mundo ha de hallarse fatalmente sometido á la ley del amor ó á la ley de la fuerza; de este dilema la humanidad no podrá apartarse, porque donde quiera que la caridad no ha protegido al hombre con su escudo, allí le ha asaltado enseguida la esclavitud; yo esto no lo había comprendido, no, yo no sabía que las sociedades no podían existir sin estar sometidas á la moral, y supuse á esta palabra vacía de sentido; grande fué mi obcecación, pues ignoré que por falsa que sea una religión, y aun en medio de sus supersticiones, no deja de llevar alguna ráfaga de luz, algun principio moral que reporta á las sociedades más ventajas que el positivismo, la indiferencia y el materialismo desde sus estériles regiones. Sí; mi dirección al seguir la marcha del progreso fué equivocada, no vi que el sentimiento de la dignidad humana en nuestro siglo forma contraste con la precaria situación de esos hombres á quienes la miseria coloca á las puertas de la muerte y en el dintel de la más negra desesperación! ¡Ah! y el día en que una circunstancia á ello preste ocasión, no sé la catástrofe que resultará de la conflagración de tales y tan combustibles elementos, porque lo mismo los individuos que las familias y que las sociedades, tambien en esta vida espían sus delitos y los de sus antecesores, para que su ejemplo sirva de triste y provechosa enseñanza á las generaciones venideras.»

«Ahora sí que puedo esclamar yo con el filósofo. ¿Que

puede ser á mis turbados ojos este género humano que de catástrofe en catástrofe se agita sobre la faz de la tierra si me quitais los resortes que lo mueven, si me ocultais la meta de sus jornadas y el guía de su camino, anulais sobre todo la moralidad de sus actos, la sanción de sus leyes, la regla que determina la justicia ó sinrazón de las revoluciones?»

«¿Que es para mi esta muchedumbre viva erante en la escena del mundo más que una agregación de moléculas humanas, que tropezando sin saber cómo unas con otras se atraen ó se repelen, se empujan ó se despedazan sin saber porqué? ¿Qué son los pueblos más que esclavos arrastrados por la mano de la fatalidad en su camino, sin punto de partida y sin término? ¿Qué es en fin el movimiento del género humano todo, más que una inmensa agitación de seres llevados entre dos misterios tenebrosos, el de lo pasado y el de lo porvenir, y que apareciendo un día en la superficie del mundo y de las cosas, desaparece muy luego en el abismo eterno de la nada, despues de haber existido sin objeto, sin causa y sin fin alguno?»

«Pero reflexiono y comprendo que si la moral y la religión han de producir su efecto saludable sobre la gran masa de la humanidad, han de herir vivamente la imaginación, y han de entrar no tan sólo por la razón, sino hasta por las puertas de los sentidos, que como las muchedumbres tienen algo de niñas, sienten más que piensan, y en este influjo del sentimiento sobre la reflexión sé funda el culto externo, y la preponderancia del arte; por esto además ahora considero que los principios religiosos y morales deben encarnar en instituciones que sostenien-

do y guardando los principios fundamentales del bienestar de las sociedades, sean vistas á distancia por las muchedumbres para hablar á estas, digámoslo así por el sentimiento y el corazón, á la vez que á los hombres instruidos por la razón y el entendimiento, con lo que siendo notable el influjo sobre la educación de la juventud, se podrían recoger sus frutos en no muy lejano plazo, pues que moralizando é instruyendo á estas es como se siembran los gérmenes del bienestar y la prosperidad social, y de este modo se elegirán hombres probos é instruidos para dirigir los destinos de los países, sin dar tanta importancia á las diversas formás políticas, que si alguna tienen es por la perfidia de los hombres, porque por todas partes el hombre se ha querido precaver contra los abusos de sus semejantes, y se comprendería en fin, que quien no edifica sobre bases firmes, verá venir al suelo sus construcciones con estrépito en el momento que arrecie el huracan de las pasiones.◀

Aquí hizo una pequeña pausa y continuó á asi. ◀Fatal dilema por cierto; la fuerza ó la caridad! Pero para que la caridad sea una verdad es menester que salga del corazón, que sea el verdadero amor al prójimo, no debe cubrirse con el manto de una calculada é hipócrita filantropía, que en este caso tiene mucho de egoísta, porque la beneficencia practicada de este modo se presta á grandes abusos y es la moneda falsa de la caridad; mientras aquella no sea una verdad, inútiles son todas las declamaciones, y tristes esperiencias convencerán al hombre, que no impunemente se víolan las leyes que sostienen el equilibrio del mundo social.▶

«Si tiempo es ya de que el hombre eleve su alma despojándose del peso de la materia que le rodea, que siendo efímera nuestra existencia y no pudiendo en ella el corazón saciar sus ambiciones, esto claro indica el tránsito á otra mansión más elevada, porque así como los ríos buscan el mar, la aguja imantada busca el polo norte y lo grave busca el centro de la tierra, el alma busca el centro de donde ha partido, porque sin la posesión de Dios, camina vaga, incierta y oscilante sin punto de reposo en su azaroso viaje por el desierto de la vida; pero ya que yo obcecado, ni aun esto pude ver, la tempestuosa atmósfera que me amenaza, con claridad me indica, que también en esta vida se demuestra la justicia del Omnipotente, y su formidable cólera, porque veo que también sabe castigar con la locura, aquellas almas que precipitadas en el materialismo, y perdidas las ilusiones de la vida, ya no encuentran remedio á sus males á no ser en la desesperación y el escepticismo padres de las alteraciones de la mente humana »

Pero aun hay mas; marchando el espíritu humano de error en error, y atravesando por los escalones de la negación naturalista, de la negación panteísta, de la negación atea, de la negación materialista, de la negación fatalista y positivista que, forman la megación contemporánea, no es difícil presumir que después de tantos vaivenes de la inteligencia, después de tan grandes sacudidas, viniera lo que no podía menos de venir, el cansancio, el desmayo en los espíritus, esa laxitud manifestada por la duda, verdadera angustia del alma, verdadero gemido que exala el corazón por la ausencia de la verdad perdida; llegando la perturbación

lación á tal extremo, que lo que es un estado anormal, un estado de postracion mental, excitado por el acicate del orgullo se erigió en sistema llamado escepticismo; ¡que á tal punto llegan las aberraciones del entendimiento! Con esto queda dicho que lo absoluto careció de fundamento, y siendo ya todo de orden relativo ó contingente, lo mismo venia á ser, el ser que la nada, la verdad que el error, el bien que el mal, la deformidad que la belleza, la virtud que el vicio, que no otra cosa puede dár de sí un producto de escombros intelectuales, á la manera que las demoliciones sociales no pueden engendrar más que el socialismo ó el nihilismo.

Negado lo absoluto, el derecho falto de principios morales fijos queda convertido en un simple medio de organización, como cuerpo sin alma, y siendo por ende un puro acto convencional, queda inerte para el bien de la sociedad; porque es menester no perder de vista, que no es lo mismo la legalidad externa que la legitimidad, que no es lo mismo el derecho que la moral, y que las leyes para ser respetadas necesitan algo más que la formalidad de sus actos exteriores, y sus penas necesitan ir revestidas de la aureola de la justicia, porque el género humano solo respeta lo que encuentra justo, y no lo es aquello que se funda solo en un principio de utilidad, y no en los eternos principios de moralidad y de justicia. Las leyes que no revistan este caracter, que no lleven impreso este sello en absoluto, estarán sujetas á interpretaciones y acarrearán altercados de tristes consecuencias, porque es de ley que lo violento no es durable, y no puede menos de ser anormal y violento el estado de las sociedades, que en lugar

de girar en la órbita circunscrita por los principios de moralidad y de justicia, solo giran entre los polos del miedo y del egoísmo.

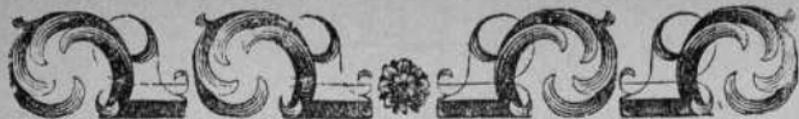
¿Porque os parece que las modernas sociedades, apesar de sus notables adelantos marchan agitadas y angustiosas, haciéndoles la zozobra apurar grandes sinsabores en el fondo de la copa del placer?

Es porque conocen que no está firme el terreno donde pisan; porque faltan de principios absolutos, y de creencias fijas, las sociedades no pueden vivir tranquilas. De todo esto ya puede deducirse una enseñanza, y es que las verdaderas reformas sociales han de basarse en los principios absolutos é inmutables, no en principios más ó menos arbitrarios ó convencionales, hijos de entendimientos que marchan al azár, sinó en aquellos principios, que por ser innatos é inmanentes en la especie humana se le imponen, y ejercen sobre ella un dominio absoluto, pues que de esto resultará otra especial ventaja, y es que ocupando los principios absolutos el lugar y dominio que debe ocupar el despotismo de los hombres, la humanidad en las tormentas sociales hallará una roca firmé que resista los embates de las olas, que pueblos sin principios inmutables, marcharán como naves sin timón, [zozobrándo por el mar tempestuoso de la vida, á hundirse en el abismo sin fondo del más horrendo despotismo, porque el alma vacilante y enervado el pensamiento por la duda, facilmente sucumben al empuje del déspota tirano.

¿Porque pensais que en medio de la aparente libertad que se nos otorga, los pueblos gimen aún por la falta de libertad que los affige? Pues por la carencia de firmes

principios políticos, fundados en la moral absoluta. Los pueblos con los grandes vaivenes de la política, y con los muchos abusos por unos y otros partidos cometidos, han entrado en un periodo de desmayo, de duda, y decaimiento, y por esto cuando la prensa levanta su potente voz denunciando los abusos de un poder constituido, sus clamores no encuentran eco que responda, son voces que claman en desierto, y lo más que hacen los corazones generosos, que lamentan las desgracias de las sociedades, es gemir como el Profeta sobre su querida Sión en ruinas, ¡Enevamamiento de las almas proveniente de anteriores tolerancias indebidas, y que hacen recordar aquel axioma que dice « Los pueblos tienen los gobiernos que se merecen »!





SOBRE LAS DEBILIDADES DEL ESPÍRITU HUMANO,
EL FANATISMO Y SU TRATAMIENTO.

1.º

Debilidades del espíritu humano.



¡Triste condición humana! Abren su paso las instituciones humanas á costa de lágrimas y sangre, y por entre montones de cadáveres, y ya su espíritu cuando despues de tantas luchas cree haber alcanzado (tanto, nota con profunda pena, que aun le resta mucho que alcanzar.

¿Proseguirá en su marcha titánica? Su destino es proseguir, y marchará aun con paso jadeante y aunque las fuerzas le falten, teniendo por norte la esperanza, símbolo de inmortalidad.

Su espíritu después de los más formidables empujes, ha sufrido los más tremendos descabros; las dudas muchas veces le han sumergido en noche tenebrosa, y prosigue queriendo arrancar los secretos á las ciencias, porque escrito está, que su destino es proseguir y dejar á sus descendientes la herencia de sus descubrimientos.

Inerte materia por una parte, el hombre, y sutil espíritu por otra, llevando en sí huellas de lo terreno y lo infinito, cuando en porfiada lucha su cuerpo desfallece, su espíritu le reanima y vivifica, y de este monstruoso conjunto de desmayos y esperanzas, de apocamiento y de entusiasmo, de pusilanimidad y valentía, de verdades y errores, de certidumbres y de dudas, resulta su historia del progreso conseguida á costa de tantos sinsabores y quebrantos. La historia vereis que por todas partes lo demuestra.

La historia de esa calamidad llamada escepticismo humano, ha venido recorriendo aproximadamente este camino: partiendo del sensualismo y exagerándolo, ha venido á caer en el materialismo, ó bien tomando opuesta base ha partido del espiritualismo, que exagerado se ha desvanecido en el idealismo, no viendo ya en su ceguedad, el primero más que cuerpos, y el segundo más que espíritus. Acosado el espíritu humano por estas dos filosofías, no sabe ya á que atenerse, y renegando de ambas, en sus utópicos ensueños piensa en una reconciliación de las dos, y por huir de ambos extremos vá á parar á un vago misticismo ó panteísmo en busca de armonías, que solo tienen contradicciones por base, llegando con tal mescolanza de contradictorias ideas á entrar en el desmayo en los espíritus.

Aquí teneis un breve resumen de los errores del espíritu humano motivados más que nada por el fanatismo de secta, pues sabido es que ha engendrado grandes disputas entre sectas de opuestos bandos, en las que ha tomado no pequeña parte el exceso de amor propio.

La historia de la filosofía unos la han comparado á un campo que tuviera los terrenos más irregulares accidentados y anfractuosos con su múltiple variedad de aspectos, y otros á un campo de desolación y ruinas, en donde con la pulverulenta atmósfera que estas levantan, el entendimiento humano entró de lleno en la negra noche del escepticismo.

La historia de las religiones y heregías, no parece otra cosa, que la historia de la condensación de las más informes nebulosidades, engendradas en la noche de la humana ofuscación, y productoras de grandes desastres por donde pasaron, segun aquella lo atestigua, sin que el sol de la ilustración haya podido aun en absoluto disiparlas.

La historia de las ilusiones y alucinaciones de la humanidad, no hallo simil con que pueda compararla: todos los monstruos del Océano en confusa mescolanza, y agitados por desencadenada tempestad, solo podrían dar idea de aquella; así que en ella veréis evocación de muertos, esqueletos, sombras y espectros, apariciones de brujos y visiones de almas en pena, demonios de las más diversas formas, evocación de ángeles, santos y hasta evocación del mismo Dios, manes, lares, duendes, fantasmas, vestiglos, genios y vampiros, mágias, hechizos, sortilegios simulacros encantamientos, licántropos, animales que han hablado, dioses que movieron la cabeza y que han sudado sangre; y en fin todo ese largo catálogo de hechos portentosos y absurdos, que se han encontrado en toda clase de países y en la serie de los tiempos.

La historia de la medicina patentiza que esta ciencia ha seguido en su marcha de tal modo las huellas de la

filosofía, que no parece sinó la sombra de un cuerpo que atravesara con paso vacilante y tropezando, por los terrenos escarpados de la ciencia, y sin haber llegado aún al fin de su jornada.

Y la historia de las ciencias en general; se ve que es la marcha del hombre por senderos escabrosos en una larga noche alumbrada por fugaces resplandores, y sufriendo á cada paso los asaltos de la calumnia y de la envidia.

¿Queréis saber más aún acerca de las debilidades del espíritu humano? pues escuchad lo que dice el Padre Maestro Feijó en su Teatro crítico cuando trata de las artes divinatorias.

«¡Rara presunción la del hombre querer averiguar lo que está por venir! Pestañea en lo pasado, anda á tientas en lo presente, y juzga tener ojos para lo futuro. Miente las historias en lo que fué, los sentidos en lo que es, y cree á varios sueños en lo que será. Esta extravagancia del entendimiento, nace del desorden de la voluntad. Cuando esta está más ciega, tanto más pretende que el entendimiento sea más lince. Grande ceguera nuestra es abrazar con el deseo lo ilícito; pero aun mayor buscar con el discurso lo impenetrable. Desde el cerebro del hombre á la región de los futuros contingentes no abrió camino alguno la naturaleza, y donde no hay senda que guíe al término deseado, cualquiera rumbo que se tome llevará al precipicio.

«Esta ambición fue el vicioso origen de tanta práctica supersticiosa como inventaron los antiguos idólatras. Buscaban noticias de lo venidero en los astros, en los elementos, en los cadáveres, en los delirios de los sueños, en las

entrañas de las víctimas, en las voces de los brutos, en los vuelos de las aves; á toda la naturaleza preguntaban lo que había de suceder, y creían hallar la respuesta por más que la hallaban sorda á la consulta. De la variedad de instrumentos que usaban para adivinar, se dominaron tantas artes divinatorias, que apenas caben en la memoria de los hombres.»

Ved ahora lo que dicen otros pensadores de reconocido mérito, y que corroboran las lamentables flaquezas de que se viene tratando. Don Jaime Balmes tiene un pensamiento en que dice; «que cuando el corazón necesita una doctrina, el entendimiento se la presta aunque sea fingiéndola.» En su obra del Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización Europea tomo 1.º pag.ª 66, el mismo autor dice así: «Hay en la historia del espíritu humano un hecho universal y constante, y es su vehemente inclinación á imaginar sistemas, que prescindiendo completamente de la realidad de las cosas, ofrezcan tan solo la obra de un ingenio, que se ha propuesto apartar del camino común, y abandonarse libremente al impulso de sus propias inspiraciones. La historia de la filosofía apenas presenta otros cuadros que la repetición frecuente de este fenómeno, y en cuanto cabe en las otras materias, no ha dejado de reproducirse en una ú otra forma. Concebida una idea singular, mírala el entendimiento con aquella predilección con que un padre suele distinguir á sus hijos, y desenvolviéndola con esta preocupación, amolda en ella todos los hechos y le ajusta todas las reflexiones. Lo que en un principio no era más que un pensamiento ingenioso y extravagante, pasa luego á ser un

gérmen del cual nacen vastos cuerpos de doctrinas, y si es ardiente la cabeza donde ha brotado el pensamiento, si está renovada por un corazón lleno de fuego, el calor provoca la fermentación y estalla el fanatismo provocador de todos los delirios.»

Más adelante hablando de fanatismo religioso engendrado por la misma causa dice: «El orgulloso no pudiendo sufrir oposición se disloca furioso contra todo lo que encuentra establecido, é insultando la autoridad, atacando las instituciones, y despreciando las personas, disfraza la más grosera violencia con el manto del celo, y cubre la ambición con el nombre del apostolado. No son á la verdad muchos los capaces de representar el primer papel en esta escena de locura; pero desgraciadamente los hombres son demasiado insensatos para dejarse arrastrar por el primero que se arroja atrevido á cometer la empresa; pues que la historia y la experiencia harto nos tienen enseñado, que para fascinar un gran numero de hombres basta; y que para formar un partido por malvado, por extravagante por reducido que sea, no se necesita más que levantar una bandera.» El mismo autor en otra parte dice: «hay hombres extremadamente vanos con mucho amor propio mal entendido que les inspira el deseo de singularizarse en todo, que al fin llegan á contraer un hábito de apartarse de lo que hacen y piensan los demás hombres, esto es, de ponerse en contradicción con el sentido comun» y tiene otro pensamiento que dice: «el arrojarse el hombre á merced del sentimiento, es arrojar un navío sin piloto en medio de las olas, esto equivale á proclamar la infalibilidad de las pasiones.»

En otra parte el mismo autor dando idea de lo que ha sido el espíritu humano en la historia de nuestros conocimientos dice así: «Abandonado enteramente así mismo el corazón humano presenta la imagen de una centella inquieta y viváz que corre sin rumbo fijo la inmensidad de los Cielos, traza en su vário y rápido curso mil extrañas figuras, siembra el rastro de su luz de mil chispas relumbrantes, encanta un momento la vista con el resplandor de sus caprichos, y desaparece luego en la oscuridad, sin dejar en la inmensa extensión de su camino una ráfaga de luz para esclarecer las tinieblas de la noche. Ahí está la historia de nuestros conocimientos, y en ese inmenso depósito donde se hallan en confusa mezcla las verdades y los errores, la sabiduría y la necedad, el juicio y la locura; ahí se encuentran abundantes pruebas de lo que acabo de afirmar; ellas saldrán en mi abono si se quiere dudar ó tachar de haber recargado el cuadro.»

Con relación á este asunto el Marqués de Valdegamas dice así: «El mundo había visto á Dios y no le había conocido, y cuando no le vió tuvo su conocimiento; no había creído en su palabra, y cuando dejó de hablar la creyó; había adorado á los ídolos, y quemó luego los ídolos; lo que había tenido por argumentos vanos, tuvo despues por argumentos victoriosos é inconcebibles; cambió en amor inmenso su odio profundo; este es el espíritu humano.»

El Padre Félix dice así: «todo hombre que escitado por su orgullo intenta salir de sus limites y de su esfera, halla la locura por castigo, la locura única puerta que se

encuentra abierta para salir de la razón, es decir del sentido comun. Por aquella puerta es por donde inevitablemente salen los espíritus soberbios que se aferran en traspasar sus fronteras; porque el orgullo subiendo del corazón á la cabeza lleva á ella el vértigo, y por eso los vemos que fuera de su centro van rodando entre la extravagancia y la excentricidad sumiendo á la vez en un caos á la humanidad entera y continua diciendo en otra parte «No conozco entre nosotros señal más espantosa de la locura humana, que la aparición de esas insensatas doctrinas que piden en nombre de la razón y de la inteligencia, la destrucción de las bases en que se apoyan toda razón y toda inteligencia.»

Escuchad ahora sobre el particular á D. Pedro Mata como se expresa en su Tratado de la Razón humana.

«Todas las aberraciones de los instintos y sentimientos que se han visto y se estan viendo en las sociedades, tanto salvages como cultas, todas las ventajas y mejoras de la civilización ¿de que dependen sinó de las ideas generales que han determinado las formas de las facultades efectivas? ¿Y quien á dado esas ideas sinó la educación dirigida y dominada por los hombres fuertes y astutos que se han apoderado de los pueblos, y que no contando solo con la fuerza bruta han apelado á la moral explotando los instintos y sentimientos humanos para encadenarlos á sus interesadas miras por medio del espanto, del terror, de los castigos de Dioses terribles, ya alimentándolos en las creencias que les han dado con la esperanza de premios eternos para los que guardan la fé de las doctrinas enseñadas? Y sigue más adelante «No hay instinto, no hay

sentimiento que las facultades reflectivas no hayán modificado de mil maneras, y desgraciadamente no en un sentido siempre favorable á la humanidad y de acuerdo con los fueros de la naturaleza, y con la legítima tendencia de esos impulsos espontáneos.»

Y más adelante añade «Las facultades reflectivas por lo mismo que son las que dominan las ciencias, las concepciones filosóficas, los cultos, las ceremonias religiosas y civiles, los que han hecho los códigos las costumbres, las que han formado las instituciones; es evidente que, cuando influidas ellas por las circunstancias que ya hemos indicado en otro lugar, han presentado á las generaciones como justos verdaderos y buenos ciertos objetos y ciertas prácticas y creencias, los instintos y sentimientos se han ejercido tomando esas formas; así como se han revelado adquiriendo otras cuando se las ha presentado diferentes ó con diversas cualidades. El amor físico cuyo fondo han puesto en movimiento las percepciones ¿de cuantas maneras no se ha ejercido según las ideas generales abstractas nacidas de la comparación y causalidad ó lo que es lo mismo de la reflexión? El amor paternal, el amor de los hijos, todas las adhesiones á nuestros semejantes ¿cuantas formas no han tenido según las teorías que se han enseñado á los hombres? ¿Que diré de todos los demás instintos incluso el del hambre y la sed? ¿Que diré de los sentimientos de adoración y de la fé, los más extendidos en todas partes, ya por el cálculo ó interés de algunos, ya por la ignorancia de los más, ya por las miras políticas de los caudillos de los pueblos? Leed Señores la historia de las instituciones humanas, á la luz de esa antorcha, y me

ahorrareis el trabajo de descender á pormenores para dejar lo que digo fuera de duda.»

NOTA: (Despues de lo dicho no creo oportuno recargar el cuadro triste de las flaquezas del espíritu; el que desee más detalles puede consultar á Balmes en su tratado del criterio, capítulo y párrafos que tratan del corazón el entendimiento y la imaginación, ó mi artículo sobre los instintos, sentimientos, reflexión y su influencia reciproca).

Ahora vamos á ver si puede hacerse alguna aplicación de todo lo expuesto al asunto que se tratará en el siguiente artículo, que será sobre el fanatismo y sus medios de tratamiento.





SOBRE EL FANATISMO Y SUS MEDIOS DE TRATAMIENTO.

2.º

Voy á tratar de una flaqueza del espíritu humano que no deja de verse con alguna frecuencia, y para la que propongo nuevos medios de tratamiento; voy á tratar del fanatismo, es decir de aquella viva exaltación de ánimo fuertemente señoreada por alguna opinión ó falsa ó exagerada, y que á veces induce á los sujetos que la padecen, á cometer actos no solo extravagantes sinó hasta penados por las leyes, y del alcance que deben tener los castigos sobre los mismos actos, siquiera para este asunto haya de aludir más directamente al fanatismo político, toda vez que en nuestra época es menos frecuente el fanatismo religioso, á causa de la mayor indiferencia religiosa con relación á la edad media.

¿Cómo deben castigarse los delitos que se cometan á impulsos del fanatismo probado?

Para el mejor esclarecimiento de esta cuestión, debe subdividirse por lo menos en otras tres.

1.^a ¿Es el fanatismo un extravío de la razón humana, que no permite al sujeto que lo padece ó afecto de él obrar siempre con entero libre albedrío? 2.^a Dado que sea un extravío de la razón ¿puede probarse siempre y cuando lo demanden los tribunales? 3.^a Probado una vez el fanatismo como tal extravío de la razón ¿estuvo en manos del fanático corregirle oportunamente?

Vamos á la 1.^a cuestión, ó sea indagar si es el fanatismo un extravío de razón, que no permite al sujeto que lo padece obrar siempre con entero libre albedrío. Despues de lo visto en el anterior artículo de la tendencia que tiene el espíritu humano á formar sistemas cuyas ideas se señorean exaltando la imaginación y dominando de un modo más ó menos patente la reflexión, no ha de ser difícil creer que, los fanáticos no siempre gozan del privilegio de una cabal razón; siquiera en los demás actos de la vida obren con cordura, se hallan en una categoría semejante á los monómanos con los que facilmente se confunden.

Nuestro insigne compatriota Balmes tratando de los maniacos y ensimismados dice así; «lo que acontece habitualmente en estado de enfermedad cerebral, puede suceder muy bien cuando exaltada la imaginación por una causa cualquiera se pone actualmente enferma con relación á lo que la preocupa, ¿qué son las manías más que la revelación de este fenómeno?» D. Pedro Mata dice: «desde el momento en que las ilusiones y alucinaciones son tomadas por lo serio, se da crédito á ellas, y se obra en consecuencia, no reconociendo que son producto de la imaginación, ya hay

locura ó por lo menos un paso hácia ella, escepto en los casos en los que los errores y las falsas ideas son debidas á las reinantes en los tiempos, contribuyendo á la creación de esos engendros como á la creencia en ellos; y más adelante tratando de las alucinaciones dice; que cuando el enfermo no puede rectificar sus errores, se halla en un estado tan rayano á la locura que con ella se confunde.»

Sabido es que las pasiones, las ilusiones y alucinaciones figuran en los tratados de los mentalistas como estados intermedios entre la razón y la locura, y un fanático viene á ser un compuesto de ambas cosas; apasionado porque se apasiona de una idea, é iluso porque puede esta idea ser falsa y exaltando la imaginación formar un sistema, que no será otra cosa que un castillo en el aire. Aun cuando veais que los delitos cometidos á impulsos de una pasión fuerte, se castigan, no es porque el sugeto obrara con entero libre albedrío, sinó porque debió refrenarla á su tiempo no dejándola tomar preponderancia.

Con lo dicho creo haber probado que el fanático no siempre puede obrar con completo libre albedrío.

2.^a cuestión: Dado que el fanatismo sea un extravío de la razón ¿puede esto probarse siempre que los tribunales lo demanden? Claro es que siendo rayano en las manías, y pudiendo colocarse en el cuadro de los estados intermedios entre la razón y la locura, las reglas que la ciencia enseña para el esclarecimiento de estos casos habrán de servir para el que estamos tratando.

La ciencia mentalista sabido es que cuenta con medios para ello en los tres datos siguientes 1.^o falta de porqué ó de razón moral. 2.^o falta de historia, es decir falta

de antecedentes y subsiguientes al hecho; y 3.^a la falta de relación entre él y las circunstancias fisiológicas y sociales del sugeto.

3.^a cuestión: probado el fanatismo como extravío de la razón ¿puede el fanático oportunamente corregir ó rectificar sus errores? Yo creo esto difficilísimo dejando el sugeto encomendado á si solo, máxime si esto no es muy al principio. No hay mas que echar una ojeada sobre el cuadro trazado sobre las debilidades del espíritu humano abandonado á si solo, para comprender, que el que tiene tantos medios de caer en error, acusa una aflaqueza tal de espíritu, que le ha de ser muy difícil salir del abismo en que se hubiere sumergido, y ha de acusar gran tendencia á las recaídas si una mano compasiva no lo estorba, pudiendo en todo caso ilustrarse esta cuestión por medio de los antecedentes del delincuente y la historia del hecho objeto del proceso con sus relaciones sociales, porque los casos concretándolos aparecen más claros que en abstracto.

* *Tratamiento.* Por lo dicho se infiere facilmente, que los medios de tratamiento de la flaqueza que nos ocupa han de tener analogía con los de las enagenaciones mentales.

¿Considerais que todos los delitos cometidos por los sugetos afectos de esta dolencia deben castigarse por ser una necesidad de las sociedades? Entonces confundís la necesidad con la justicia: una cosa puede ser necesaria y no ser justa; á un loco se le sujeta por necesidad, no por justicia, porque si esto justo fuera, lo sería la violación de los derechos del hombre; la prostitución es tolerada

por los gobiernos por necesidad, no por justicia. Será todo lo necesario que se quiera tal castigo, pero no hallo plena justicia más que en castigar los actos criminales que se cometen con pleno libre albedrío; por que según tales ideas un General que comete toda clase de crímenes porque la necesidad le obliga á ganar una batalla ó á conquistar nuevos países, es menos delincuente que un pobre fanático que delinque porque tiene enferma su razón.

Las leyes deben tener un medio conciliatorio para corregir estos casos de debilidades humanas; deben conciliarse los derechos individuales y la clemencia propia de las corrientes progresivas del siglo con la seguridad de las sociedades: este medio á mi juicio no sería difícil hallarlo creando asilos apropiados á estos fines, que sirvieran de correctivo, y en los que se diera la educación conveniente ilustrando á los sujetos y moralizándolos.

Por lo general los errores del entendimiento humano reconocen por origen, ó una reflexión falseada ó perturbada *per se*, ó unos instintos ó sentimientos perturbados que influyen sobre aquella subyugándola de manera tal, que de señora pasa á ser esclava de ellos. Pues bien, por medio de la ilustración y la moral se atiende á estos dos extremos. Por medio de la ilustración se obra sobre la reflexión que dá los ideales, que influyendo sobre los instintos y sentimientos inducen á obrar al hombre conforme sean estos, y es la que por medio de la exaltada imaginación, forma todas las teorías, sistemas imaginarios y extravagancias.

Por medio de la moral se obraría sobre los instintos y sentimientos que tan poderoso influjo ejercen y alcanzan

sobre la reflexión, poniéndola á su servicio cuando el instinto ó sentimiento son prepotentes, que no por otra causa cito en mi anterior artículo el pensamiento de Balmes: «Cuando el corazón necesita una doctrina el sentimiento se la presta aunque sea fingiéndola».

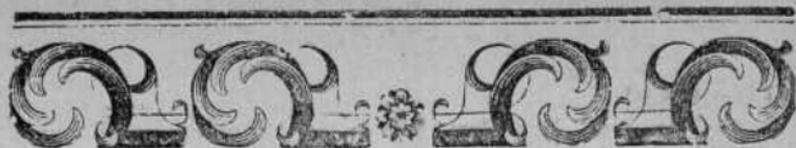
Si esta segunda parte no ayuda á la 1.^a, la obra sería incompleta, y muchas veces obrando solo sobre esta segunda parte se consigue la obra completa. Por esta razón son tan eficaces las instituciones humanas que presentan ejemplos á la vista, porque obran sobre los sentimientos; por esta misma razón el arte mueve ó impulsa al hombre á cometer actos heroicos; y para concluir os diré, que en esto precisamente está fundado el misterio de la redención humana, verificada por Jesucristo, porque la idolatría tomando origen en el profundo apego que tenemos á nosotros mismos, nos hizo inventar Dioses semejantes á nosotros, Dioses que no son más que hombres sujetos á nuestras debilidades y pasiones; de manera que bajo el nombre de falsas divinidades, los gentiles, no adoraban más que á sus pasiones, placeres y caprichos: adoraban á Venus, porque se dejaban dominar del amor sensual, á Baco porque se dejaban igualmente dominar del placer de la bebida. Jesucristo entonces por el misterio de su cruz imprimió en los corazones el amor de los sufrimientos, obró sobre el sentimiento y los instintos; porque estos eran los que estaban enfermos. Los ídolos que exteriormente se adoraban, fueron disipados tan luego como dejaron de tener su templo en el corazón, por esto dijo Jesucristo «purificado el corazón, se ha hecho capaz de ver á Dios, y el hombre lejos de hacer á Dios semejante á él, ha procurado aseme-

jarse á Dios.»

Oid lo que dice San Pablo; «y nosotros predicamos sencillamente á Jesucristo crucificado, lo cual es para los judíos motivo de escándalo y parece una locura á los gentiles, si bien para los que han sido llamados á la fé tanto judíos como griegos es Cristo virtud de Dios. Porque lo que parece una locura en los misterios de Dios, es mayor sabiduría que la de todos los hombres, y lo que parece debilidad en Dios, es más fuerte que toda la fortaleza de los hombres».

¿Cómo no había de parecer una locura el tal misterio de la cruz en aquellos tiempos? y no obstante nada más sabio y más sublime; por este medio se influía sobre los instintos y sentimientos perturbados, origen de depravación y de pasiones, y principalmente sobre el orgullo, que es el vicio más general á la especie humana y el que más ciega su entendimiento, motivando por esto mismo aquel axioma de Santa Teresa que dice: «la humildad es la verdad» y aquel precepto de Jesucristo en que esclama este: «aprended de mi que soy un manso y humilde de corazón.»





CONSIDERACIONES SOBRE LA ESCLAVITUD,
Y PARALELO ENTRE EL ANTIGUO
ESCLAVO Y EL OBRERO DE LOS
MODERNOS TIEMPOS.

Sesenta siglos que la humanidad lleva de fecha en su penosa peregrinación sobre la tierra, y casi otros tantos ha necesitado para que el hombre haya podido llamarse libre ante la ley. Ni bastaron los horriblos degüellos de Tiro ejecutados por los esclavos, ni las sublevaciones de los penestras de Thesalia y de los ilotas de Lacedemonia, ni la insurrección acaudillada por Herdonio, ni la desesperada resistencia de las valientes huestes de Espartaco, ni las defecciones de los esclavos de Chío y Atenas, ni bastó el cambio del antiguo mundo por la general desolación de los bárbaros, ni la fundación del feudal castillo que al bárbaro con denuedo combatiera, ni la ruina de aquel por la venida de las monarquías absolutas, ni las leyes de Ro-

ma llamadas la razón escrita, ni la ciencia con sus grandes adelantos; nada bastó para traer el aliento de la libertad á los pueblos; se necesitaron dos cosas más; el cambio de ideas traído por el cristianismo asociado á los esfuerzos de la iglesia durante 18 siglos, y el estrépito de una horrosa revolución, síntesis de los esfuerzos é ideas cristianas; que cuando las ideas se difunden en los pueblos, tarde ó temprano se encarnarán en hechos, aun cuando hayan de pesarles á los explotadores del humano linage.

No fueron las leyes por si solas las que desataron las cadenas de la esclavitud (como se cree), que han tenido para ello que inspirarse en la moral, pues las leyes de Roma tenidas por la razón escrita, en nada contribuyeron á ello por hallarse en desacuerdo con sus costumbres. No ha sido la ciencia tampoco lo que á ello ha contribuido, que la ciencia ni es gran elemento por si sola para el gobierno de las sociedades, ni ella puede hacer con ellas los tanteos que con la naturaleza, porque en esta el experimentador secunda y respeta sus leyes, y en aquella con frecuencia las altera resultando tremendas explosiones.

Las leyes pueden ser inspiradas en el derecho, pero si no van acordes con la moral ó la justicia, no servirán más que para contribuir al sostenimiento de la esclavitud. No sucede ni ha sucedido lo propio con el cristianismo, él influye en el hombre por los dos únicos resortes para atraerle, obra sobre el corazón por medio del amor, y obra sobre el entendimiento por medio de las ideas, combatiendo por este medio los sistemas violentos; obra por amor y por convicción, y he aquí porque su obra de la emancipación pudo llevarse á cabo por él. Si tardó tantos años, la culpa

no fué suya, sino de las humanas pasiones que tuvo que contrarrestar lentamente, sin derramamiento de sangre y sin notorio perjuicio de intereses creados.

Cuando en medio de las más florecientes civilizaciones de la antigüedad se contempla, que los hombres más eminentes por su saber consideran la esclavitud como una necesidad social; cuando se ve que tratan de conciliar aquella con los derechos é intereses de los ricos; cuando la filosofía de aquellos tiempos necesita de tales cavilaciones para sostener el degradante estado de la esclavitud, achacando á la naturaleza la intención de sacar diferentes castas según la diversa robustez física de sus individuos nacidos los unos para el dominio de los otros, el alma se aflige, no tanto por los errores en que el hombre puede incurrir abandonando á sí solo, cuanto por los daños que con ellos puede ocasionar á sus semejantes.

¡Triste condición la del trabajador en las edades antiguas, no mucho mejor en las medias, y dejando aun mucho que desear en los modernos tiempos!

En la antigüedad era tenido como cosa, no como hombre; sobre él existía el derecho de la vida; el sentimiento de la dignidad humana no habiendo sido entrevisto aun por las sociedades, todo el poder era absorbido por el Estado, y el hombre era anonadado en su presencia, desapareciendo así su personalidad ¿que mucho que ante tal estado de cosas el pobre trabajador desapareciera como pavesa arrebatada por el viento? En la edad media el Sr. feudal ejercía grandes derechos sobre él, bajo la forma de vasallo, y ni en una ni en otra edad era tenido por libre ante la ley; pero al fin en medio de su degradación,

aunque penosamente, podía satisfacer las más perentorias necesidades de la vida; y en los modernos tiempos que al trabajador se le tiene por libre ante la ley ¿lo es en realidad? Yo apelo al testimonio de las personas imparciales. ¿Cómo ha de ser libre el hombre á quien falta su emancipación económica? Al que le faltan los medios de subsistencia ¿Podéis hablarle de libertad? ¿No sabéis que aun los mismos esclavos recibían con temor la manumisión por miedo de morir de hambre? ¿No consideráis que está en el orden de la naturaleza humana primero vivir y luego ser libre? ¿No sabéis que en el orden de la funcionalidad orgánica primero son las funciones de nutrición y luego las de la relación? Además; ¿No sabéis que cuando la miseria es grande, el envilecimiento tiene que seguirle, trayendo como consecuencia inevitable la abolición de los sentimientos generosos y con ello la pérdida de toda libertad? Ved lo que pasa con el pueblo chino donde existe gran número de esclavos por el solo hecho de verse obligados á vender su libertad.

El trabajador europeo como tiene otro sentimiento de la dignidad humana que el que existe en los países orientales, antes que venderse, se dejaría morir de necesidad, y proclama el sentimiento de su dignidad humillada en forma de protesta violenta, que dejando á las naciones consternadas lleva el nombre de anarquismo porque donde quiera que el hombre se ve agobiado bajo el peso de una fuerza superior, ó bien se humilla y se anonada como pasaba en la antigüedad, ó bien opone la violencia contra la opresión, la fuerza contra la humillación, máxime si el sentimiento de su dignidad se halla exuberante, que por

esto los pueblos del oriente siguen oprimidos, y los europeos en fines del pasado siglo recabaron sus derechos por medio de revoluciones espantosas. Y con todo esto, los pueblos aun no han aprendido lo bastante, conocieron que la libertad debía proclamarse, y que con sus generosos esfuerzos destruida quedaba la esclavitud por entonces, pero no atacaron de raiz el mal, exaltaron el sentimiento de la dignidad humana proclamado por el cristianismo, pero no regeneraron los pueblos por medio de la religión, y se desacreditaron ellos mismos por los abusos que cometieron, lo que en mi juicio ha contribuido á retardar el advenimiento de la verdadera libertad, ó sea la libertad civil porque ¿de qué sirve la libertad política sinó ha de servir para alcanzar la libertad civil? Semeja á la de aquellos antiguos romanos que aún con su facultad de emitir voto en los comicios eran tenidos por plebeyos despreciables.

Mientras el hombre no tenga asegurado de un modo cabal é independiente el derecho de subsistencia, escusado es hablarle de ningún género de libertad; el que tal haga, ó es un iluso ó le engaña, porque su libertad política será un mito y por tanto impotente para alcanzar la libertad civil.

Ahora bien ¿quereis hacer libres á los pueblos? Pues aseguradles el derecho de subsistencia primero, y despues moralizarlos para que no abusen de sus privilegios y derechos; dad al pobre trabajador su educación apropiada como hombre, como ser social y como trabajador, la primera para inculcarle los principios de moral, la segunda para enseñarle sus deberes sociales y la tercera para enseñarle las condiciones económicas y morales del trabajo, á la vez que

su parte material ó mecánica. ¿Y como se asegura el derecho de subsistencia? pues por medio de la religión y del amor al trabajo en los pueblos, y en el obrero por medio de su apropiada educación.

El pueblo por sus abusos perdió su libertad cuando la revolución de Francia, y por ellos se vió precisado á hacer entrega de su poder y sus derechos en manos de un dictador; en el año 12 la perdió igualmente por entregar sus poderes á los que le habían vendido, y en el año 48 la perdió por pedir al Estado el trabajo y el pan de sus familias, sin que tuviera en cuenta que tendiendo el hombre por naturaleza á dominar el hombre, sinó es profundamente religioso, al hacer esto, no hacía más que vender á aquel su libertad por un pedazo de pan.

De esto ya podeis deducir la enseñanza de los hechos, y que pueblos que salen de la órbita de la justicia, jamás podrán ser libres, contribuyendo por este medio el progreso moral de un modo más ó menos directo al progreso de los pueblos.

Vamos ahora á hacer el paralelo entre el antiguo esclavo y el trabajador de nuestros tiempos; ya parece que os estoy oyendo decir que no cabe la comparación, que el uno era tenido como cosa en tanto que el otro es tenido como hombre, que el trabajador de hoy está emancipado de la esclavitud por medio de la Iglesia que inculcó el sentimiento de la humana dignidad y ennoblecíó el trabajo, y que existen leyes que le otorgan libertad: estamos conformes hasta aquí; pero si meditamos detenidamente, tal vez no huelgue la comparación, y no salga de ella bien parada la civilización actual. El esclavo antiguo era maltra-

fado, pero tenía asegurada su subsistencia, y como carecía del sentimiento de dignidad humana, moralmente no podía padecer con su esclavitud en la forma que el hombre dotado de dicho sentimiento; el vasallo de la edad media no tenía concedidos por la ley los derechos que el trabajador de nuestros días, pero sucedía con el una cosa parecida á lo que con el antiguo esclavo, aun cuando en menor escala, pues ya era considerado como hombre; el trabajador de nuestros días es verdad que se halla emancipado de las trabas que pesaban sobre el trabajo como eran el jurandum ó impedimento de trabajar, la coovea ó trabajo para otro, la tasa ó sea el límite ficticio del trabajo, el gremio ó sea el trabajo privilegiado y la creación de oficios ó sea el trabajo explotado por el poder; pero con todo esto ¿No percibís un hondo vacío en su alma? ¿No sentís un lastimero y profundo gemido que en nó interrumpidas cadencias se exhala en el espacio? ¿No oís el grito angustioso de la dignidad humana humillada, y que protesta en formas violentas y aterradoras? ¿No alcanza vuestra mente el porqué de tales protestas en forma de atentados espantables? ¡Ah! es que el trabajador de nuestros días comprende que ha sido engañado, es porque no ignora que las leyes que le ofrecen libertad, son un sarcasme para él, porque la libertad no puede existir sin el cumplimiento de las leyes de la vida. Si le quitais indirectamente la existencia ¿para que le habláis de libertad? ¿No consideráis que insultáis por este medio á su desgracia?

Pues bien el trabajador de nuestros días, aunque tratado como hombre ante la ley, socialmente es menos que una cosa, porque esta tiene dueños que miren por su con-

servación, y el trabajador no tiene ya quien de él se acuerde; los derechos que le dió la Providencia, los hombres se los quitan de raíz al quitarle los elementos de la vida ¡y para mayor sarcasmo le dicen que es libre ante la ley! Y dado tal crimen social ¿puede extrañar ya á nadie el anarquismo? ¿No véis que en la naturaleza como en la sociedad nada hay sin verdadera causa que lo explique? ¿Pues que el hombre por perversos que hayan sido sus instintos, erigió jamás en sistemas imponerse en los tiempos de paz por el terror, faltando abiertamente á todos los deberes sociales y al respeto de las leyes? Solo esto pueden hacerlo la desesperación ó el fanatismo.

Pues bien sabed: que cuando pobres trabajadores cuyas costumbres desdicen de los delitos que cometen, á ello se lanzan, han de haber tenido su alma agitada por tremendas tempestades, en que luchando su dignidad y sus instintos con los deberes sociales más sagrados, le han de haber colocado en la más angustiosa situación y de la que el esclavo antiguo jamás podía formarse idea, porque no conoció el sentimiento]de la [dignidad so liviantada.

De modo que tenemos en resumen hoy en el trabajador, pérdida de libertad en absoluto por lo dicho anteriormente, sentimiento de la dignidad humana humillado aunque en forma disfrazada, pérdida de las ilusiones porque sabe que la ley de la libertad para él es un engaño, temores fundados de perecer de miseria al menor contratiempo de la vida. Ahora bien ¿existían en el antiguo esclavo causas tan desesperantes?

Con esto comprenderan los obreros que si algo han de

prometerse es de las asociaciones bien ordenadas, y de las buenas costumbres sociales, porque el hombre sin arraigados principios religiosos, tratará de abusar de sus semejantes, bajo diversas formas, que han de contribuir al encadenamiento de la libertad.

Quitad de las sociedades la religión verdadera, y volverán á los antiguos tiempos, porque el hombre en todos tiempos y países ha sido siempre el mismo en su fondo, y porque unas mismas causas han de producir siempre idénticos efectos.

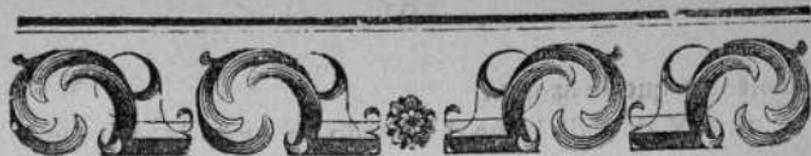
Por esto se observa que las sociedades actuales desviadas en parte de la vía religiosa, aunque bajo ocultas formas y deslumbrando con su ostentosa apariencia, tienden á la desesperación ó á la esclavitud; pero á la más triste y desesperante que puede concebirse, que es la esclavitud asociada al perfecto conocimiento de la dignidad humana.

Yo tiendo mis miradas por la Naturaleza entera, y encuentro á los seres todos cumpliendo los destinos que al venir al mundo la Providencia le encargara, y á todos sostenidos por su próspera mano. Encuentro al ave que hiende los aires, teniendo en la tierra su sustento y su libertad en el espacio; encuentro al pez en su líquido elemento con amplia libertad, sustento y condiciones para los fines de su vida; encuentro al bruto con grutas y bosques donde guarecerse, llanos y montes donde espaciarse, y copiosos frutos con que sustentarse; y solo al que lleva un destello divino en su frente le encuentro menos libre y más pobre que todos ellos, pues ni tiene ya sustento por desgracia, ni hogar que le preserve del rigor de los

elementos que le azotan.

¡Ay! Y de todo le ha despojado la avaricia, porque la Providencia no podía dejar sin libertad y sin asilo al ser más perfecto de la tierra.





A LA SOCIEDAD

Y

A LOS ANARQUISTAS.

Lo mismo el mundo físico, que el intelectual y el social, se hallan sujetos á una unidad, á un órden constante mediante las leyes y fuerzas que producen su armonía: estas son la gravitación para los astros, la ley moral para las sociedades, y la ley lógica ó sentido común para el mundo intelectual; por esto á la manera que viendo un órden admirable en el concierto de los astros, deducis que hay una fuerza que los rige, y un motor de los destinos del mundo físico, que es el origen de todo ello; de igual modo el concierto de las sociedades, el mecanismo de la historia, se halla sujeto á leyes que hacen presentir una Providencia rigiendo los destinos de la humanidad. Los historiadores estan casi todos contestes en esta verdad, y creen que si no hubiera una Providencia que rigiera los destinos humanos en el trascurso de los tiempos, habría que inventarla, y nada más cierto; si alguna vez pudiera decirse con cer-

teza aquel axioma de que «la mucha filosofía conduce á Dios» es en casos como el de que se está tratando.

¿Puede el concierto de los mundos deberse al acaso?

¿Puede del caos resultar el orden por sí solo? ¡Ah! Por sí solo el orden de cualquiera de los mundos veréis que no puede violentarse impunemente.

Violentad el orden en el mundo físico y el orbe se desquiciará, violentadle en el mundo social y resultarán revoluciones y el anarquismo con todas sus horrosas consecuencias, violentadle en el mundo de la inteligencia y resultarán la estravagancia y la locura

Si: la belleza, la unidad y concierto admirable del universo, han impulsado á algunos genios á hacer descubrimientos portentosos; y asi como el célebre astrónomo Leverrier reparó asombrado las perturbaciones de Urano, y no pudiendo achacarlas á astro alguno conocido, presiente que detras de aquel ha de haber alguna fuerza oculta, algun otro planeta telescópico que las produzca, y con la intuición propia de su genio lo descubre; así tambien el filósofo, el sociólogo, deben presentir que cuando algun desorden aparece en el concierto del mundo social, algún motor oculto habrá que lo ocasione, porque yo siempre he presumido, que de las leyes de la naturaleza puede resultar gran enseñanza para el estudio de las leyes de la historia.

Estudiar las causas de perturbación del orden físico es incumbencia del astrónomo, pero estudiar las causas de perturbación del orden moral ó social propio es del filósofo ó sociólogo.

Pues bien; si nada que altere el orden de los mundos se debe al acaso ¿que causa será la que produce en las

sociedades ese desorden llamado anarquismo productor de horribles atentados? ¿Qué cuerpo oculto, qué causa habrá que produzca tales perturbaciones, tal desviación de las leyes del mundo social?

Yo tratando de remontar el vuelo de mi pobre entendimiento cuanto puedo, no encuentro más motor oculto, más causa ocasional en su esencia que la falta de religión, porque esta es la que engendra el desvío, la indiferencia, el monopolio y el egoísmo, cuando no se practica más que en la apariencia. El desorden existe, la causa forzosa es que exista también; esta es la que debe estudiarse, ya que en ella estriba la perturbación del orden.

El egoísmo por sí solo dicho se está que se opone á todo sentimiento altruista, pone en lucha los intereses del individuo con los de la sociedad, se opone á la buena armonía que debe haber entre uno y otra, hace en una palabra que domine el uso de un instinto personal sobre los más nobles y generosos sentimientos violentando así la ley natural, y esto no puede menos de ser causa de desorden, porque donde quiera que no reina la debida armonía entre los instintos y sentimientos, si esto pasa en el individuo ocasionará la pasión ó la locura según la intensidad de dicha desarmonía, y si existe en las sociedades producirá el arrebato, el frenesí, el desquiciamiento, y si la cosa aprieta la ruina de las mismas, que sociedades que llevan en sí envueltos elementos disolventes, tienen que ser víctimas de conmociones violentas.

He aquí porque si las causas de perturbación social siguen en aumento, el desequilibrio tendrá que ser mayor apesar de los castigos que se emplean, porque la natura-

leza como la sociedad, por cualquiera parte que se la mire ó considere siempre tiende á recobrar el dominio de sus leyes, pues que de otro modo no podría existir.

Pues bien, cuando estas leyes se perturban, se producen desórdenes, y estos desórdenes son los medios con que la Providencia nos indica que debemos penetrar en el estudio de las causas, á la vez que nos sirvan de provechosa enseñanza, que por esto se ha dicho que la Providencia puede sacar del mal el bien; y en efecto nunca las lecciones hablan con más elocuencia á las generaciones, que cuando son pronunciadas desde la tribuna de la desgracia. Así pues en vista de esto y de los ejemplos que la historia atestigua, yo no puedo creer que el anarquismo de nuestros días sea obra del acaso; creo que ha tenido que venir como una necesidad social, dada la indiferencia y egoísmo de nuestro siglo, y si no se le pudiera hallar otra explicación ó causa para su venida, diría que esta me parece semejante á la que tuvo Genserico para asolar á Roma cuando mandaba á sus huestes vandálicas: Genserico decía: una causa oculta hay que me induce á marchar contra Roma, sin que yo mismo pueda contenerme. Genserico era el instrumento de la Providencia, (porque en los destinos de la humanidad por importante que sea un hombre no puede desempeñar otro papel,) era en una palabra el medio de que la Providencia se valía para castigar á Roma por sus horrendos crímenes.

¿Podemos decir otro tanto de los anarquistas que atacan á las sociedades? yo no me atreveré á afirmarlo; pero tampoco me atreveré á negarlo. La filosofía de la historia desde la cumbre de los venideros siglos se encargará de

demostrarlo, y yo espero que estos hechos y otros que tal vez hayan de acaecer, han de servir de provechosa y triste enseñanza á las generaciones venideras.

Cuando vemos á los sujetos como impulsados por un vértigo que les lleva á herir y á matar sin distinción de edades ni de sexos, con todos los caracteres del más acendrado heroísmo; cuando la desesperación en ellos es rayana en frenesí al verse alarmados por el hambre los instintos más poderosos de la vida; cuando todo esto sucede Señores, yo no puedo menos de pensar en si la Providencia que tiene pendiente de su mano por un hilo invisible el libro de la Historia, quiere por estos medios enseñarnos á tener más caridad con nuestros semejantes, y mostrarnos por modo elocuente la órbita en que deben gravitar los seres que constituyen el mundo social.

Si el signo del progreso ha de estar constituido por la resultante habida entre la lucha de la dignidad é inteligencia con la fuerza bruta, para mí Señores, aunque parezca paradójico, es el anarquismo que protesta un signo de progreso, y no os extrañe tal idea; pues dice un filósofo «que hay verdades que asustan tanto más cuanto más rigurosamente claras y demostradas son. Quisiera á veces el hombre borrarlas de la ciencia, y como cuando hiere la luz á sus ojos, aparta así la mente del resplandor de la verdad, y se envuelve gustoso entre la oscuridad de la ignorancia por vivir sin sustos ni sobresaltos.»

«¡Ah! sabida cosa es que al tomar posesión de nuestra conciencia la verdad, si viene perjudicando los intereses de la loca de la casa, estiende esta incontinenti la protesta, sin que valgan para acallarla los argumentos más incon-

tr. estable. Pues bien, el atentado del anarquista representa la protesta de la dignidad é inteligencia, en nombre de la ley de la vida, contra la inercia ó fuerza bruta de la indiferencia social; sus formas serán caóticas, vagas, incoherentes, exabruptas, desenfrenadas, monstruosas, bárbaras, terribles, estupidas, horrorosas, formidables, espantosas, serán todo lo que queráis: pero representan la protesta contra el desvío, verdadero desquiciamiento de la máquina social, verdadero desorden del mundo moral producido por mayores fuerzas; y si esta idea os parece exagerada os diré: que el atentado anarquista, es el esfuerzo reactivo que hace una sociedad enferma moralmente, por alejar de si la enfermedad que la enerva y le aqueja.

Así como el aliento de la muerte lleva envuelto en si las semillas de la infancia, así como el viento del desierto mata y lleva envuelto en si las semillas del oasis que dá vida al fatigado viajero que de sed se abrasa; así también el aliento de una bomba lleva envuelto en si la semilla de una idea, porque hasta el oro va acompañado de la escoria y hasta el sol se acompaña de sus brumas cuando aun no está claro el horizonte. Despojad al oro de la escoria, al sol despojadle de sus brumas, y en uno y otro aparecerá su resplandor; así pasa con las ideas muchas veces.

Ved pues como en el fondo de tales atentados viene encerrada una idea, una protesta, y donde quiera que hay una protesta contra los abusos cometidos por mayores fuerzas, yo creo que esto es un signo de progreso más que de otra cosa. Si me arguís que las formas son salvajes, lo concedo, pero penetrad más allá con los ojos de la inteligencia y encontrareis lo que os digo; también los bárbaros á san-

gre y fuego se lanzaron contra Roma, y en su exterminio llevaron la semilla de una idea, la idea de la individualidad, ya que tan general era la esclavitud en el mundo de la orgía; también ha habido pueblos que han hecho á sus Dioses sacrificios horribles y cruentos, y en el fondo iban impulsados por los más nobles sentimientos religiosos; también las tormentas producen desastres por donde pasan, y llevan ozono vivificante; también las revoluciones verdaderas tormentas de la atmósfera social, llevan en sus detonaciones el resplandor de las ideas. No lo dudeis, un castigo á la vez que acusa decadencia, es signo de corrección; dad la forma debida á este castigo y tendreis el progreso.

¡Que cuadro tan triste y tan abundante de meditaciones para el hombre pensador! Todo en la humanidad de esta manera se ha alcanzado; el progreso social acostado de lágrimas y sangre, y el científico á costa de disgustos, sobresaltos y errores.

Ahí está la historia de uno y otro que no me dejarán mentir. He aquí en la marcha é historia del progreso estampado el sello de la flaqueza humana.

El anarquismo de nuestros días á la vez que representa la protesta contra la fuerza bruta del egoísmo é indiferencia social, á la vez que es como un motor de esa inercia, cuya frialdad glacial mata á las sociedades sumiéndolas en la desesperación, acusa ó denuncia aquellas por su falta de sentido moral. El anarquista que en sus ideas erróneas piensa regenerar ó salvar la sociedad intimidándola ¿tiene acaso menos sentido moral que la misma sociedad que ocasiona su venida? El anarquista revela en sus malos

procederes una perturbación del sentido moral producida por el despecho, y la sociedad que le coloca en una situación desesperada, revela una gran extinción ó falta de él.

Ahora pregunto yo ¿cual es más grave de las dos, la perturbación ó la falta de sentido moral? Una perturbación semeja una manía ó monomanía, pero una extinción semeja una demencia: preguntad á un frenópata cual es más incurable de las dos, si la demencia ó la monomanía, y os dirá que la demencia, porque supone gastados los resortes del entendimiento pues esto digo yo del anarquismo y del egoísmo social; considero de más facil curación la perturbación moral del anarquista que el egoísmo de la sociedad, porque este supone gastados los resortes del corazón.

Si tratis de medir el alcance y gravedad de las causas de uno y otro, os diré que el anarquista se ve impulsado á obrar de una manera algo fatal, algo necesaria, aunque errónea, y como son las falsas premisas de donde parten sus juicios, falsas tienen que ser sus consecuencias, y no olvidéis que los abismos de la miseria con sus espacios tenebrosos, y las convulsiones de unos instintos encargados de velar por la existencia que ven amenazada, son fuertes motivos para producir tremendas conmociones.

¿Como queréis que la naturaleza humana se separe de las leyes del mundo natural, y que no dé productos semejantes ó idénticos á las semillas que en ella se siembran? Si la carencia de religión no dá motivos de resignación al anarquista ¿donde se encontrará el freno que en su fatal pendiente la detenga? Con esto veis que el anarquista obra por un cúmulo de circunstancias de cuyas premisas ó causas no tiene él toda la culpa. En vista de esto ¿castigaríais

lo mismo estos delitos que los crímenes ordinarios? El sentido común dice que no. Y no me digais que el anarquista mata por matar y destruye por destruir, que esto no puede ser, porque si esto fuera así, se le calificaría de loco con fundada razón, porque á todos los actos de los hombres, los ha de guiar algun motivo.

Ahora si tratáis de comparar el alcance ó gravedad de las causas de sus atentados, y el de las causas del egoísmo social ¿en su fondo y prescindiendo de la forma, donde hallareis más culpa? Para mí la cuestión no es dudosa; á la sociedad nadie la coloca en cierta pendiente de fatalidad como al anarquista, obra espontáneamente, no parte de premisa alguna falsa, ni obra inducida por la desesperación, el anarquista obra por todos estos motivos.

Me direis que las formas no son lo mismo; os verdad; pero ahora no se trata de eso, sino de saber cual es más grave, si matar ó dejar morir; esta es en resumen la cuestión, matar de un modo más ó menos directo ó indirecto; el que mata directamente adquiere responsabilidad á sabiendas, y el que deja morir sabe que queda impune ¿en que proceder hay más nobleza? El que mata se ve impulsado por un cúmulo de circunstancias que no puede siempre evitar en absoluto, y el que deja morir tuvo toda la espontaneidad de la libertad. ¿en cual son más graves las causas? Solo que en un caso las cosas se hallan difusas y en otro aparecen en relieve, y por esto no se fijan las miradas de igual modo.

¿Y las formas horrosas de los atentados que representan? Si todo en la naturaleza ha de tener una causa que lo explique, estas formas revelan el cúmulo de causas desesperantes que se desaten á la vez, sin que ya ningún

dique pueda contenerlas. ¿Por qué hemos de juzgar las cosas por su forma y no mirar el fondo? ¿Por qué no se ha de penetrar en las causas de ellas y no juzgar solo por meras apariencias?

Señores: para mí la indiferencia social revela una sociedad decaída moralmente, y el atentado anarquista revela el esfuerzo por levantarla de su estado de postración moral: es verdad que las formas son exabruptas y el camino extraviado; pero veo en el fondo de todo esto más nobleza que la que se halla en una sociedad sorda á toda suerte de clamores.

Donde hay pasión, aunque extraviada, puede esperarse algo aun, pero donde hay refinado egoísmo puede esperarse muy poco, sino es por medios religiosos ó castigos Providenciales, que recuerden la desolación de Roma y el diluvio universal.

Es necesario que la sociedad y los Gobiernos se persuadan de una vez, que las sociedades que miran con indiferencia las cuestiones religiosas, llevan por este solo hecho un gran gérmen de decadencia; porque si bien las leyes pueden con sus castigos refrenar ciertos delitos, otros no los alcanzan; las leyes no pueden obligar á practicar la caridad, porque á lo que á de brotar del corazón la ley no puede obligar; por esto una educación apropiada basada en los buenos sentimientos religiosos, debe ser el norte á donde deben dirigirse las sociedades, porque así como el hombre profano se hace un deber el no cometer delitos por eludir los castigos, el hombre religioso se constituye en deber el amor al prójimo, porque sabe que con esto hace una obra meritoria á Dios, y evita los delitos que no pu.

diendo penetrar el ojo de la ley, sabe ha de penetrarlos el ojo de la Providencia; es tal mi convicción de lo que digo, que preveo para no lejano plazo, si las sociedades no cambian de rumbo, catástrofes por lo espantosas inauditas.

Como los crímenes que cometen estos sujetos, no dejan de diferir por más de un concepto de los que cometen los criminales ordinarios, toda vez que influye en ellos la desesperación, por las causas expuestas antes de ahora, y quizá no poco el fanatismo, creo que no sería inoportuno emplear contra ellos los medios aconsejados en mi trabajo sobre el fanatismo, á la vez que las sociedades se mostrarán regeneradas y benévolas; pues por estos medios podría sacarse gran partido, porque las causas de la desesperación desaparecerían, se les ganaría por el cariño y la instrucción, influyendo con estos medios sobre los instintos sentimientos é inteligencia, que sembrando amor se recoge agradecimiento, porque aunque haya ingratos en el mundo, la ingratitud no es la ley de la humanidad; pero si sembráis vientos, ya lo dijo el Espíritu Santo, no podreis recoger más que tempestades.

¡Anarquistas! A vosotros ahora me dirijo.

Si sois el brazo de la Providencia levantado para castigar nuestra falta de religión y desvío, nos resignaremos con nuestra desgracia. Si quereis hacernos comprender vuestra protesta contra la indiferencia, ó traeis la estrella de una idea impresa en vuestra frente, ya os hemos comprendido y prometemos auxiliarnos á los que vengais de buena fé, y hayais penetrado en vuestro precipicio por la pendiente de la desesperación, ó con la venda del fanatis-

mo en los ojos; pero cuando ya la sociedad se haya penetrado de vuestra misión, y esté pronta á socorreros más que á castigaros, por reconocer tambien ella sus errores, retiraos entonces; abandonad el campo con honor y no empeñeis una lucha en la que forzosamente habríais de llevar la peor parte, porque habeis de saber, que si la Providencia por un momento pudo buscaros por instrumento de sus santos designios, cumplida la misión, pasareis como fugaces meteoros por el horizonte de la historia, porque tambien los bárbaros pasaron cuando cumplieron su misión, tambien pasó Alejandro con sus huestes cuando la suya fué cumplida en el Oriente, y tambien pasaron todas las instituciones que llevaron en si grandes defectos, porque es de ley que las imperfectas dejen paso á las perfectas, que asimilarán lo que de ellas sea asimilable, á la manera que los seres superiores se asimilan á los inferiores para su sostenimiento; y meditaad que del caos, de la anarquía no puede venir más que la ruina social que os aplastaría entre sus escombros; si pensais gobernaros sin Gefe y por vuestros solos impulsos, muy equivocados vais; la razón es luz, pero el hervor de las pasiones levanta vapores que la anublan, y por este hace falta la ley positiva, que será promulgada con la calma de la reflexión, para que á todos sirva de regulador de sus acciones; si pensais que no es asi, echad una ojeada por mi artículo «Sobre las debilidades del espíritu humano,» y vereis cuantas fuentes hay de error; por huir del despotismo de los que os tratan mal, os sumergis en la anarquía; no haceis bien; este ha sido achaque del espíritu humano; por huir de un sistema se ha lanzado aprisa en otro que le ha scarreado no menore,

daños, como podeis ver por mi artículo «Sobre las exageraciones del espíritu humano;» el arrebató de la desesperación os produce vértigo y no veis claro; la sociedad exagera en su comportamiento desdeñoso hácia vosotros; pero vosotros también exagerais en creeros redentores de la humanidad; os hablo de todas veras; del caos nada bueno puede resultar; os he probado que la ley positiva es una necesidad social; ahora bien, esta ley necesita tener quien la represente, y de aquí la necesidad de un Gefe; es verdad que si los Gefes os miraron con desden y por su incuria os han resultado daños, desesperais de los Gobiernos; pero considerad que no sois vosotros solos en el mundo, y que á una sociedad, aun con mal Gobierno, le pasa lo que á una sociedad que tuviera una religión deficiente ó supersticiosa; que aun con estas deficiencias estaria mejor regida que la que no tuviera ninguna religión ni ningún Gefe; porque así como la sociedad con una religión, aunque sea defectuosa, lleva en sí algun principio moral que le es más útil que la indiferencia; así también la sociedad que tiene un Gefe lleva inherente un principio de orden del que por mediano que sea aquel puede resultar algun bien; pero; ¿que quereis que resulte del desorden y del desbordamiento de las pasiones humanas? Despues de todo lo que os llevo dicho poned la mano en vuestro corazón y contestad.

Ya sabemos que vuestras formidables explosiones representan el grito de angustia de una sociedad enferma de necesidad moral, que son el grito de alarma de la máquina social salida del camino que la Providencia con su mano le trazara, porque así como segun la expresión de Ronger, las convulsiones en el organismo anémico, son el grito

de los nevios que piden sangre roja; así también las convulsiones de la sociedad enferma, son el grito de sus miembros que piden alimento; sabemos ya esto; pero vosotros entended, que no se corrigen unos abusos con otros, la sociedad enferma, no puede adoptar estos cuando son grandes, más que de un modo transitorio, porque los abusos constituyen estados anormales, estados violentos que no pueden ser durables; es verdad que lo que hoy pasa es una reacción contra lo que ha causado, porque en la naturaleza como en la historia las reacciones son iguales y contrarias á las acciones; pero si estos tremendos embates de las sociedades fueran continuados, bien pronto se agotarían las fuerzas de las generaciones.

La historia y la razón de consuno confirman lo que os vengo diciendo; jamás se ha visto una sociedad sin Gobierno que la dirija, y dadas las humanas flaquezas y los cambios que sufre la luz de la razón al atravesar por el prisma de los intereses y apetitos humanos, el sentido común dicta, que el hombre por si solo no puede gobernarse, pues que se verá azotado cual débil caña por el vendaval de las pasiones; pero si persistís en vuestra ofuscación, tanto peor para vosotros, os pasará lo que al que en impetuosa corriente lucha contra la fuerza de sus ondas.

Bien se que la sociedad alberga en si grandes defectos, que también considera al que no se lo merece, en tanto que la honradez yace escondida, y como avergonzada hambrienta de pan y de justicia, y que la vanidad de muchos gobernantes, y su espíritu de exhibición, han producido con sus leyes nuevas tanta confusión y tanta algarabía en los campos sociales, que me recuerdan la vanidad de aquellos

hombres, que con sus heregias no produjeron más que cismas en los campos de la historia; ya se que con este inmenso laberinto, con esta grande confusión, y con la gimnasia intelectual que ella ocasiona, el pobre siempre es el que pierde, porque entonces las leyes son como inmensas redes, que pescan á los sencillos é inocentes en sus mallas; pues ya lo quedó dicho un filósofo, que las leyes eran como las telas de araña, que prendían á los insectos pequeños y dejaban escapar á los grandes; pero con todo esto ¿queréis porque hoy sois los infortunados envolver á la sociedad entera entre ruinas, ó que quede sumergida en el caos?

La sociedad sufrirá los castigos que la Providencia le depare; pero bueno ó malo jamás podrá estar sin Gobierno; apelo al testimonio de la historia y del buer sentido. La sociedad por medio de los castigos se regenerará, la humanidad por medio de ellos escarmentará, como le pasó al Pueblo hebreo y al romano; pero no podrá dejar de tener quien la gobierne, porque existe en ella un principio inmanente de orden, que aun en medio de las más grandes borrascas, le hará erguir la frente, é izar su bandera, cuyo lema será *orden y libertad.*





LA LEY, LA LIBERTAD



EL PROGRESO.



En todos tiempos y países el hombre ha tendido á ampliar el dominio ú horizonte de sus derechos, y este deseo de mejora, este instinto de bienestar, que bien dirigido sería estímulo al progreso y una medida del mismo, en manos de aquel se convirtió en instrumento de retroceso y tiranía, porque el déspota queriendo ampliar sus derechos, encontró cómodo hacerlo cercenando los de los demás. De aquí viene ese deseo de exhibición y de mando tan frecuente en el hombre, á pesar de no reportarle esto grandes ventajas materiales muchas veces.

Con la ley moral los hombres comprendieron que sus apetitos desordenados de mando, debían ser limitados; pero esto no fué lo bastante para enfrenar las pasiones humanas, y se necesitaron tristes experiencias para comprender, que nada puede ser regido sin la ley moral, porque lo mismo el mundo físico que el social, por leyes han de ser regidos.

La humanidad reclamando siempre sus derechos pidiendo á voz en grito el derecho de ser libre en el transcurso de los siglos, y pequeñas minorías validas del poder de su mando, de su fuerza ó de su astucia, ahogando los gritos de aquella en su garganta, y su sollozos en su pecho; he aquí el épico combate de la historia.

Y vino la imprenta, y con ella los gritos de dolor resonaron por más extensos horizontes, y los filósofos ayudaron, desde el silencio de sus retiros, á la grande obra de la regeneración universal, levantando el abatido sentimiento de la dignidad humana, y los tiranos temblaron; pero aun el germen de la maledicencia y de la tiranía brota, y si bien bajo formas encubiertas, porque no puede ostentarse tan cínicamente como antes, aun dará sinsabores á la humanidad en su penosa marcha por el desierto de la vida.

Saben los que revestidos de mando, intentan abusar de sus semejantes y usurparles sus derechos, que en aquellos existe hoy un sentimiento de dignidad que les prohíbe abusar de ellos de una manera descarada; pero apelan á otros artificios y rodeos, y bajo otras formas incurren en parecidos abusos á los que sus antecesores, porque anteponiendo la utilidad á la justicia, la utilidad á la ley moral, no puede menos de marcharse por caminos tortuosos, ya que no exabruptos y desvergonzados.

De aquí Señores esas diversas interpretaciones de la ley, esos fantasmas de delitos que aun en algunas partes se persiguen; ese diverso sentido jurídico que se dá á los hechos y á las cosas y productor de grandes disgustos.

¿Queréis la norma de la tolerancia y libertad para con

las doctrinas y los hechos? Pues atended al buen sentido de la humanidad, que en él está fundada la ley moral, y veis que este os dice. «Las doctrinas y los hechos deben ser tolerados en tanto que no pongan obstáculo al progreso del siglo en que se vive, y esten fundadas en los eternos principios de moralidad y de justicia.»

Pero si adulterando las cosas, y con pretextos más ó menos especiosos, se antepone el principio de utilidad al de justicia ¿que resultará? Lo que no puede menos de suceder, un desquiciamiento del mundo moral por salirse de la órbita que debe recorrer, porque como el hombre no respeta más que lo justo, continuamente pugnará el principio de justicia con el de utilidad, ya que las sociedades necesitan del equilibrio, y sabiendo distinguir la legitimidad de la legalidad externa, dará á las leyes con sus penas un valor convencional, un valor que carece de verdadero fundamento, un valor discutible, como quiera que no se funda en principios absolutos; que aunque á los hombres se les haya de contener por el temor, si á esta idea no se asocia la idea de justicia, las leyes humanas serán verdaderos instrumentos de viles especulaciones.

Por esto pues: dadas las flaquezas humanas, dadas las múltiples causas de nuestros errores, dado el excesivo deseo de mando al hombre inherente, que le lleva con frecuencia á cometer abusos, dados los altos principios de dignidad á que la humanidad ha llegado, por causas ajenas á este lugar, y los grandes medios con que hoy cuenta para que por todas partes encuentren eco sus infortunios y se levante la conciencia pública alarmada, y dada la mayor dulzura de costumbres del siglo; todo este cúmulo de cosas forzó.

samente ha de ser causa de que se entable una lucha sorda y porfiada en el corazón de los que manden ó quieran mandar aún despóticamente; y encerrado su entendimiento en estrecha encrucijada, forzosamente han de buscar un punto de salida por medio de rodeos, por medio de caminos tortuosos, para que sus aviesos deseos salgan ilesos, aunque sea encubiertos con el manto de la utilidad común é hipocresía. He aquí Señores explicado el porqué los pueblos aún gimen tanto por la falta de libertad que los aflige, apesar de la aparente libertad que se les otorga.

No lo olvideis; el hombre en su fondo sigue siendo el mismo, y aún seguirá, y si no se estriba su mando en principios religiosos, cuando no pueda abusar de sus semejantes, á la manera que esto se hacía en la antigüedad y á la manera que lo hacen los déspotas de Oriente á causa del incompleto sentimiento de dignidad de tales pueblos, lo hará de un modo compatible con los diversos medios que le rodean, no obrará cínicamente, pero con pretesto de la ley no le faltarán medios de imponer el yugo á sus semejantes ¡como si la ley no fuera la representante genuina de la moral y la justicia! De aquí en mi concepto la necesidad de que las leyes se fundan en principios absolutos y no en principios convencionales sujetos á juicios interesados ó torcidas interpretaciones, porque esto no puede menos de ser fuente de hondas perturbaciones.

Si se hubieran de fundar las leyes en principios de convención ó de artificio, nos parecíamos á los Egipcios que consideraban delito capital herir al buey Apis, ó á los romanos aquellos que imponían castigos á todo el que volviera la espalda á la estatua del Cesar. La moral quedaría

entonces minada por su base, y con pretexto del bien se cometerían mayores daños como pasa con el fanatismo, porque los delitos por abuso de lo bueno son los mayores que pueden cometerse, y de este modo perdidos los principios absolutos de moral por los que deben regirse los pueblos, se pierde la clave para la verdadera calificación é interpretación y alcance de los delitos, porque no es lo mismo el derecho que la moral, no es lo mismo siempre la ley que la justicia. Llegados los pueblos á este punto, atacada en su raiz la vida moral é intelectual, viene tal perturbación del sentido moral, que engendrando el egoísmo con los goces que trae en pos de sí, dándose culto al vicio é intereses materiales, y relajándose con esto los vínculos sociales al paso que se auyentan los sentimientos generosos, se sumen aquellos en un estado de decadencia y extravío tal, que hacen desear las revoluciones como único remedio para salir de un estado incompatible con la armonía y equilibrio que en ellos debe haber.

Las anteriores observaciones, sobre todo, donde tiene una inmediata aplicación, es en las ideas vertidas por la prensa, para la que como centinela avanzado de la civilización, en nombre de la humanidad que sufre, pido una tolerancia tal, que esté limitada solamente por la órbita trazada por el principio anteriormente establecido.

He aquí una observación que ahora me ocurre: la propiedad es, ó representa el derecho ó título que el hombre tiene á lo que le ha dado el trabajo, la libertad es, ó representa el derecho que el hombre tiene á lo que le dan las leyes de su organización como ser social y racional, es decir á ser libre en la esfera de lo justo; la propiedad

aunque más ó menos sagrada, es un derecho que quizá no deja de tener alguna parte de convencional ó contingente, porque lo que hace á su origen sobre todo, pues muchas veces despues de los trastornos y revoluciones, las avenencias y transacciones más ó menos forzosas dan nuevos títulos de propiedades que los tiempos van legitimando; y la libertad no puede tener nada de convencional, porque se funda en principios absolutos como dimanados de la ley de la vida racional, que no puede tener más límites que el perjuicio de un tercero.

Ahora bien; en vista de esto ¿es acaso menos sagrado el derecho á la libertad que el derecho á la propiedad? Aquel es innato, este se adquiere; pues los que nos usurpan el primero son tenidos por autoridades, y ocupan los primeros puestos de los estados; y los que usurpan los segundos son tenidos por ladrones, y ocupan los presidios previa su difamación; ¡y luego fundaos para juzgar en principios convencionales y arbitrarios!

¿Y de qué depende este errado juicio de las cosas? ¿Por qué á un conquistador que es un verdadero ladrón de tierra se le llama salvador de la pátria, y á un pirata se le llama ladrón de mar? Porque muchas veces los que han dirigido á las masas les han impreso esta errada dirección á sus juicios, por así á ellos haberle convenido, y la sociedad inconsciente con su fondo de buena fé que la caracteriza, ha aceptado generosamente lo que sus interesados y astutos caudillos la han enseñado, y cuando llega un innovador, cuando llega un filósofo encargado de interpretar debidamente las leyes divinas y enseñar á aquella luz de la verdad, y con ella nuevos derroteros, ha encon-

trado obstáculos insuperables, y verdadero redentor, como con sus nuevas ideas se ha opuesto á intereses ya creados, por esta causa ha sido víctima de ellos, y por esto el progreso social se ha alcanzado á costa de tantos sacrificios y angustias, de tantos esfuerzos, tantas lágrimas y sangre, porque ó bien se sacrifica entonces al innovador, ó porque hallando acogida sus ideas más tarde, un bando se levanta é izando su bandera con el lema de «progreso y libertad» la coloca frente á frente de la que ostenta el opuesto bando con el lema de «respeto á lo establecido.»

Tiempo ha que los pueblos tienden á las formas de Gobiernos constitucionales ó representativas; sin duda el libro de la historia les enseñó de cuantos abusos es capaz el poder en manos de uno solo, porque en efecto el hombre poseído del vértigo del orgullo ó de la impiedad, y agitado su corazón por las pasiones, nadie sabe al extremo lamentable á que puede llegar, porque la experiencia les enseña, que la altura de los puestos produce con frecuencia el vértigo en el hombre; pero en mi juicio con solo las formas representativas no está resuelto el problema de la marcha acordes y armoniosa de la libertad y el progreso, sinó que reside en otra parte la causa que debe producir esta armonía; han olvidado la base de todo progreso, de toda libertad, han olvidado el verdadero fundamento de toda ley.

El fundamento de toda ley es la razón libre del influjo de las pasiones, que es como un reflejo de la luz divina, y se sintetiza en la moral más pura; el fundamento de todo progreso es el engrandecimiento de los principios y verdades conocidas y reputadas eternamente tales, es el descubri-

miento de nuevas relaciones, que antes no se hubieran visto en ellas; y el fundamento de toda libertad es la virtud, porque el hombre y los pueblos serán tanto más libres cuanto más virtuosos sean.

Pues bien; ved porque el hombre á pesar de las formas representativas de gobierno que con tanto anhelo busca, aun se ha quedado á la mitad de su camino, ved porque ni goza de verdadero progreso ni de verdadera libertad aun; al emprender nueva marcha, al cambiar de rumbo, por una contraposición de su naturaleza, siempre lo ha hecho tan desmedidamente, que ha dado en extremos opuestos y exagerados, y sin cuidarse de su precipitada huida, que le impedía ver los obstáculos que encontrara por delante. Por esto observareis que la inteligencia, del renacimiento acá, cambiando su actividad religiosa y aun mística en actividad de la materia, pensó alcanzar el progreso por esta vía, y cuando más pensó disfrutar con su prosperidad y opulencia, vió con dolor que á su lado quedaban una infinidad de seres sumidos en la miseria más desesperante; á fines del pasado siglo con solo dar nombre á las formas de Gobierno, con solo dar al pueblo gran participación en las contiendas políticas, con solo otorgársele la libertad política legalmente, se pensó que se le otorgaba la libertad civil; pero no fue así; pues al pobre aun le falta mucho para entrar en el pleno goce de sus derechos; el pueblo pensó que había fijado el verdadero fundamento de la ley, de la libertad y el progreso; pero no fué así; para fijar el fundamento de la ley es menester despojarse de toda pasión ó mira interesada ó preocupación, para fijar el fundamento del progreso es menester respetar los principios

absolutos de moral sólidamente establecidos, y para fijar el fundamento de la libertad es menester hacer á los pueblos gobernables por medio de las buenas costumbres, es decir por la virtud. Si esto no se hace ¿de que servirán todas las formas políticas con que á los pueblos se les quiere halagar? Ahora bien ¿han hecho esto los que han querido hacer libres á los pueblos por medio de nuevas formas de Gobierno? Si os fijais bien en la palabra forma, ella sola os dirá mucho; forma y no fondo, es decir, que hay un más allá, para que de estas formas pueda alcanzarse el resultado apetecido; ese más allá, ese fundamento de la libertad y de progreso, ha sido tomado en poca consideración, por el solo hecho de haberse fijado en las formas solamente. Dad á un pueblo la forma de Gobierno más democrática, y si ese pueblo es pervertido, el despotismo tiene que ser una forzosa consecuencia, porque donde no gobierna la razón y la justicia, tendrá que entrar á gobernar la fuerza; al contrario, dad á un pueblo de buenas costumbres el gobierno más absoluto, y veréis que disfrutará de una libertad proporcionada á su forma de Gobierno, porque es axiomático que los pueblos tienen los Gobiernos que se merecen, que si Roma tuvo grandes déspotas, se debió á la relajación de sus costumbres; y se concibe con evidencia. En un pueblo corrompido, á mas de lo dicho, hay su parte de enervamiento que le impide reaccionar contra los abusos de un poder, hay una estupidez moral que le impide reaccionarse contra el mal; hay en una palabra falta de dignidad y de conciencia pública, grandes diques para contrarrestar los impulsos de la tiranía.

Pues bien los que al dar nuevas formas de Gobierno

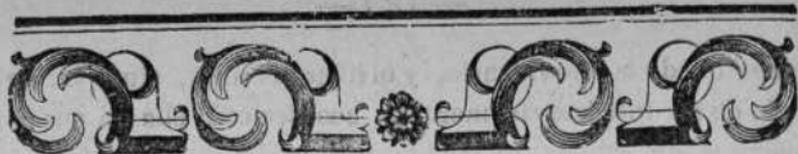
á los pueblos, han pensado que se lo han dado todo para alcanzar su libertad civil, se han equivocado lastimosamente; sus esfuerzos son laudables, pero se han quedado á la mitad del camino: huyeron del despotismo, que pérfido había buscado alianzas con la religión, y se había cubierto con su manto; pero tambien huyeron de la religión; no distinguieron las flaquezas de los hombres de los principios ó axiomas, y su obra por esto ha quedado incompleta, pensaron que el pueblo encontraría en la sociedad la justicia que anhelaba, por medio del sufragio universal, y la justicia, no podía encontrarse donde no estaba, y de aquí esos simulacros de elecciones, que no podrán jamás curar la enfermedad, mientras la moral no regenera las costumbres, porque sabido es que el tan decantado sufragio universal deja aun mucho que desear.

En cuanto á la ley, pensó el hombre por medio de ella hacer el bien de la sociedad; pero la palabra bien no la supo distinguir debidamente; enderezó sus tentativas hácia el bien material, y fueron escasas en la parte intelectual y aun más en la moral, porque se supuso que la civilización de los pueblos consistía en los adelantos materiales, y olvidó que el hombre es un ser moral é inteligente sujeto á necesidades materiales; atendió con preferencia á esta parte, y por esta causa su obra quedó incompleta y su influjo social es deficiente; debió haber pasado por sus mientes la idea de que, cuando llegó en la humanidad la época de los grandes descubrimientos científicos y adelantos materiales, ya la Iglesia habia trabajado muchos años en la grande obra de la regeneración moral del género humano, y que no debía deshechar así los funda-

mentos de la Providencia, y olvidar sus fines, sinó por medio de su inteligencia marchar acordes con ella en sus designios de civilizar al pueblo por medio de la ilustración y la moral, y que no le fué dado el entendimiento para ir desacordes con aquella, sinó como ráfaga divina, para que contribuyera en unión de ella á la mejora social; debió al huir al extremo opuesto, no confundir lastimosamente las pasiones de los hombres con los principios que este desacreditó por sus flaquezas; pero los confundió, y de aquí esa huida de aquellos que tan cara le ha costado, y costará, hasta que las experiencias le desengañe con sus tristes lecciones, que nada tan eficaz para la enseñanza como la escuela de la desgracia.

Si quereis hallar la encadenada série de causas del gran monopolio de vuestro siglo y de la indiferencia social productora del anarquismo con sus horrendos atentados, no teneis más fijaros en la matriz de todo ello, que es la gran separación de los principios religiosos: lo que produce la relajación de costumbres, egoísmo, negligencia y abuso de la ley, y toda série de consecuencias capaces de conducir al entorpecimiento del curso del progreso, y á la falta de respetos á la ley, todo en notable detrimento de la ansiada libertad.





FENELON Y EL TELÉMACO.

Consecuencias sociales que de esto se desprenden.



Así como en el horizonte celeste hay luminosos astros que alumbran las incomensurables distancias del firmamento, en el horizonte social los hay que alumbran de igual modo las largas distancias de los siglos; aquellos, formados por la materia cósmica condensada, que lleva en sí impreso el estado vibratorio que, conmoviendo las ondas etéreas, nos comunica sus resplandores; y estos, formados de la nada, llevando en su materia matriz impreso un nuevo agente que la conmueve, llamado espíritu, é iluminado por la llama celeste que Dios le concediera; á los primeros podrian llamarse faros de los desiertos de los cielos; á los segundos, génios que iluminan los vastos campos de la historia; uno de estos es Fenelon, alma noble y bondadosa, que estampando su alma en sus obras, inspira sentimientos de ternura al que las lee, génio pagano por sus estudios, alma cristiana por sus principios y doctrinas,

y hasta tal punto su alma estaba sumergida en un piélago de bondad, que rebosando por todas partes, quiere llevar el evangelio á los Gobiernos y sus máximas á las sociedades. ¡Cuán cierto es que el hombre honrado cree fácilmente que todos pueden ser de su condición á poca costa! Esto le pasó á Fenelon; escribe su *Telémaco*, obra de un sabio, obra de un benévolo filósofo, y no tiene en cuenta que escribe para hombres sujetos á grandes flaquezas, y que; por lo tanto, gran parte de sus doctrinas no podran llevarse á cabo; pero no importa, así como los astros siguen su natural curso sin que á ello sea obstáculo que al influjo de su luz ó de sus sombras los mortales cometan sus maldades, de igual modo el sábio hace resplandecer la llama de su génio, aunque de ella resulten utópias irrealizables á causa de las flaquezas de los hombres: el astro seguirá su curso, porque es mayor el beneficio que resulta del cumplimiento de sus leyes, que de la falta de ellas; al sábio le pasará igual; que si resultan á veces propósitos é ideas irrealizables, en cambio, envuelta en estas sombras, viene escondida la luz de la verdad, que saldrá resplandeciente, luego que aquellas se desvanezcan por las corrientes del progreso; esto pasó con la obra de Fenelón; en ella se desea ver á los pueblos gobernados por su propia ciencia; las monarquías templadas por el poder popular; las repúblicas patricias y plebeyas; el Gobierno representativo; asambleas que se renuevan cada tres años; administración y asambleas provinciales; elección y deposición de reyes; soberanía del pueblo; supresión del trono y magistratura en los que la tenían hereditarias; la paz perpétua entre los pueblos; la fraternidad á igualdad entre los individuos;

la supresión de la riqueza de los menos en provecho de los más; el Estado árbitro de la fortuna de los súbditos; la comunidad de bienes; la condenación del lujo; las profesiones elementales, como el pastoreo y labranza, protegidas por el Estado á costa de todas las artes de lujo; y, en fin, una série de máximas que, si bien revelan la más sana moral y los más nobles deseos, parte de ellos son irrealizables. Pero con todo eso, ¿qué representa el Telémaco? ¿Puede ser acaso nula su influencia sobre las sociedades?

De ningún modo: el Telémaco es como la maza que amenazaba el poder de Luis XIV, la maza del absolutismo; con ella principian á demolerse las cadenas del absolutismo, y la luz que irradia el genio de Fenelon, se extiende á la distancia de dos siglos, y prepara la revolución Francesa, en la que los pueblos piden con energía su derecho, y hacen ver á los reyes sus deberes. Si se asciende desde los más fanáticos tribunos de la convención á los Girondinos, de éstos á Mirabeau, de éste á Turgot, de Turgot á Vauban y de Vauban á Feneón, hallaremos que éste fué el primer radical, el primer reformador, siendo el Telémaco el evangelio de las verdades y errores de las modernas revoluciones.

¡Siempre la humanidad avanzando á costa de grandes tropiezos, lo mismo en las ciencias experimentales que en la filosofía, que en las ciencias políticas y sociales! Así como la gran rotación universal se compone de dos fuerzas contrarias, que sostienen el mecanismo celeste; así como el equilibrio de los cuerpos resulta de dos fuerzas contrarias llamadas atracción y repulsión; así como el individuo moral sostiene su mecanismo mediante dos fuerzas contra-

rias llamadas simpatía y antipatía, así el mecanismo social, el mecanismo de la historia, resulta de otras dos fuerzas antitéticas, una progresiva, otra retrógrada; hé aquí porque aparece el progreso siempre á costa de trabajos; hé aquí por que la luz de la verdad resplandece entre utopías; estas han tenido lugar en todo tiempo y más tarde se han realizado muchas veces, porque el organismo social, como el organismo individual, se asimilarán lo que sea asimilable y desecharán lo superfluo; la utopía existe desde los primitivos tiempos en que los esenios y terapeutas se dan á la vida contemplativa en los desiertos; existe con Platón, que brilla en la antigüedad; utopía existe en las cristianas sociedades, que de todo se despojan por ganar el reino de los cielos; existen utopías en el trascurso de la historia, en todas las heregías que se suceden; existe con Tomás Moro; existe con el autor del Telémaco, en el siglo XVII; existe con Campanella y todos los filósofos que se opusieron á las doctrinas de Aristóteles; utopías existen en los filósofos del pasado siglo, y existen en los socialistas del nuestro, y existirá aún, porque la humanidad se sustenta de esperanzas, y estas de ilusiones muchas veces.

Pero observad las dos antitéticas fuerzas que sostienen el mecanismo de la historia. Luis XIV dice; «El estado soy yo,» y oprime la conciencia, oprime el pensamiento; y Fenelón, en su reinado y en su palacio, prepara la demolición de las cadenas del absolutismo. Felipe II, con sólo el recuerdo de su nombre, cual otro Lucio Sila, aterraba las conciencias, y en su siglo aparece el más valiente mártir de los siglos, el calabrés Tomás Campanella, que estan-

do sumergido en calabozos por espacio de 27 años, sufre los más horribles martirios, y los vence con tal energía, que él mismo contaba que sufría poco, á pesar de tanto martirizarlo; sólo la fuerza del espíritu, podía contrabalancear la férrea mano de Felipe II, porque el que está impregnado altamente de una idea, siente menos los martirios. ¡Poder de que la Providencia se vale para sus grandes designios! Como hizo con los mártires, como hace con la muger que por su hijo sufre, y como hace por la defensa de la patria y por toda causa justa, que nadie puede prever la fuerza de sus resortes por pequeños que parezcan.

Veréis la antimonía de la historia en la antigüedad, en la série de sofistas que inundan la Grecia y preparan la venida de Sócrates, que prepara y proclama la idea de la conciencia, idea utópica en aquellos tiempos, y que despues se llevó á efecto con la venida de Jesucristo. Veréis la antimonía más adelante en las escuelas gnósticas, que compuestas de todos los absurdos y de todas las ideas, dan de si la celebración del Concilio de Nicea, donde se proclama el dogma católico; que así como la materia cósmica andaba difusa por el espacio antes de formar los orbes planetarios, las ideas más erróneas andaban difusas por el mundo antes de la formación del dogma de Nicea.

En el siglo V, veréis la universal desolación de los bárbaros; pero envuelta en sus sombras viene la idea de la personalidad, desconocida en el antiguo mundo. El siglo VIII, que es el de los conquistadores More y Tarif, es, en cambio, el siglo de Pelayo y Carlos Martel, en Poitiers y en Covadonga. El siglo XI, que es el siglo de barbarie,

predomina Gregorio VII, que ostenta el rayo del Cielo en sus manos, siglo en que veréis el más sublime ejemplo de abnegación de una mujer, que por querer que su amante no pierda la fama que su siglo le diera, se sepulta en un convento, decidida á cubrir entre cenizas la llama de un amor inextinguible; Eloisa era su nombre; la humanidad aún hoy la venera. En el siglo XVI, siglo de los colosales imperios absolutos de Carlos V, Felipe II, Enrique I, Amurat y Bayaceto; pero en cambio es el siglo de las grandes protestas religiosas Zuinglio en Suiza, Crammer en Inglaterra, la del Calvino en Francia, la Kabir en Turquía, la de Savonarola en Italia, Cazalla en España, Lutero en Alemania. El siglo XVIII, siglo de grande excepticismo, y sin embargo, siglo á la vez de grandes sacrificios, sus filósofos se rien de todo; y su sociedad todo lo sacrifica por la libertad; fué el siglo de la revolución en el clero, suprimiéndose los jesuitas por todas partes, y se suprimen los fueros del Papa; en la filosofía, por medio de Kam, Voltaire y Rousseau; en el claustro por medio del Padre Feijoó; Aranda y Campomanes son la revolución política, como Mirabeau, Danton y Robespierre la revolución social, á cuyo fragor se rompen los últimos eslabones de la cadena del absolutismo, principiados á fundir dos siglos antes al calor de la llama de la caridad del Arzobispo de Cambray. En este mismo siglo, el célebre médico y filósofo suizo Zimmerman, parece proclamar la independencia más absoluta en toda la esfera individual, pues en su famosa y humanitaria obra titulada «La soledad» entre otras cosas se ostenta la independencia del espíritu, como ventajosa en muchas ocasiones para los fines sociales, consiguiéndose aquellos por

medio de una prudente soledad, que no nos haga esquivar en absoluto las relaciones sociales, toda vez que el instinto de sociabilidad es innato en el hombre; pero es indudable que ciertos momentos de soledad, que permitan al hombre reconcentrarse dentro de sí mismo, le hacen formar de sí otra idea, le hacen conocerse mejor y le dan más independencia, verdades que el autor explana con la debida extensión.

Dos cosas se ostentan de un modo notable en el Telémaco: la una es el fomento de la agricultura por los Gobiernos, y la otra, la prohibición del lujo y de las artes que á él conducen, exceptuando en la esfera que contribuye al mejor esplendor de la religión y de los Gobiernos.

Hay quien dice que estas medidas sólo pueden llevarse á efecto en las sociedades nacientes, y que el lujo de hoy constituye un elemento de vida para el pobre, porque el rico de este modo le dá trabajo y le presta medios de sostenimiento; yo no soy voto en tales asuntos sociales, pero si puedo emitir mi humilde parecer diciendo que; todo lo que no sea andar por la raiz, me parece que no es andar bien; cifrarse el sostenimiento de las sociedades en que unos hayan de atenerse á lo supérfluo de los otros, me parece eventual este sustento, porque al rico todo puede parecerle poco para su avaricia, y de ahí vienen esos abusos que ocasionan las huelgas, esa miseria horrorosa en lo social, y en lo físico ese pauperismo de naturaleza ocasionado por las largas horas de trabajos en impuras atmósferas, de pobres mugeres é infelices niños, que más que de esto, son dignos de una mirada compasiva: por otra parte, el lujo. ¿á que puede conducir? ¿Aque ha conducido siem-

pre? Primero, á desigualdades irritantes, porque las conciencias honradas no pueden permitir esos alardes de opulencia, mientras tantos infelices gimen en la miseria más horrible, y cubiertos sólo de harapos que á la vista los hace repugnantes; y segundo, á la decadencia de las sociedades: esto lo demuestra la razón y la historia: la razón, dice que el exceso de lujo engendra vicios, suscita envidias, en que cada uno quiere llegar donde no puede, y se arruina, el aumento de vicios enerva los caracteres, así como las naturalezas, y este enervamiento no puede menos de conducir á la esclavitud, porque enervada la conciencia, nada queda que pueda resistir el poder del despotismo, y de ahí aquella sentencia. «Los pueblos tienen los Gobiernos que se merecen.» Por lo que hace á la historia, si se mira la ruina y decadencia de los imperios, en gran parte sin duda se debe á lo que dicho va, como lo confirma la decadencia de Roma con sus horribles vicios, engendrados por tales causas, con su falta de carácter hasta en aquel Senado, terror y admiración del mundo en otro tiempo. Perdidas en Persia las costumbres de Ciro degenera, y el Imperio Asirio sucumbe en los tiempos del vicioso Sardanapalo. Por otra parte, no hay que confundir las cosas, ¿cual es la base de las sociedades, digo, la base principal del sostenimiento físico? Claro es que la agricultura; pues bien, si esta no se fomenta, y sí las artes de lujo, sucederá una cosa, y es, que el artista, aunque tenga trabajo, podrá comer á duras penas, porque el comestible será caro, porque no guarda relación el producto de los campos con el consumo de las personas. Fomenten los poderosos las artes de utilidad y no de lujo, den el descanso que requieren á las na-

turalizas de los trabajadores, un sueldo proporcionado al sostenimiento de sus fuerzas, y estos á su vez, á más de sus cajas de ahorros, asóciense libremente en sociedades de orden para meditar sobre los mejores medios de mejorar su situación, si los ricos no oyen sus justas reclamaciones; reine en estos la caridad compatible con sus intereses, y fomenten los Gobiernos todo lo posible la agricultura, invirtiendo en ella el mayor número posible de brazos, lo que se consigue por medio de recompensas y no de pesadas cargas, y creo que de este modo, si no se llega al *non plus ultra*, por lo menos podrá mejorarse mucho la suerte de todos, y se evitarán conmociones violentas.

Mientras haya campos baldíos que fertilizar y cultivar, ¿por qué habría de haber minas para la extracción de minerales preciosos, sin utilidad material? Utilicéense solo aquellas minas de necesidad, como las de carbón de piedra y mercurio y otras análogas, pero no las de oro y plata y otros metales, que no tienen más que un valor convencional, dado por la codicia de los hombres, pero que apenas tienen valor real ó intrínseco, y no son sus minas más que sepulturas de hombres vivos. ¡A cuánto conduce la codicia! No confundir el valor real de las cosas con el condicional, que si las sociedades en esto se fijaran, verían mejor, no se afanarían tanto por las cosas ficticias; y ningún Gobierno debiera permitir que sus súbditos se emplearan en la extracción de la tierra de valores convencionales mientras haya campos que elaborar; porque lo demás es andar por un círculo vicioso; y querer cimentar así, entiendo que es hacerlo en bases deleznable; esto hoy podrá ser utópico,

pero no por eso dejará de ser una verdad quizá otro día, porque la verdad siempre es una, y los hombres son los que intentan trastornarla, la trastornan al mirar por el prisma de la ambición, y como este prisma existe delante de casi toda vista humana, por eso aquella se tiene por utópica casi siempre en un principio; pero los hombres pasan, los desengaños vienen, las lecciones de la experiencia quedan, y entonces el hombre que medita en silencio dice: los hombres han caminado en pos de un fantasma; la humanidad se ha engañado, ha dado un valor desmedido á lo que en realidad no lo ha tenido; por ello se á arriesgado á temerarias empresas y ha olvidado lo que le tenía cuenta, lo positivo, que es la verdad, porque esta permanecerá siempre á través de los siglos; ha sido como el que desdeña la mujer virtuosa por otra de fugaz hermosura, ¡miserable condición humana! Engaños por todas partes la rodean; la naturaleza, con sus espejismos é ilusiones de óptica, el mundo con sus ilusiones, con sus inmoderados deseos, y con su falacia seductora.

Cuando se medita sobre las penurias y trabajos de aquellos pobres mineros, que lo son sólo de aquellas minas, cuyos metales sólo conducen al lujo de sus hermanos y á nada más, porque otro valor real no tienen, no puede uno menos de contristarse y decir: ¡desgraciada humanidad, en que sus hijos se intentan hacer unos los tiranos de los otros sólo por la ceguedad que les produce la ambición! Tiempo es ya de batir esa densa catarata que nos ciega; lo supérfluo á nada bueno puede conducir en la sociedad, porque en sana filosofía, los fines no justifican los medios, y los medios malos no pueden conducir á buenos fines, aunque así

lo parezca á primera vista, porque siempre queda de ellos la semilla del mal ejemplo; así creo yo que el fomento de lo supérfluo para dar de comer al pobre, es casi un ultraje que se le hace, por más que otra cosa quiera decirse; sostener otra cosa, creo que sólo sea paliar los males sociales y hacerlos llevaderos con algún menos sufrimiento; pero no existiendo ahí la raíz de ello, no debe sólo dirigirse há la medicina que los cure: si no se puede hoy mañana se podrá; la cuestión es atacar el origen de las cosas; lo demás es obra de tiempo y constancia, sin apartar la vista de las flaquezas humanas, no mirar las cosas sólo por las lucubraciones de la filosofía, ni por el prisma de inmoderados deseos, ni de secta alguna sistemática, porque todo ello, aún con nobles fines, nos conduce á errores deplorables.

Ya Cervantes, á causa de nuestra ambición no desmentida, sinó más bien probada por nuestra vida de aventuras en los campos de la América, nos retrató á lo vivo en su famoso hidalgo de la Mancha; los hijos no hemos desmentido la raza, y nos persigue el deseo del oro y de las contingencias en pos de él; pero me temo que, no siendo éste el verdadero camino de nuestro bienestar, sino el trabajo, nos suceda lo que al hidalgo, que le salieron más de una vez desbaratados sus temerarios planes, á la vez que sus costillas. Si siquiera nos guiaran en nuestras empresas tan nobles fines, como á él en sus aventuras, me daría por satisfecho.

Uno de los errores que han hecho gran daño á la sociedad, y aun hoy lo hacen, porque aun es víctima de esta ilusión, es el haber extendido á la categoría de real un valor

en los metales preciosos, que no puede ser más que condicional; y nunca debió pasar de esta en manos del pueblo. de tal modo, que al llegar aquellos á poder de los individuos, nunca debieron tener más valor que el que intrinsecamente pueden tener, y solo debieron adquirir otro valor mayor en poder del Gobierno para sus usos de circulación y fabricación de moneda.

Si los Gobiernos se hubieran cuidado de esto, se hubieran evitado muchas empresas temerarias, no se hubieran robado brazos á la agricultura, y ellos nada hubieran perdido, una vez adoptado el acuerdo dicho, porque podía, con escasez de oro y plata, la moneda tener un valor convencional mucho mayor, como pasa con el papel, ó en último caso, valerse de otros arbitrios para sus fines de circulación de moneda. se dirá: nuestro Gobierno, que fué el que más utilizó el oro de América, no podía hacerlo, porque los demás le daban gran valor, y á el le convenia esto; claro es sí, pero precisamente esto sucedía así, porque el error está generalizado, y por la misma razón es mayor, porque se ha extendido como un contagio, como siempre ha pasado con las alucinaciones. Si en aquellos tiempos hubiera habido Congresos internacionales y más reflexión, podrían haberse evitado estos daños, porque al fin y al cabo, tan ilusión es este trueque de valores, que puede llegar algún día que en ello se medite mejor y se le ponga el debido correctivo; hoy parecerá utópico, pero tal vez algún día no, porque el mundo tiende á la resolución de grandes problemas por medio de su tendencia unitaria, principiada á verificarse en vista de los grandes descubrimientos de este siglo.

Otra de las alucinaciones de la humalidad, aún hoy existente, consiste en fijarse más de lo exterior que de lo interior, llamándole más la atención, porque aún hoy tiene algo de niña, y abriga la creencia de que el lujo, la opulencia y un buen exterior aparente, constituye la felicidad humana; error craso á más no poder; ya lo dice la Sagrada Escritura que en un medio está la virtud; yo reto al hombre más potentado á que me pruebe que él es más feliz que yo (y siento tener que descender á mi pobre personalidad;) yo sin succulentos manjares, sacio mi apetito, que por no ser succulentos se aviva más periódicamente; el apetito los hace sabrosos porque sin él no lo son; visto sin lujo, pero ando bien abrigado; duermo tranquilo porque mi conciencia así me lo permite; no conozco enemigos que yo sepa, y si algunos tengo, son acarreados por la defensa de la justicia; la habitación donde esto escribo, sin ser de lujo, reúne la comodidad que yo deseo, me hacen levantar de noche, es verdad, pero despues me queda la satisfacción de que he podido ser algo útil á la humanidad, los libros me traen más nuevas y más bellas impresiones que al rico sus riquezas, pues evoco desde este rincon á los tiempos y á los países; ellos me instruyen, y haciéndome conocer la humanidad, contribuyen á que me conozca mejor á mi mismo en mis soledades. ¿Qué más se puede desear, como siempre tenga el hombre las necesidades cubiertas de este modo? Lo demás es ilusión; el que más tiene más quiere; el corazón es insaciable en sus goces, como lo es el alma del sabio en el saber, y es de ley que así suceda, porque el corazón humano solo puede hallarse satisfecho con la posesión de Dios, fuente de todo bien, y el alma del sabio solo podrá

satisfacerse con la posesión de la verdad absoluta, de la que como resplandeciente foco emanan todas las verdades. Por esto, el que aspira á lo supérfluo, jamás sería feliz porque nunca se saciará; lo que hoy deseamos con ansia, al poseerlo nos cansa, y deseamos otra cosa aún peor; poseemos esta, ya nos cansa igualmente, y siempre así: hágase un esfuerzo de reflexión y detenga el hombre sus aspiraciones en el debido punto, si no, navegará sin timón en alas de los vientos del deseo, y no podrá menos de dar contra los escollos de las pasiones, que le harán naufragar en el proceloso mar del mundo que atraviesa.

El que por desear lo inútil y supérfluo, deja lo útil y necesario, se parece al que abandona los goces de una mujer virtuosa y la paz del hogar por los tumultos del mundo; estos cansan, aquella no, y con el tiempo el hombre, convencido ó arrepentido, vuelve cual hijo pródigo al hogar de sus anteriores delicias, porque la tranquilidad dá vida, y el desmedido placer mata; al cuerpo porque lo rinde y lo enerva, al alma porque agota su sensibilidad y la conciencia de sí propio.





FRAGMENTO SOBRE FLAQUEZAS



DESDICHAS DE LA HUMANIDAD.

Doliente humanidad: tus flaquezas, tus desdichas, tus lúgubres cadencias cantar quisiera en elegiaco tono, quien no es hijo de las musas; para desempeñar mi cometido cual debiera y obtener los frutos que mi deseo anhela, menester era que mi pluma se impregnara en las fuentes de inspiración de insignes vates; necesitaría yo modular los gemidos de Petrarca; necesitaría la luz que iluminó al Dante en sus terroríficas visiones; y saber modular los tristes dejos con que Milton lloró la pérdida del humano linaje, necesitaría poseer los lúgubres acentos de Ríoja, que cubren cual frio sudario los tristes campos de Itálica arruinada; mi pincel habría menester los fatídicos colores con que el Poeta Zamorano pintó el cuadro conmovedor del Dos de Mayo; y estar mi alma dolorida, cual la de Job, que hiende con sus gemidos los espacios de Idumea; necesitaría yo la

inspiración de los trágicos griegos, que pintan la humanidad juguete del destino, ó el sombrío génio de Tácito, cuando describe los males del Imperio romano, y la elocuente voz del Orador Extremeño, cuyos discursos impregna del calor de sus pátrias dehesas en estío, y la celeste inspiración del Evangelista de Patmos, cuando en esta isla describe el Apocalipsis, en que espira acongojada y convulsa la naturaleza, necesaria en fin, los lúgubres acentos de Jeremías Ezequiel, nuncios tristes de grandes catástrofes en Jerusalem y en Babilonia.

¿Y cómo yo tal atrevimiento tengo? No lo sé siquiera.

Así cómo la luna llena aviva las mareas del Occéano, así como la mujer hermosa inflama el alma del artista, las grandes causas á mi hondamente me conmueven. No me basta sentir; quiero expresar lo que siento; de ello tengo necesidad; me hallo cual mujer agitada en laborioso parto, del que no queda tranquila hasta haber expulsado el producto en su seno concebido; si el cuadro pues, sale incoherente, culpa no es mía, sino de mi hondo sentir, que enturbia las facultades de mi entendimiento. No todos los hombres pueden leer en la historia con detenimiento las flaquezas y desdichas de la humanidad; y por esto, y por si de ello pudiera resultar alguna enseñanza, soy cual valiente soldado que, llevado del deseo de la victoria, avanza más de lo que debe, y por más que su fin no consiga, siempre sus medios son dignos de aplauso.

Hablaré pues solo á grandes rasgos, ya que la tarea es árdua.

¿Qué podré yo decir del cautiverio de los hijos de Israel en Egipto y en Babilonia, permaneciendo á las orillas

del Éufrates meditabundos é inconsolables, aumentando con sus lágrimas las aguas de este río, confundiendo el triste quejido de sus hayes con el sonido de los vientos, portador de sus tristezas á su patria? ¿Ni qué de los abusos de aquel Rey llamado Baltasar, en cuya cena aparece misteriosa mano que escribe las fatídicas palabras «Mane, Thecel, Fares,» nuncios de grandes calamidades y desastres? ¿Qué de las torpezas de aquel Rey de Babilonia, castigado por el cielo convirtiéndolo en licántropo, que paca las hierbas de los campos? ¿Qué de las maldades de aquel pueblo, en que por no encontrarse un justo, fueron cinco ciudades convertidas en cenizas, y más tarde causa del diluvio? ¿Qué de aquella impiedad que arroja en un horno encendido á los tres jóvenes de Babilonia, y que hace prorrumpir en acerbos ayes á la madre de los macabeos, sin que pierdan la esperanza de los cielos? Estéril trabajo, puerilidad grande sería intentar realzar los colores de un cuadro trazado por excelsa mano.

Pasad al Romano Imperio, semillero de razas traídas y oprimidas por la fuerza de las armas, centro de gemónias, donde el hombre gime con el nombre de esclavo, por su libertad perdida, desde el fondo de su calabozo, sin que un oído atento escuche sus gemidos; allí, el que lleva un destello divino en su frente, yace en la inercia del no sér, sirve de alimento en las fiestas de sus señores, que reclinadas sus cabezas en los senos de matronas romanas, desde las gradas del anfiteatro presencian las luchas de las fieras y los hombres; allí aquel pobre sér sirve de pasto á las murenas del estanque; allí en fin, efecto de la nebulosa y asfixiante atmósfera de las orgías y de los vicios, no se alcanzó á ver

más que el egoísmo; jamás resonó allí la palabra caridad, solo Jesús la trajo al mundo, y murió por su excelsa doctrina en afrentoso suplicio, en un patíbulo; pero ¡hay! que la naturaleza, vistiéndose de luto, exhalió por el sus quejas en mujidos espantosos. Y tras de Jesús, la defensa de sus doctrinas por los apóstoles, y tras esto, el encarnizamiento contra ellos y los mártires, hasta el punto de motivar el Apocalipsis de San Juan como única esperanza en los naufragios del mártirio.

Pentrad ahora conmigo en la ciudad de las siete colinas: es el tiempo del triunvirato de César, Marco Antonio y Lépido; aparece una larga lista de proscritos en los sitios públicos; se cierran los puertas de la ciudad; la noche con sus negras sombras, cubre aquel horrible cuadro, porque el sol se avergüenza de alumbrar tanta perfidia; y allí se profanan los hogares; allí los parientes se delatan unos á otros, y las mujeres dejan á sus maridos á las puertas de sus casas, y allí, en lo que antes era mansión de paz y de dicha, la muerte siembra su luto implacable.

Ved el cuadro de aquellos tiempos descrito por un célebre escritor contemporáneo; «La Grecia en ruinas; Roma, disolviéndose; la fé antigua apagada; muerto el patriotismo; el cielo presagiando grandes tempestades; la conciencia humana agitada por el azote de la tempestad; los templos paganos desplomándose; apóstoles de una doctrina misteriosa muriendo en las hogueras; todo removido, todo agitado, el espíritu, por necesidad, debía refugiarse en el misticismo y buscar en Dios la tranquilidad que no podía tener en la tierra.»

Mirad hácia el Norte: allí, procedente de la Escitia y

de la Gocia, se desata un huracán. ¿Cual es su misión? Arruinar el mundo para regenerarle; bautizarle en su misma sangre para que salga más purificado, y lo lleva á efecto y concluye con el antiguo mundo, porque ya no cabía tanta maldad en la tierra, y solo en su implacable furor, aquellas fieras desbordadas, temen la voz de la religión, la voz de Dios.

Y todo pasó; pasaron las ciudades Babilonia y Nínive, con sus jardines y grandezas; Menfis con sus desiertos y sus esfinges; Jerusalem con sus profetas y su templo; Tiro con sus naves emporio de los mares; Corinto y Atenas con sus esculturas y filósofos; Balbeck y Palmira con sus colosales monumentos; Thebas con sus murallas de cien puertas; Alejandria con su biblioteca y sus escuelas; Cartago con sus famosos guerreros; y Roma, la soberbia Roma, pasó arruinada por el peso de sus vicios y grandeza.

Si continuais con los ojos puestos en Italia, vereis que la que antes fué señora del mundo, en la Edad Média, es esclava de sus oligarquías y de poderes extranjeros, á causa de la ambición y del despotismo de los hombres, y sin que la puedan regenerar ni el místico Savonarola con su austeridad, ni Maquiavelo con su infame política, hallando aquél por recompensa á su heroísmo, la muerte en una hoguera.

Pasad á nuestra España: yo no os recordaré aquella sublime epopeya que duró cerca de ocho siglos, y que, principiando en Covadonga, se terminó en los muros de Granada; nada de aquellos famosos sitios de Numancia y de Sagunto, en que, convertidos nuestros mayores en cenizas, éstas se esparcen por el viento para engendrar más tarde

los Bravos y Padillas, y los Daoiz y los Velardes; solo fijaré mi vista ligeramente en tres sucesos: en la batalla de los Comuneros, en la batalla de Lepanto y la noche del Dos de Mayo, con sus terroríficas escenas.

Es la madrugada del 21 de Abril de 1521; el cielo, en señal de luto, se encapota; las gotas de agua que deja caer en lluvia, llanto son por la catástrofe que presagia á nuestra pátria; el ejército real sigue camino de los campos de Villalar; delante van los Comuneros, que defienden las libertades pátrias, y allí, en estos desdichados campos, éstas quedaron sepultadas con los cadáveres de sus defensores; pero ¡hal como en el mundo de la naturaleza nada se pierde, lo mismo sucede en el mundo de las ideas, y de aquella tierra, regada con sangre, brotó más frondoso el árbol de la libertad.

Ved otro famoso suceso de nuestra historia: es el 7 de Octubre de 1571; fecha memorable en la historia; allá, en lontananza, se divisan naves turcas, que surcan las inmediaciones de un golfo; es el de Lepanto; más acá hay una escuadra aliada que la espera; aquella representa la religión de Mahoma, y por estandarte lleva una media luna; ésta representa la cristiandad, y lleva por insignia una cruz: poco ha apareció el sol en el horizonte á alumbrar una de las batallas más grandes que han visto los siglos; el mar, sereno y apacible, se vuelve proceloso, y muge sus hirvientes aguas para acompañar los quejidos de los moribundos; la nebulosa atmósfera del cañoneo oscurece la luz del sol, y los hombres, para haber de herir con certeza, asaltan las naves y pelean cuerpo á cuerpo. Venció la cristiandad.

Pasad más adelante, patriotas, y oid lo que dice el poeta. «*Dos de Mayo*, noche, lóbrega noche, eterno asilo del miserable que, esquivando el sueño, profundas penas en silencio gime;» noche de horror, noche de espanto, noche de luto, noche de execración para la vecina Francia; se dá muerte á los Españoles por la sagrada defensa de su independencia y de su hogar; el odio oprime el pecho de los hombres y no los deja respirar; la mente se caldea y estalla en relámpagos de ira é imprecaciones; cada madrileño lleva una tempestad en su alma, y se extiende, y se agiganta, y se condensa en Zaragoza y en Gerona, y en aquella insigne ciudad, modelo de heroísmo en todo el orbe, cada soldado es un mártir, los muertos se cuentan por el número de hombres y mugeres, y despues de horroroso cerco deruida, se pelea aún cuerpo á cuerpo, disputándose palmo á palmo el terreno de aquel triste cementerio.

Pasad á Francia y escuchad: ¿Qué siniestro ruido es aquel que tan á deshora se oye allá, á lo lejos? ¡Ah! Es el sonido de la campana de San German de Paris, que agita su lengua de bronce con lúgubre terror, que entristece hasta el espacio, y asusta y hiela la sangre más que el quejido de los moribundos, ¡Ay! pobres seres humanos, son victimas de la traición más horrible que describirse puede; son asaltados en sus hogares, y en sus mismos lechos pasan á eterna mansión, heridos por manos alevosas é implacables, y solo la campana cesa en su toque funerario cuando los muertos no pueden ya contarse.

(Es la noche de San Bartolomé en que una campana toca al deguello de los Hugonotes arrebatadamente.) ¡Y todo por ideas religiosas!

Basta de horrores ya, y siento haberme visto precisado á descubrirlos; pero no me pesa, porque no es mejor amigo el que lisonjea que el que dice la verdad, por amarga que ella sea.

¿Qué vértigo es este que impulsa á los hombres á herirse de un modo implacable? ¿Cómo es que cada paso dado por la humanidad hácia la libertad y hácia el progreso, ha de ser á costa de tantos sufrimientos? ¿No veis en la esfera de las ciencias avanzar el hombre para retroceder despues, y trabajando siempre para alcanzar mucho menos de lo que desea? ¿No veis lo que estudió ayer, olvidarlo mañana, y siempre olvidando parte de lo que estudió? ¿Qué movimiento oscilatorio es este? ¿No habéis visto á los hombres de ciencia perseguidos por sus nuevas ideas muchas veces, como si hubiera un contrapeso que contrabalancara las tendencias progresivas? ¿No veis los errores de la filosofía abstraída primero en las regiones de la naturaleza, que envolvía todo como la noche de la ignorancia, marchando despues por vagos é indecisos caminos para llegar á la conciencia, y por último, al conocimiento de Dios? ¿No habéis visto esto mismo en las ciencias que han seguido sus huellas, como las políticas y la medicina? ¿No sabéis lo poco que aquella adelantó hasta que se despojó de la fantasmagoría de sus lucubraciones, y tomo la vía experimental? ¿No veis en la religión lo que hicieron los hombres antes de la venida de Jesucristo, los unos entregándose á los vicios más horrendos, y hasta darles culto, como sucedía en el paganismo; los otros ofreciendo á Molóc víctimas humanas, como pasaba con los druidas; los otros creyendo en los errores de la astrología judiciária, en la magia, hechicería,

en las prácticas paganas, que pretenden averiguar los designios de Dios por el vuelo de las aves y las entrañas de las víctimas; y por último, dar crédito á las Itonisas y Sibilas? ¿No les visteis más tarde poseidos del terror milenario en que, figurándose iba á concluir el mundo, el labrador abandonó sus campos?

¿No véis hoy mismo á las mugeres de los indios sumergirse en las hogueras el día de la muerte de sus maridos, y que atraviesa el corro de Jagrenát palpitantes cuerpos de seres humanos? ¿No habéis contemplado el triste cuadro de las alucinaciones de la humanidad, tan extenso como los dilatados espacios de la historia? ¿A qué ese furor por herirse con implacable saña? ¿A qué esa opresión del hombre por el hombre, que aún la doctrina del Crucificado no ha podido desterrar? ¿Hay por ventura en nuestro sér algún sanguinario instinto, que nos convierta á la menor causa en instrumento de venganzas? Tal vez esta sea la clave para explicar esas locuras homicidas con reflexión, terror de la humanidad y asombro de los magistrados. ¿Y cómo el ser más perfecto de la tierra, imagen de Dios, y que lleva en sí el aliento de su ser, es causa de tantos desastres? ¿Cómo, si es que en él existe el instinto de la lucha, puede conciliarse con sus nobles sentimientos, con sus tendencias progresivas y con la emanación de Dios? Señores, aquí el hombre se confunde, y no hallará jamás salida, si no piensa en otra cosa que aquí no existe, si no considera esto como un tránsito de otra vida y no recuerda el pecado del primer hombre.

La humanidad víctima de toda clase de epidemias y azotes; errando por todas partes y solo acertando despues

de grandes trabajos y sinsabores; los hombres destrozándose en sanguinarias batallas y levantando sus instituciones sobre montones de cadáveres, sin que haya una piedra que no recuerde un sepulcro, donde yace un cuerpo herido por fraticida mano; en las vulgares esferas de la vida llenos de supersticiones los pueblos; los rencores cerniéndose implacables hasta las generaciones venideras; el hombre ofendido á cada paso por el hombre; infinidad de humanos séres con un caudal de inteligencia latente, que al pasar á otra vida se pierde por desgracia; el error, el egoísmo sembrando los campos de heregías, que motivaron las persecuciones y martirios más horrendos, y cuyas sectas han sido innumerables; los desgraciados enfermos de los manicomios ostentando sin pudor los repugnantes vicios de la sociedades, sin que esto haya servido de gran enseñanza; las realidades de la vida vistas á través de desesperante é ilusorio espejismo, como el que deja ver ríos y lagos al fatigado viajero, nada más para estimular su sed y hacerle sufrir los suplicios de Tántalo; la espada de Damocles suspendida sobre las cabezas de los que piden con entereza la justicia; el horizonte, apareciendo cercano á nuestra vista, y al acercarnos huir como todas las ilusiones de la vida; el sol, apareciendo en el horizonte antes de estarlo, por un efecto de ilusión óptica; y sucediendo otro tanto con las estrellas que hoy vemos, y que desaparecieron del espacio, quedando solo la impresión luminosa de tiempos anteriores, en que nos enviaron su luz; horribles espejismos en las regiones ecuatoriales, que con su falacia apesadumbran al viajero fatigado; el hombre, preservándose siempre de las vicisitudes atmosféricas para poder vivir;

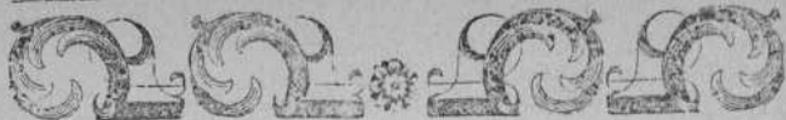
no poder aprender nada sin olvidar parte de lo que se estudie; no poder jamás dar un paso sin atender á las más perentorias necesidades de la vida; alcanzando la corta libertad que tiene á costa de actos de barbarie como por el que pasó Guillermo Tell, viéndose obligado á lanzar un proyectil á una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo, ó como los que sufrieron los irlandeses, cazados como fieras en las selvas en los tiempos de Cronvell, y disfrutando de menos libertad que aquellas, ó como los que sufrieron nuestros abuelos á la venida de Fernando VII de Francia, despues de la guerra de la Independencia, oprimiéndolos en calabozos, como recompensa á los servicios por la pátria; protestando aún muchos pueblos, en formas más ó menos violentas, por la falta de la libertad que los aflige; los ejércitos en las fronteras de los reinos para contener el vandalismo y la ambición de los conquistadores, ocasionando sus cuantiosos gastos las ruinas de los pueblos; insupportables condiciones de la vida haciendo al hombre buscar con frecuencia el suicidio, ó lanzándole por la vía del crimen; millares de gentes sosteniendo el edificio social sobre sus hombros y sin tener el alimento necesario de la vida, en tanto que los zánganos de la colmena social se aprovechan de aquellos infelices explotados hasta el agotamiento de sus quebrantadas fuerzas; el capital abstraído de toda idea equitativa y religiosa, convirtiendo en pavesas con su sed ardiente de oro todo dulce y humanitario sentimiento, sin tener en cuenta para nada el gran gérmen de discordia que produce; la dignidad humana humillada lanzando en nombre de la ley de la vida agudos gritos de dolor y de protesta en forma de atentados expantables; los Gobiernos

por medio de la fuerza ahogando aquellos en su pecho, pensando por manera tan extraña curar los males que á la sociedad aquejan, doncellas prostituyéndose por llevar un pedazo de pan á los autores de sus dias; venerables viudas que debieran ser objeto de respecto, viéndose despreciadas y obligadas á salir de la senda del honor que se trazaran; la modestia y la pobreza librando combates formidables en el silencio del retiro contra el vicio revestido de fastuosidad y opulencia que pone aprueba la virtud; funcionarios públicos honrados víctimas de los deberes de su cargo, y postergados á lo mejor por la influencia, porque en las oleadas de ese mar de podredumbre social, solo sale á flote el más audáz ó más astuto, ó el que marcha libre del peso de la vergüenza; pundonorosos industriales labrando su ruina con su honra porque no adulterando sus productos no pueden competir con quienes hacen lo contrario; la honra y la virtud teniendo que resignarse á vivir en el retiro si quieren conservar sin mancha la marca de su nombre, ó avergonzadas teniendo que cubrirse el rostro por no presenciar la fuerte puja de su inmoralidad que por todas partes en la sociedad se ostenta; las clases extremas de la sociedad con odios implacables por la falta de caridad en la una que sirve de estímulo y fomento á la desesperación de la otra, la clase media viviendo en angustiosa situación porque su honradez la precipita fatalmente en la miseria de la baja, y porque la vanidad y opulencia de la alta, la escita de continuo sus apetitos y deseos; la corrupción y el cinismo llegando á tal extremo, que haciéndose moda transigir ya con los crimenes, á los hombres honrados se les tiene ya por tontos, estimulando á la maldad por este me-

dio el amor propio de los pedantes y los necios; las leyes castigando con rigor á los sugetos que por sus ideas se sacrifican, en tanto que dejan en libertad á los que, dando quiebras y bancarrotas sumergen en la miseria más horrible á las personas que en ellos sus intereses confiaron; los pobres muchas veces desistiendo de pedir justicia por dudar de encontrarla, por lo menos en la esfera gubernativa; los pobres pescadores en débil barquilla avanzando por el mar proceloso en busca de succulentos manjares para regalar la mesa del rico; el alto clero con pingües sueldos desdiciendo de la caritativa y pobre doctrina de Jesus, en tanto que el clero bajo hasta lo pasa con penuria; los médicos, mandados muchas veces con gran imperio por los tribunales, sin que recuerde nadie de remunerar sus honorarios amenudo, y lo que es peor, exponer su vida en los campos epidémicos, sin que le quede más porvenir que la horfandad á sus hijos, porque las leyes en esta parte casi nunca se llevan á debido efecto; las cárceles llenas de la gente más pobre é ignorante de la sociedad, justificándose el dicho de Victor Hugo, de que los dos pilares de la guillotina son la ignorancia y la miseria, y apesar de esta lección salir de las casas de corrección los presos peores que entraron; el pobre minero penetrando en las entrañas de la tierra, con riesgo de quedar sepultado en ellas, para extraer los preciosos metales con que alimentar el potentado su desvergonzada crápula, sin que le quede otro porvenir que la horfandad de la familia, y semejando á los antiguos párias, que con la cadena al pié, construían los palacios para sus señores, ó aquellos otros siervos del feudalismo, que recogían rosas para sus señores quedando ellos solo

con las espinas; el pobre leñero venir aterido de frío y sin abrigo, y sin que pueda quemar el combustible que tiene á la venta; la política, llamada por muchos una farsa, y por D. Pedro Mata veleidosa prostituta, que se revuelca en el inmundo lodazal de los vicios, en el frenesí de sus orgías; las leyes, siendo en muchas partes la expresión de aquel pensamiento de un filósofo, es decir, «como las telas de araña, que prenden á los insectos pequeños y dejan escapar á los grandes;» escaparse los seres queridos de nuestra vista sin que podamos remediarlo, dejando un inmenso vacío en el alma acongojada; anár el hombre cada día una cosa, sin que jamás se llenen sus deseos en esta vida, y ese vivo deseo de lo desconocido á pesar de lo limitado de nuestra inteligencia; todo esto ¡ah señores! es un cuadro muy triste, muy sombrío, y si no hay algo que satisfaga más en pos de él, para nada serviría el obrar bien, para nada serviría el pensamiento, para nada la conciencia, pues valiera más no haber venido al mundo y permanecer en la inercia del nosér.

¿Cómo podría el hombre elevar su alma á gran altura? ¿Cómo sus ruines sentimientos podrían llevar el sello de grandeza? No solo por la religión explicada teóricamente, sino por el ejemplo; este edifica más que nada. ¿Y donde se hallarán estos modelos? En la historia de los hombres célebres por sus buenos hechos y en la Naturaleza; en esta todo es grande; el hombre se abstrae de las miserias de la tierra, y parece que respira una atmósfera más pura; menos política, y acostumbraos á contemplar á Dios en la Naturaleza, y este será buen medio para llegar á poseer grandeza de corazón.



ALGO SOBRE PENAS Y DELITOS DE ACTUALIDAD.

El que infringe el órden moral merece sufrir; por esto viene la pena tras el delito: he aquí la satisfacción que requiere aquél para su conservación, porque sin esta garantía no podría existir, y por esto las penas han tenido en todos tiempos no tan solo un carácter correctivo, sino tambien de expiación, según se ve hasta por las costumbres religiosas de los pueblos, que han hecho sacrificios para aplacar la cólera divina, porque si solo fueran correctivas, esto sería anteponer los intereses del individuo á los de la sociedad que es la ofendida, con lo que el órden moral no podría satisfacerse.

Esto que en tesis general es una verdad, porque hasta en la naturaleza humana al desorden siempre ha seguido el dolor y al crimen el remordimiento, esto digo, según mi opinión merece alguna modificación en aquellos delitos

cometidos á impulsos de la desesperación ó del fanatismo; yo opino que en estos casos las penas deben tener por principal parte la corrección, ya que á los individuos no les fue siempre posible sustraerse al influjo de las causas que le indujeron á delinquir, y ya que en ellas no se nota aquella perversidad que en los criminales que se proponen lucrarse ó sacar partido inmediato de sus crímenes; además que por medio de la corrección y la caridad se influiría ya sobre su inteligencia directamente, ya sobre sus sentimientos é instintos perturbados, que es lo mismo que obrar sobre ella de un modo indirecto.

Si esto no se tuviera en cuenta ocurrirían varias observaciones, porque si el que infringe el orden moral merece sufrir, ocurre preguntar ¿este sufrimiento ha de guardar relación con los trastornos que se producen en aquél? creo que aquí merecen mirarse las cosas más en su fondo, y atender también más á las causas que inducen á producir esta perturbación; porque un delincuente que se ha de lucrar ó sacar gran partido de un delito, siendo este su único ó principal móvil, será más merecedor de una pena de expiación, que aquel que los comete sin esperar gran lucro de ellos, obrando ya por desesperación ya por fanatismo, como ocurre con los anarquistas; y si en los atentados anarquistas se considera la perturbación del orden moral, reparad de donde parte el desorden, si de él ó de la sociedad. ¿Por qué viene el anarquismo? ¿Pensais que viene por el acaso?

El anarquismo viene por una perturbación del orden moral producida por la sociedad, porque siempre siguió á la falta el castigo como á la trasgresión la enfermedad; y



si así no lo quereis creer, será necesario suponer que el atentado anarquista es un acto de locura ó de depravación jamás visto; de locura no puede calificarse, ya que todas las cosas han de tener una causa que las explique, máxime revistiendo carácter de universalidad; y depravación por más extremada que pueda suponerse, es menester recordar que jamás la historia de la humanidad presentó hechos en que los hombres sin aqúe ni para que, se hayan querido imponer en los tiempos de paz por el terror; solo esto se ha hecho en las guerras, donde las pasiones se hallan en completa efervescencia; de lo que debe deducirse que cuando los hechos del anarquismo revistan caracteres como los de las guerras encarnizadas, las pasiones aunque reconcentradas deben hallarse excitadas altamente. Ahora bien ¿creeis que las pasiones pueden tomar ese carácter de encarnizamiento y reconcentrado odio sin causas abonadas para ello? Qué error tan grande Señores no querer reconocer la verdad, porque nos amarga el escucharla. Yo á fuer de escritor se decir y puedo asegurar, que no habiendo nada en la naturaleza sin causa que lo explique, y siendo los efectos proporcionales á las causas, las causas que producen el anarquismo deben ser muy grandes; Y quereis saber porque son las causas grandes? Porque son capaces de levantar pasiones y encender odios que causas pequeñas no pueden levantar ni encender; como que dichas causas de explotación sitiando á los pobres por el hambre les hacen una guerra sin cuartel y sin la menor compasión de su desgracia, gastando en lo supérfluo lo que haría falta para cubrir en otros las perentorias necesidades de la vida.

Decís que la pena por los atentados anarquistas debe

solo ser de expiación, porque decís que perturban ó infringen el orden moral; pero pregunto yo ¿de donde parte esta perturbación? ¿Qué pena imponéis á la sociedad productora del primer origen del desorden? Ninguna: pues ve ahí porque tratan de imponersela ellos mismos; porque la Providencia que es más sábia que nosotros, permite por medio de ellos recordar á la sociedad sus deberes, imponiéndola su pena de corrección y expiación á la vez, por haber ella tambien infringido el orden moral.

No puede negarse que el que delinque ha de ser castigado aunque á ello le hayan provocado, que á nadie es lícito tomarse la justicia por su mano; pero siempre ha de tenerse en cuenta esta circunstancia atenuante del delito y por esto me parece desmedida la pena de muerte en el anarquismo, y por que por medio de ella no atacándose á las fuentes del mal, imposible será cortarle como vais á ver por el dialogo figurado entre un juez y un anarquista.

Juez: Te vamos á imponer la pena de muerte por haber atentado contra la vida de tus semejantes á lo que no tienes derecho.

Anarquista: En hora buena; pero los Gobiernos y la sociedad, sin que yo tenga la culpa, atacan contra la mía y la de mis compañeros de infortunio, porque la sociedad por su mal Gobierno y por sus maldades, me usurpa lo que de derecho me pertenece desde que Dios me echó al mundo, que es la vida, porque donde quiera hay un hombre, allí existe un inviolable derecho á ella, de modo que yo protesto en nombre de la ley de la vida, que es la ley de la justicia y la ley de humanidad, de los atentados que se cometen contra mi.

Juez: Si, pero nosotros no usamos de esas formas, ni puedes probar en concreto quien de nosotros tiene la culpa de que tu te mueras de hambre.

Anarquista: Las formas no hacen al caso, y si á esto me obliga VS. á contestar, le diré; que vuestras formas son más solapadas que las mías, y obráis con mayor deliberación, porque no os obliga ninguna causa, y si yo no os puedo probar de un modo cierto quien es la causa de nuestras desgracias, se que entre vosotros está la culpa, y por esto os ataco como me parece; no hago más que lo que hacen los Gobiernos en casos análogos, que si algunos individuos de un Regimiento se sublevan, sino puede averiguarse quienes fueron los delinquentes, se sortean para castigarlos, con lo que pagan justos por pecadores y esto mismo hago yo, echar en suerte á la sociedad en los puntos que bien me parece, para que pague la pena; y aun lo hago con más probalidades de acierto que vosotros, porque lo hago en aquellos grandes centros que son mayores fuentes de explotación y corrupción.

Juez: Pues con todo te mataremos para que sea satisfecha la vindicta pública, y tu muerte sirva de escarmiento á tus compañeros.

Anarquista: A esos que hablan de vindicta pública, despues de haberme escuchado, que pongan la mano en su corazón, que yo les puedo decir lo que dijo Jesucristo á los que acusaban á la pecadora, «el que se vea libre de pecado, que le tire la primera piedra.» para escarmiento de mis compañeros, es una medida de todo punto inútil; porque la expiación de culpa que será por medio de la pena de muerte, no la tendrán por tan gran expiación como la

de la muerte por agonía lenta; de manera que si quereis atacar en su origen á los instintos de conservación de la vida y por este medio intimidarnos, haceis todo lo contrario, pues se sufre mejor una pena grande y repentina, que una que, no teniendo nada de pequeña es constante; no hay que dudar que para esto último, necesitamos más fuerza de voluntad, que para lo primero; somos como los estóicos, y acostumbrados á sufrir, vemos la muerte con relativa indiferencia, y hasta somos con placer mártires de la regeneración social; os teneis por filósofos é ignorais, que el excesivo sufrimiento sumerge el alma en una estupidez moral, que la hace valiente en medio de la mayor miseria; de modo que ve aqui la obra de vuestra sociedad explotadora, que teniéndose por ilustrada sumerge el espíritu de sus semejantes en el estado de estupidez de que hablo, en fuerza de hacerlos sufrir.

Juez: Por más que tu dices esto, soy de opinión que matandoos á vosotros, no aparezcan nuevos anarquistas, porque esto les intimidará.

Anarquista: El anarquismo no dejará de aparecer por miedo; si las circunstancias abonan para ello vendrá á pesar de la pena de la muerte, como ya podeis haberlo visto, y como lo demuestran las razones antes dadas, y si por este punto le intentais cohibir la salida, como no ve justa tan extrema pena, sin que haya ninguna para los que tienen la culpa de su venida, lo tomarán por un exceso de rigor, que reconcentrando más su odio extallará, en formas más aterradoras, porque nuestro sentimiento de la dignidad hallándose más humillado, en vez de anonadarnos, hará que, nuestra cólera estalle con más violencia, viniendo la guerra

social por vuestra culpa.

Juez: Esto no podrá ser porque contamos con la fuerza de las boyonetas.

Anarquista: En hora buena por ahora; pero entonces quereis tratar á los miembros de la sociedad como á las fieras de los bosques, y sancionais por medio de la fuerza las injusticias de la sociedad cometidas con nosotros; pero no importa todo esto; la Providencia que se encarga de restablecer la armonía del universo, ya se encargará de defenderla por medio del castigo, y sabrá vindicarnos, esperando en ella confiado que ha de valerse para ello de medios que hoy no estan á vuestro alcance; que la fuerza cuando solo sirve para proteger el derecho del más fuerte, facilmente se vuelve contra el mismo que la emplea, porque es axiomático que todo lo violento no es durable, y es de justicia que la fuerza si para algo ha de servir, ha de ser solo para el sosten del orden moral, por que de otro modo la fuerza en lucha con la fuerza no traerá más que la ruina.

Juez: Pues entonces ¿qué queréis que hagamos con vosotros?

Anarquista: Dejarnos lo que por derecho de la vida nos pertenece; dejarnos la existencia que nos usurpais poco á poco y sin responsabilidad; olvidais que teniendo todos los seres derecho á la existencia tambien debe tenerlo el hombre, y no solo lo olvidais, sino que con vuestros inicuos procederis la quitais; de modo que nos haceis más desgraciados y de peor condición que á los seres inferiores, con lo que además de mostrar falta de religión, hasta demostrais falta de talento, porque el hombre no solo vive del oro, y tiene otra misión en la tierra; y si la conciencia no le ha

de permitir vivir tranquilamente, todo el oro no le haría feliz, aparte de que con este descabellado giro de las gentes, y con este apego á los intereses materiales, puede muy bien suceder que, girando con velocidad como gira la rueda de la fortuna, en plazo no lejano y por vuestra culpa, os encontrareis en la misma situación que yo me encuentro, y entonces ya os pesaría no haber procedido de otro modo.

Juez: Así y todo te diré, que como las conmociones que producís son desastrosas y horrorizan, no podemos menos de condenaros á la última pena.

Anarquista: Pues solo tengo que decir; que los delitos deben juzgarse más por las causas que por las consecuencias, y que antes de sentenciarme no atienda VS. solamente á la conciencia pública alarmada, que esto pudiera cohibirle; sino que con su mente se coloqe bajo los mismos impulsos en que yo me hallo colocado, y atravesando por las mismas circunstancias; eche VS. una ojeada por el cuadro de los crímenes sociales que describen los sociólogos, y medite los razonamientos que de ellos se desprenden, y si despues de todo esto y con la mano puesta sobre el corazón, este le dice que me debe imponer la pena de muerte, la acepto resignado como delincuente; pero entre tanto esto no sea así, la recibiré como mártir de una idea, esperando que escrita mi muerte en el libro de la historia, como ami á todos los de mi condición, nos sabrán hacer justicia las generaciones venideras.

Dígase ahora quien puede sacar de tal razonamiento á un anarquista.

La fuerza física no puede entorpecer la marcha de las ideas, ni deshacer la órbita en que debe gravitar el mun-

do moral; la historia en general, y la de nuestra Patria en lo que va de siglo, vien claro lo atestiguan; y la razón esto lo vé con evidencia, porque la región de las ideas es como la de los espíritus: invulnerable.





LA FRENOFATÍA Y LA METAFÍSICA

en sus relaciones con el individuo y la sociedad.

Considerada la razón humana,—verdadera libertad,—voluntad realizada ó libre albedrío, como sinónima de inteligencia, entendimiento ó reflexión, ha dado lugar á las más lamentables confusiones entre criminalistas y frenópatas, partidarios aquellos de la escuela metafísica, y estos de la escuela positiva y experimental; ni es posible que jamás lleguen á entenderse, mientras no se deslinden bien los términos y el espacio que cada frase de las enunciadas debe de abrazar; así es que, para los metafísicos constituye el delito un acto relacionado puramente con la parte moral del individuo, y para los segundos, aquél se halla influido casi en absoluto por la parte orgánica. Si esta escuela se exagera, dicen los metafísicos que conduce al fatalismo, y barrena por su base la libertad y la moral; si se atiende solamente á las lucubraciones metafísicas, habría que desestimar los hechos atesorados por la ciencia, y muchos

enfermos de perturbación mental purgarían sus extravíos en presidios infamantes, en lugar de hacerlo en humanitarios manicomios.

¿Qué camino tomar ante semejante perspectiva?

¿Pueden desestimarse los datos humanitarios de la ciencia? ¿Puede sostenerse que en los delitos no ejerce más influjo la parte moral que la orgánica del sujeto? Es verdad que el criminal no puede sustraerse, en absoluto siempre, á la influencia, que el medio ambiente ó social en que vive, ejerce sobre sus instintos y sentimientos y entequéz de sentido moral, á la manera que nuestro organismo tampoco puede sustraerse en absoluto á las influencias cósmicas que le rodean; es una verdad que hoy es axiomático en la ciencia, que toda función es producto de un órgano, y que las funciones cerebrales son producto más ó menos inmediato de órganos destinados al efecto, y que según el desarrollo de estos, podría juzgarse del desenvolvimiento de sus actos funcionales, y por ende los actos delincuentes del sujeto ser producto de su organización: es una verdad que el alma ha de ser la motora de la parte intelectual del hombre; pero no es menos cierto, que aquella sin órganos apropiados nada puede hacer, ya que estos son sus instrumentos.

Ahora bien: yo no puedo menos de conceder á los frenópatas las verdades adquiridas por su ciencia, y darles gracias por sus asíduos trabajos experimentales y humanitarios, porque con ellos han producido grandes servicios á los enfermos de la mente, libertándolos del sufrimiento de penas infamantes.

Pero quisiera que los metafísicos descendieran de la cumbre de sus abstracciones y que los frenópatas dieran más

influencia á la parte moral sobre la física ú orgánica del hombre, porque de otro modo ¿creen ellos que el mundo podría arreglarse con solo manicomios penales para la corrección ó castigo de los delitos? Y cuenta que me gusta marchar acorde con los datos de la ciencia. ¿Qué sería del mundo moral minado por su base, si tal axioma se profesara de un modo absoluto? Vosotros diréis que nada tenéis que ver con esto, que el mundo forzómente ha de atenerse á los datos de la ciencia, y que ella podría formular nuevas leyes por las que las sociedades hayan de regirse: está bien; pero las leyes que se salen de la órbita del mundo moral, jamás han podido servir para el gobierno de las sociedades, ni las ha otorgado su aprobación el común sentir de las gentes. Esperad; no se puede edificar tan aprisa demoliendo los cimientos que en todos tiempos y países han servido de sosten al edificio del orden social; yo reconozco vuestras verdades; sé que el criminal reincidente puede ser un tipo degradado, en el que sus impulsos orgánicos y hasta gérmenes hereditarios, no dejarán de ejercer influjo sobre sus actos del momento. ¿Pero habéis meditado acaso en la fuerza latente de poder que este hombre tuvo en otro tiempo para refrenarse si se hubiera propuesto hacerlo? Esto no lo podéis medir vosotros: porque un hombre no pueda dominar su pasión del momento, si comete un delito impulsado por ella, ¿no le castiga la ley por que tuvo poder y medios para hacerlo en otro tiempo? Pues esto digo yo de muchos criminales.

Y tratando de la herencia: por más que el influjo de ella sea manifiesto como os concedo, ¿creéis que este influjo habrá de ser fatal y absoluto? Porque un padre sea

tísico ¿pensais que el hijo fatal y necesariamente haya de serlo también? Podrá heredar la predisposición, la inminencia de la tisis; pero colocado en condiciones apropiadas no padecerá la enfermedad. Esto no quiere decir, que en uno y otro caso las circunstancias no sean atenuantes en los delitos que cometan los sujetos; pero de ahí á darles un carácter de fatalidad ó necesidad, existe mucha diferencia. Ahora bien: qué parte de responsabilidad incumbe á estos sujetos por los delitos que cometen, y qué parte corresponde también á la sociedad por las condiciones en que los deja colocados, es asunto que el sociólogo y frenópata sabrán deslindar en su día, el uno atendiendo á los medios sociales, y el otro investigando la historia del sujeto é influjo de los agentes externos é internos sobre sus actos; porque debe tenerse en cuenta, que cuando en las leyes de un orden cualquiera tanto físico é intelectual como moral aparece una excepción, no hay que formular en seguida una ley nueva, sino estudiar la manera de amoldarla á aquel orden, y se verá, que lo que antes eran excepciones, pasan á ser parte integrante de esas leyes, porque no solo de hechos incompétos no pueden deducirse leyes, sino que los hechos cuya interpretación contradicen las leyes de un orden cualquiera, el sentido común por solo este defecto los rechaza ó se previene contra ellos. Buscad la conciliación de ambos extremos, que forzosamente há de haber una clave para ello; si hoy no se encuentra no desmayemos. No despreciemos los datos suministrados por la ciencia, que el hombre que camina de buena fé, quizá hallará algún día la solución del enigma; pero no olvidemos las verdades del orden moral.

Buscad contingencias, ó causas fortuitas de hechos contradictorios en la apariencia, estas las encontrareis; pero no encontrareis jamás en cualquiera de los órdenes, causas generales eficientes y contradictorias, porque esto sería opuesto al designio de la sabiduría infinita, que estableció el orden y mecanismo de los mundos, para que marcharan acordes los unos con los otros.

Se dijo por algunas sectas, que el cristianismo se había opuesto al progreso de las ciencias, y yo he demostrado por la razón, que no puede haber contradicción entre una moral progresiva y los descubrimientos de las ciencias, y que lo que eran contradicciones aparentes, no fueron más que sombras despejadas á la luz de la verdad.

Levantar un edificio sobre bases tan deleznales que no se apoyen en el orden moral, y aun esten en oposición á el, repugna de tal modo al buen sentido, que tengo por imposible que la humanidad jamás le acepte.

Porque la instrucción no ejerza todo el influjo que debiera sobre la inteligencia de muchas personas ¿pensais que lo mismo ha de pasar con la educación y la moral sobre los instintos y sentimientos? Pues estais equivocados; no puede ejercer la instrucción sobre la inteligencia tanto influjo, como la educación y la moral sobre los sentimientos é instintos ¿sabeis porqué? Porque el mundo puede estar sometido nada más parcialmente al orden intelectual, el mundo puede ser ó estar regido por pocos sabios; pero no sucede otro tanto con la parte moral; el mundo no puede ser regido, si la mayoría de la humanidad careciera de sentido moral; por esto observaréis que todo lo que está encargado de desempeñar gran misión en la tierra, no puede menos de

prodigarlo la Providencia, y por esto el sentido moral ha de ser un hecho universal. en tanto que el sentido intelectual ó inteligencia puede ser parcial. Además es una verdad, que según el desarrollo de los organos, así es la potencia de sus actos ó funciones, pero no podeis negar que tambien los órganos se perfeccionan y aumentan con el ejercicio de sus funciones, y que lo que no funciona se atrofia. Ahora bien ¿no pudo el delincuente desde el principio del uso de su razón desarrollar las fuerzas latentes de sus gérmenes morales, y por medio de este ejercicio dar mayor desenvolvimiento á sus órganos agentes de los sentimientos cohibitivos? Si el ejercicio aumenta el volumen del órgano ¿qué razón hay para que aquí no se cumpla la ley? ¿No tiene la humanidad gérmenes morales inmanentes desde que tiene uso de razón? ¿Por qué no los pone en ejercicio como lo hace con otras funciones cuando lo cree conveniente? ¿Pues qué, hemos de juzgar el delito por el solo acto del momento, ó debemos juzgarle como la suma de fuerzas latentes acumuladas de ante mano, y que estallarán en un momento dado? ¿No pesa esto con la pasión? Pues tal vez no repugne para estos casos una esplicación que tenga con ella alguna analogía. Yo opino que el delito cometido en un momento dado (no hablo del cometido por arrebató) semeja una descarga eléctrica, cuyo fluido fué acumulado en un condensador por los continuos frotés ó causas que producen la electricidad acumulada: estas causas en el individuo, estos conatos al mal, por no reprimirlos á su tiempo, crearon la oportunidad morbosa moral, que le hace delinquir en un momento dado, sin que su obra sea obra del momento nada más, y de este modo creo que puede

conciliarse la doctrina de la escuela positiva, frenopática ó antropológica, con la teológica ó metafísica.

Cuando los hechos de las ciencias no aparezcan acordes con el orden de cualquiera de los mundos, meditaad mucho antes de crear leyes que la razón repele, y que más bien pueden ser excepciones; buscad las causas de esas excepciones, y encontrareis la manera de amoldarlas al orden establecido; que no se forman las ciencias destruyendo bases sólidas que no solo estan acordes con el común sentir de la humanidad, sino que sin estas no podría existir; porque ¿qué sería de la sociedad sin el orden moral? Tampoco negamos vuestros adelantos muy dignos de tenerse en cuenta, pero en su estrecho círculo no intentéis encerrar un mundo, porque la obra es imposible como lo fué para los que en el estrecho círculo de su inteligencia quisieron encerrar el cristianismo, y con él los textos bíblicos, por suponerle obstáculo al progreso, cosa que á todas luces es absurda, porque como tengo dicho, no puede haber contradicción entre una moral progresiva y los descubrimientos de las ciencias ¿y quereis que haya contradicción entre el orden moral y los adelantos de la ciencia frenopática? Imposible: buscad la cabida de las excepciones en las leyes generales y con el tiempo la encontrareis, buscad las leyes sometidas á un orden y un concierto y tambien lo encontrareis, porque por todas partes vereis hechos muchos, leyes pocas, causas menos; pero lo que no podreis encontrar jamás, es la compatibilidad de aquello que el común sentir de la humanidad rechaza, porque el fondo de buen sentido que en ella prepondera, aun en medio de sus errores y flaquezas, le dice muy alto que sin el orden moral la socie-

dad desquiciada, se precipitaría en un abismo sin fondo del que jamás podría salir. Si es cierto el axioma de que «la mucha filosofía conduce á la religión» porque ella no puede menos de ver concierto y armonía por todas partes, ya puede juzgarse que filosofía será aquella que no está acordes con el orden moral y á que punto conducirá.

Es una verdad que algunos adelantos científicos han tirado por tierra sistemas erróneos, y que hasta entonces pasaron por ciertos, como sucedió con el descubrimiento astronómico de Galileo, que fijó definitivamente el movimiento del sistema planetario ¿pero habremos de decir por esto otro tanto de los adelantos de la frenopatía? No lo creo así, por más que voy acordes con su marcha experimental y vereis porque: En la esfera de las ciencias pueden pasar y pasan las cosas de distinto modo que en la esfera moral; en la esfera intelectual el hombre progresa incesantemente, y es de ley que así suceda para su mejora; y por esto nuevos hechos pueden destruir teorías anteriores, sin producir daño á la sociedad antes por el contrario; pero en la esfera moral teóricamente consideradas no pueden pasar las cosas de igual modo 1.º porque las verdades morales son verdades de sentido común, y la sociedad las ha necesitado siempre para poder guiarse; y por esto Dios, aun en medio de sus flaquezas la dotó de un gran fondo de sentido moral, y 2.º porque aun para cubrir el vacío que esto ocasionara, la mano previsora de la Providencia envió á Jesucristo que completó la obra de la redención humana, dandonos la moral más santa y más sublime que jamás conocieron los hombres, sin que nadie la haya podido contradecir ni ningún filósofo la haya podido mejorar. Ahora bien; si

esto es cierto, si esta base está tan solidamente fundada ¿con qué derecho pensais que vuestros hechos hayan de estar en pugna con el orden establecido por Jesucristo y sancionado por todos los filósofos? Vuestros hechos son ciertos, esto no puede negarse, vuestros esfuerzos son laudables, pero el orden moral es inamovible; y porque haya contradicción entre los unos y los otros, esta no puede menos de ser aparente y no real; y esta aparente contradicción consiste forzosamente en que el círculo de su interpretación es más amplio de lo que debiera, se han excedido sus límites queriéndose internar en terreno para ellos infranqueable. Repito que entre la moral y la ciencia no puede haber contradicción, y como esto es imposible porque sería suponer el absurdo en Dios, de ahí que forzosamente los hechos aunque llevan el sello de la realidad, á su interpretación se les ha dado más alcance de la que debiera; esto no puede menos de ser así; yo apelo al juicio de los hombres pensadores, y espero me han de hacer la justicia que el asunto se merece: he indicado algunas ideas á fin de conciliar ambas escuelas, no podré decir que sean todas ciertas, pero al menos he seguido una vía, que la prudencia me aconseja, porque cuando en una marcha aparecen escollos infranqueables, prudencia es separarse de ellos en busca de otro sendero que conduzca al verdadero punto.

Y no me digais que las sociedades moralmente han progresado y siguen progresando cada día, porque aun que esto asi suceda, á causa de la suavidad y dulzura que los modernos tiempos ocasionan en las costumbres de los pueblos, este no es argumento bastante, porque en moral si puede progresarse ha de ser en la parte práctica, que en

la teórica es imposible, porque las bases del edificio moral, sentadas estan desde Jesucristo sin que se hayan podido mejorar. De modo que tengo por imposible por estas razones con-mover este edificio por medio de nuevos adelantos, á la manera que lo hizo Galileo con los sistemas astronómicos á el anteriores; porque no confundais el orden intelectual con el moral; aquel siempre ha sido movable; pero este siempre ha sido inamovible, cosa acordes con las necesidades de la humanidad, que desde un principio necesitó bases fijas para sentar su planta en la tierra: si no la ha fijado aun como debiera no se debe á los falsos cimientos del edificio, sino á sus pasiones y flaquezas que es cosa muy distinta.

No lo olvideis: las sociedades pueden vivir con escasez de sabios, el órden intelectual puede ser limitado y desenvolverse con el transcurso del tiempo; pero el moral necesita ser universal y haber sido primitivo, por reclamarlo asi las necesidades de la humanidad.

Porque hoy los hechos no tengan plausible explicación acordes con la ley moral, tal vez la tengan algún día, y si asi no llegara á suceder, estarían fuera del alcance de nuestra limitada inteligencia, porque es de ley que el entendimiento humano sea finito; pero no se habrá visto jamás, que pueda ser duradera ni viable una filosofía que sienta hechos cuya interpretación se halle en oposición del común sentir de la humanidad: edificio de tales bases por si solo biene al suelo. Esto por lo que hace á los frenópatas.

Por lo que hace á los metafísicos les diré que no miren á aquellos con prevención, pues la ciencia les es deudora de hechos altamente humanitarios demostrados en reciente

fecha; que la vía de investigación experimental es la verdadera, y á ella se deben los adelantos de los modernos tiempos; y que no pueden desecharse los adelantos de aquellos porque los hechos se hayan querido violentar y darles tal amplitud, que se hayan querido formular leyes sin tiempo para ello; no, no pueden desecharse sus esfuerzos por más que hayan incurrido en esta exageración, que esta es la condición del espíritu humano, exagerar aquello de que se apasiona; pero vosotros tambien exageráis, vosotros con vuestras lucubraciones tambien ocasionais daños al desgraciado enagenado, so pretesto de otorgar garantías á la sociedad; existe entre vosotros y aquellos una lamentable confusión, cosa tanto más de sentir, cuanto que á los dos os impulsan nobles fines; vosotros confundís la inteligencia, reflexión ó facultad intelectual con la razón; haceis sinónima á la reflexión de la razón ó libre albedrío, y no es así, por más que esto parezca contradictorio. Sabed que la reflexión es la que constituye principalmente la conciencia del sugeto si; pero para que este tenga de si un cabal conocimiento, necesita del conjunto de sus auxiliares, y con esto queda dicho que no constituye por si sola la razón del hombre, á pesar de estar formada por la comparación y causalidad. Si defectos físicos en los sentidos dan lugar á ilusiones ó errores de los mismos, la reflexión funciona de igual modo que si esta correspondencia fuera cabal y exacta; se hacen comparaciones y realizan juicios, que sin dejar de ser lógicos no dejan de producir delirio si el sugeto persiste en él, y nada hay que le advierta que parte de falsas premisas.

Figuraos ahora que son los instintos y sentimientos

los que están enfermos, que están desbordados de tal modo que esceden los límites de la pasión, pues entonces influyen sobre las facultades intelectuales, no solo perceptivas dando lugar á ilusiones, por su falso modo de percibir, sino que hasta engendran alucinaciones ó reproducción de ideas adquiridas, que la reflexión tiene por actos mentales del momento. En estos casos no está la locura en las facultades reflexivas, sino en el punto de origen de las ilusiones y alucinaciones, que la reflexión no distingue de las realidades, porque está dominada y falta del concurso de sus auxiliares que le darían verdadera conciencia del estado del sujeto.

De manera que tomáis la parte por el todo, tomáis la reflexión por la razón y no es así, esta es más compleja, esta no es facultad, es un estado, y este estado es el de poder dirigir el hombre sus actos con arreglo á las leyes de la organización y en relación al orden moral, de modo que en la razón ha de entrar forzosamente el ejercicio armónico de los instintos y sentimientos ó sean sus facultades afectivas, y el de las facultades intelectuales compuestas de facultades perceptivas y reflexivas; si falta la armonía en el ejercicio regular de cualquiera de estas partes, la razón se perturba aun que la reflexión exista, y por esto no deben ya sorprenderos esos casos llamados de locura moral y locuras homicidas, que de este modo tienen plausible explicación, así como las mono-manías.

No se halla en el análisis de todas las actividades del hombre una facultad fenomenal particular, real, y que sea representante fenomenal de impulsos y actos instintivos, sentimentales, ni intelectuales. No por esto quiere decirse que no exista la razón, sino que no existe como la facultad

mental concreta; es una palabra de sentido abstracto, colectivo, como compuesta de facultades diversas que contrivuyen á los actos de los hombres, pero no puede aplicarse á ningún hecho psíquico particular, á ninguna actividad fenomenal, sino á la reunión de muchas, y mejor aun al estado en que funcionan las actividades comprendidas bajo ese nombre.

Aun cuando las facultades reflexivas formen el principal carácter de la razón como sinónima de libre albedrío, no la constituyen por si sola, son sus indispensables elementos, pero no todos. Siempre que hay libertad hay ejercicio de la reflexión, pero no siempre que hay reflexión hay libertad, pues existen locos con aquella, y que como tales no son libres porque carecen del poder de dirigirse.

Si la libertad fuera una potencia única é indivisible, un mismo sugeto no podría tenerla en unos casos enérgica y en otros débil, como estamos viendo en los usos de la vida en que hay personas de gran voluntad para una cosa y que la tienen muy flaca para otra. Admitida la libertad como fuerza múltiple, cuyo origen estriba en las facultades afectivas dirigidas por la reflexión, no habrá fenómeno de ese orden que no tenga cabal y natural explicación.

Todo acto de voluntad realizada es colectivo, é indica siempre el concurso de varios instintos y sentimientos, que apoyándose ó contrariándose obran en línea diagonal mediante el ejercicio de la reflexión, que pesa los motivos en virtud de los que se determina el sugeto, siendo en esta determinación por motivos donde reside la verdadera libertad, causa por la que el hombre es tanto más libre, cuanto mayor suma de motivos influyen en la determinación de

sus actos; de modo que la verdadera libertad revela pluralidad de agentes; y si la usamos en singular, es para expresar por medio de una abstracción por medio de una palabra de sentido colectivo, las diferentes combinaciones de ella.

Hechas estas aclaraciones, ya no será difícil á los metafísicos creer en la existencia de la monomanía admitida por los frenópatas, en la de la llamada locura moral, y en las locuras impulsivas principalmente la locura homicida.

Por lo que hace á la primera, es ya un hecho del dominio público la monomanía que magistralmente dejó retratada Cervantes en su famoso hidalgo de la Mancha, tipo que aunque novelesco, es la realidad de lo que pasa en las monomanías, y esta monomanía sobrevino nada más que por el exagerado sentimiento del honor, de modo, que este sentimiento exagerado, influyendo sobre sus facultades intelectuales, le hacía ver molinos por gigantes, rebaños por ejércitos y la vacía de un barbero por el yelmo de Mambrino, y no obstante separando del tema de su locura á D. Quijote ¿quien no le tuviera por un sabio? Este caso aunque sea novelesco, es la personificación real de una monomanía gráficamente retratada, y por esto la menciono.

En cuanto á la locura moral ó manía razonadora de Pinel diré; que en efecto es verdaderamente sorprendente el considerar una perversidad absurda é inconcebible, acompañada de cierta lucidez intelectual y un discernimiento sensato; pero es lo cierto que los frenópatas de todos los países la admiten y la han visto, y cuando un mismo hecho aparece bajo las diversas circunstancias de los países y

los tiempos, forzosamente hay que creerlo, cuando no se opone á principios establecidos y plenamente demostrados con anterioridad. Y por lo que hace á la locura homicida puede decirse otro tanto, aun cuando á primera vista parezca aun más difícil de admitir.

Sabido es que el hombre al aparecer sobre la tierra después de su expulsión del paraíso, tuvo que luchar con las contrariedades que al paso le salieran, las que no podía vencer sin un instinto apropiado; de ahí sin duda el instinto de la lucha para contrarestar toda suerte de vicisitudes y obstáculos; no por otra causa sinó por ese instinto, es por lo que las instituciones humanas se han levantado sobre montones de cadáveres y cada paso dado por la humanidad hácia la libertad y hácia el progreso ha sido á costa de lágrimas y de sangre, de tal modo, que apenas existe una piedra en la superficie del globo, que no recuerde un sepulcro levantado por mano fratricida, no por otra causa los Imperios y reinados han perecido muchas veces ahogados en su propia sangre; y cuando se considera, y que muchos hombres por medios más ó menos directos contribuyen á la ruina de los otros, no puede menos de admitirse en la humana especie dicho instinto.

Ahora para corroborar mi aserto, oid lo que dice el Doctor Barbaste, que no deja de ser triste á la vez que instructivo. Las causas ordinarias del homicidio son insuficientes para explicar la frecuente reproducción de este acto terrible (habla del homicidio).

Estas causas consideradas como determinantes ú ocasionales, como próximas ó lejanas; esas causas internas ó externas con respecto al individuo, no podrían nada por si

mismas, si una causa predisponente é inmediata no favoreciese su concurso. No es pues en la acción del clima, de la estación, de las pasiones, de la educación, de las condiciones precarias de la vida, ni en los efectos de la edad, del sexo, del temperamento, del estado de embarazo, de parto etc., donde es necesario buscar la razón de ser de la multiplicidad de los casos de homicidio. Esta razón preparada de antemano, á aun determinada por esas causas secundarias, reside en un instinto primordial sanguinario, no solamente del individuo, sino tambien de la especie humana.

Las pruebas de hecho salen todas palpitantes de los pueblos para deponer en favor de esta última verdad. Salvajes, bárbaros y hombres civilizados, todos han proporcionado un contingente á la matanza general de la humanidad.

En otra parte añade.

«Hay que hacer una confesión terrible, y es que la parte bestial del hombre con todos sus instintos feroces y sanguinarios alcanza con mucha frecuencia un alto grado de predominio hasta en los pueblos civilizados. Parece que la humanidad está continuamente solicitada por dos fuerzas contrarias, una de las cuales la hace progresar hácia lo bello, y la otra obligándola á retroceder, la lleva á su estado natural, la excita al desenvolvimiento de sus instintos primitivos.

«La instrucción, la educación, la religión, la filosofía, la civilización, ponen un freno es cierto, á todas las inclinaciones perversas de la humanidad y sobre todo á su inclinación sanguinaria. Pero esta ocasión no es más que temporal y paliativa; á la menor ocasión la naturaleza recobra sus derechos.

El instinto homicida es como un fuego, que oculto entre cenizas, no espera más que una chispa para estallar de nuevo.

En un capítulo sobre la destrucción violenta de la especie humana D. Maistre piensa, que se podrían reducir á leyes fijas las recrudescencias del furor homicida. Si se hubieran hecho, dice, tallas estadísticas de esas matanzas, como se han hecho estadísticas metereológicas, ¿quien sabe sino se descubriría su ley al cabo de algunos siglos de observación..?

Ahora bien; despues de lo dicho y reconocido ese instinto en la especie humana, es facilmente admisible, que puede perturbarse ó tomar un predominio é incremento exagerado en algunos individuos; pues bien, si esto puede suceder, he aquí esplicada la causa de las locuras impulsivas.

No me digais que son de difícil soloción judicial estos casos, que no es tanto cómo se cree.

La mayor parte de las veces, por los antecedentes, subsiguientes é historia del sugeto, por su falta de motivos é indiferencia de las personas á quienes ataca, por su impulsividad accesimal, y ausencia de remordimientos, en unión de los demas datos que la ciencia reúne, se distingue al sugeto criminal del loco que obra bajo el impulso de sus instintos sanguinarios, sin que la reflexión le permita contenerse apesar de su falta de delirio é incoherencia.





SOBRE EL HIPNOTISMO

Y

LA SUGESTIÓN.

Junto al veneno el antidoto, junto al placer del dolor, al pie de la trasgresión la enfermedad, el orden moral sirviendo de salvaguardia á la inteligencia para que esta no se estralimite, el castigo y el remordimiento de conciencia sirviendo de escudo al mundo moral, todo en el mundo encadenado por misteriosas relaciones: he aqui el concierto del Universo, aun en medio de las mas aparentes contradicciones: una gran flaqueza humana cual es el hipnotismo, unido por estrechas relaciones con la ciencia; esta misma flaqueza sirviendo de eficaz agente terapéutico en las dolencias del que sufre ¡qué contraste! ¡Qué designios en la Providencia! ¡Del fondo de un gran mal proporcionar un gran bien! ¡Porque mal y no pequeño es el hipnotismo en manos inmorales, porque bien y no pequeño es en manos morales y expertas!

Nuevos horizontes en la ciencia Médico-legal aparecen, tal vez tenebros, nuevos y luminosos horizontes se alzan á la vez en la ciencia terapéutica. Si el órden moral no trazara su órbita á la inteligencia en su veloz carrera ¿de que hubiera de valer al hombre progresar? Tanto mayores como fueran sus progresos, tanto más digno de lástima sería, porque con resortes ilimitados para el mal sus perversas concepciones y designios, en su ejecución no hallarán límite tampoco; pero no sucederá así, que si el hombre puede ser perverso, la humanidad no lo será, que quien trazó la órbita y el concierto de los astros, encargado está de trazar el concierto y la armonía que entre el mundo moral y el de la inteligencia debe haber, quien trazó el concierto del Universo, no permitirá que se altere el órden de los mundos. Por esto como luego veréis, el hipnotismo tiene colocado al pie del veneno el antídoto, que si con el abuso trae el mal, con el buen uso acarrea el bien.

Este es el órden del Universo: todo tener su regulador para establecerse el equilibrio.

Flaqueza y no pequeñía el hipnotismo, porque por procedimientos conocidos sumérge á la conciencia humana en el no ser, y á la inteligencia en tan oscura noche, que solo es alumbrada por la luz de la idea que el magnetizador le envía, quien por tan extraño medio la coloca á su disposición enteramente.

Abstraído el hipnotizado por completo del mundo exterior, y conservando en su cerebro la impresión del magnetizador que le durmió, queda por continuidad ideal pendiente de él, y extraño á toda clase de impresiones que las que este le sugiere, no pudiendo detener la corriente ner-

viosa que este le proyecta, y careciendo del poder refrenador de la conciencia, que le dán los centros corticales del cerebro, despliega sus energías en actos reflejos más ó menos complicados, porque perdida la dirección de su mente, solo funcionan las facultades imaginativas y los ganglios de la base del cerebro, que son los productores de tales movimientos inconscientes.

Nublada así la inteligencia, el magnetizador se impone de manera tan forzosa, que hará se reflejen sus mismas acciones y movimientos en el hipnotizado, pudiendo sugerirle las ideas mas estrañas, y haciéndole tener por realidades los conceptos puramente imaginarios, y cuyas ficticias realidades á pesar de toda su ilusión, al ser proyectadas al espacio por la corriente nerviosa del magnetizado, siguen las leyes de la física, sin que hasta la fecha podamos darnos cuenta de fenómenos tan estraños; así que, una lente achica ó agranda la visión imaginaria al paso que un prisma la duplica, y una pantalla interpuesta impide su aparición.

¿Existe algo de cierto acerca de la facultad adivinatoria del hipnotizado, ó de que su vista pueda penetrar hasta donde no llega ni un rayo de luz? Como algunos débiles cerebros creen esto á pies juntillos, solo puede concebirse por el amor que á lo maravilloso tienen ciertas gentes. Lo que existe de cierto en todo esto es que, abstraído por completo el hipnotizado del mundo exterior, posee una esquisita sensibilidad de sus sentidos, á la vez que son más eficaces sus recuerdos, así que, no es difícil recordar idiomas olvidados, pero nada de hablar lenguas estrañas, cosa que vemos en menor escala cuando cerrados los párpados y haciendo abs-

tracción de cuanto nos rodea, evocamos nuestras ideas; el oído y la vista adquieren un alcance extraordinario, pueden los ruidos más pequeños oírse á distancias desmedidas, y con muy escasa luz, los párpados ligeramete entreabiertos y aun con velos semi-transparentes, es facil leer; pero de esto á la funcionalidad de los sentidos, sin el agente que los excita, hay gran diferencia; de la evocación de recuerdos lejanos y antiguos á la creación de nuevas lenguas y adivinación de nuevos hechos, existe notable diferencia.

La visión sufre además otras alteraciones, pudiendo llegar hasta el estado de ceguera psíquica.

En el sentido del tacto se hallan notables diferencias; ya la sensibilidad está tan obtusa, que pueden practicarse sin dolor operaciones quirúrgicas, y ya es tan esquisita, que siente á gran distancia el soplo del magnetizador verificado á flor de piel, y si la exaltación de este sentido pudiera tener explicación por la misma causa que la de los anteriores, su abolición se explicaría de igual manera, y nos daría razón de la grande concentración de ánimo á consecuencia de la fijeza en una idea de un modo profundo, y mediante cuyo fenómeno se han verificado los hechos más asombrosos de la historia de la humanidad.

Los mártires sufriendo los martirios con entusiasmo y valentía, Arquímedes atravesado por la espada de un soldado en el asalto de Siracusa mientras se hallaba absorto en sus meditaciones geométricas, Muccio Escévola quemando su mano en un brasero durante la guerra de los etruscos para demostrar de lo que los suyos eran capaces, é intimidar por este medio á sus enemigos, Campanela martirizado horriblemente por sus doctrinas filosóficas, sin,

apenas dar muestra de sufrimiento, el militar bravo no sintiendo el dolor de sus heridas durante la fuerza del combate, y los héroes sin temor á los peligros de su vida ni á los abismos que se abren á sus plantas, ejemplos son de lo que puede la fuerza de una idea y las modificaciones que en la sensibilidad imprime, y de los medios de que la Providencia se vale para llevar á cabo sus designios, que aún explicado esto por medios naturales, no por ello es menos portentoso, que estos sirvan para salvar la humanidad y la ciencia en trances apurados, que como dice La Martine hablando de Juana de Arco á quien llaman algunos *ilusa «dichosa» alucinaciones que sirven para salvar á la humanidad»* y lo mismo podemos decir de las ideas en los cerebros fuertemente sugeridas.

Las facultades perceptivas ó magnativas estan tan excitadas, que á más de las alucinaciones que pueden sugerirsele, como proyección hacia afuera de las ideas y las imágenes cual si tuvieran realidad, la palabra perdiendo su valor abstracto toma tal animación, que aparece que se trasforma en sensación inmediata, mediante la que representa con precisión y evidencia el objeto cual si fuera real y verdadero, así que mencionada la palabra guerrero aparecerá este con todas las armas y formas de tal.

Las personas histéricas, nerviosas, de exaltada imaginación y las acostumbradas á la obediencia pasiva, son las más aptas para entrar en hipnotismo, así como todas las que tienen poco ejercitadas ó poco desenveltas las facultades reflexivas, y no están habituadas á discurrir por cuenta propia, porque para estos sugetos el resplandor de la conciencia está como extinguido, y someten sin violencia

sus acciones á la órbita trazada por otros de antemano, como pasa con los niños, con ciertos militares y creyentes y los que se dejan llevar por el influjo de las modas, cuyos sujetos adquieren cierto hábito de obrar por sugestión, que los predispone á ser hipnotizados facilmente.

Son varios los medios de que se dispone para entrar en hipnotismo; pero todos ellos en su finalidad han de tener por objeto el agotamiento de la sensibilidad, conseguido á expensas de excitaciones repetidas ó continuadas, á la vez que otros medios obran en parte por la vía sugestiva; por esto la fascinación perturba, los pases producen entorpecimiento, el terror paralizando la voluntad desenvuelve movimientos automáticos de imitación, el ruido monótono es causa de aturdimiento. La fijeza de la mirada en un objeto brillante, el extravismo convergente y el mandato de la oclusión palpebral, sugieren la idea del sueño, porque desarrollan fatiga y pesadez en los párpados.

Por cansancio de la visión se verifican ciertos éxtasis religiosos, como pasa con los devotos de la India por la contemplación de un punto imaginario del espacio, y con los Monges del Monte-Athos por la contemplación del ombligo, llamándose por esta causa ónfalo-psíquios; las mugeres bretonas duermen á sus hijos suspendiendo por encima de su cuna una bola brillante en la que fijan estos sus miradas, las mugeres sagradas de los germanos profetizaban despues de caer en hipnotismo mediante la mirada sobre los remolinos de los ríos, en el Indostan se admiten como profetas á los que se hipnotizan bajo la influencia de la música; el sonido prolongado y monótono del tamboril produce el hipnotismo extático en los árabes de cierta secta, y los vaivenes

prolongados de la cuna y á compas, lo mismo que los sonidos monótonos de el cántico de las nodrizas, sabida es la influencia que tienen para producir el sueño de los niños. Por el terror es por lo que paralizada la voluntad y con ella el vuelo de los pájaros, ciertos reptiles llegan á darles caza.

Pero para la sugestión es necesaria la fe; mediante ella no se exige al hipnotizador nada más que su palabra, no se exigen pruebas racionales en su apoyo, los órganos de la inteligencia del hipnotizado quedarán ociosos con esta condición, no reciben voz de alerta digámoslo así, y por este medio facilmente se sumen en el sueño; por esto las personas de carácter débil y acostumbradas á obedecer son las más apropósito para hipnotizarlas, asi como las más impresionables; por esto el niño y la muger en quienes además la reflexión toma menor desarrollo, son más hipnotizables.

Todos tenemos en mayor ó menor escala cierta aptitud sugestiva; la idea comunicada al cerebro, basta en ocasiones para realizar el movimiento correspondiente de una manera automática, y sin tomar la menor parte la voluntad, estando fundada en esto la historia de las mesas giratorias, porque cada individuo sin darse cuenta de ello, la imprime cierto movimiento, y de la suma de estos movimientos inconscientes, resulta el movimiento de la mesa.

Las ilusiones y alucinaciones, por simple afirmación estando despierto, que pueden sugerirse á un individuo habituado á sufrir estas prácticas, y mediante cuyo juego de imaginación fácilmente se trastornan sus facultades mentales; las sugestionés á largo plazo mediante las que puede hacerse cometer un acto criminal al hipnotizado en hora y

dia determinado; las alucinaciones retroactivas que pueden hacer que el mismo declare con toda seguridad y certeza lo que no ha visto, y la inconsciencia en que el sujeto permanece durante el sueño hipnótico, en el que pudiera hacerle firmar un documento que le perjudique, son problemas medico-legales á cual más interesantes, y en los que merece pararse la atención de los legisladores, para que á la vez que exigiéndose completa moral medica al hipnotizador, quede prohibida para los profanos una práctica, que pudiendo ser funesta y prestándose á abusos de consideración, puede acarrear inmensos daños, aparte de lo ofensivo que es á la dignidad humana y á la moral, siempre que no la guían humanitarios fines, como es la salud de nuestros semejantes.

Como el hipnotizado permanece en un estado de inconsciencia y sometido por completo á una influencia avasalladora, claro es que el hipnotizador que le subyoga de tal modo, ha de ser el responsable de los actos que cometa por haberselos él sugerido.

Habiendo colocado la naturaleza el antídoto junto al veneno, de ahí que la tendencia al sueño que manifiestan los sujetos hipnotizables, es combatida por sugestión, bastando para ello el simple mandato del hipnotizador; así como la tendencia sugestiva de estos individuos, mediante la que se hallan expuestos á ser hipnotizados por cualquiera que no sea su Médico, puede ser combatida por este asegurándole que nadie podrá dormirle más que él con un fin terapéutico.

El origen del hipnotismo se pierde en la noche de los tiempos, pues ya los amuletos y talismanes de la antigüedad, así como los milagros proféticos pronosticados por las

Pitonisas y Sibilas en sus delirios y en sus éxtasis, como muchos de los que se atribuyen á las antiguas religiones y ciertas curas milagrosas, reconocen este fundamento, aun cuando de él no se dieran cabal razón, siendo en este periodo místico explotado por toda clase de brujos, charlatanes, magos, hechiceros, adivinos é iluminados.

Las Sibilas de quien tanta mención se hace en la historia de la antigüedad, sabido es que para adivinar entraban antes en éxtasis mediante los vapores, que saliendo de una gruta, los recibían colocadas sobre un trípode, situado á la entrada de la misma; no siendo extraño á estas ceremonias el laurel cerezo, que parece tiene la propiedad de producir éxtasis delirantes, pues á la vez que recibían los vapores de la gruta, agitaban en su derredor ramos de dicha sustancia, ó masticaban hojas de la misma. Otros oráculos antes de profetizar respiraban el vapor exhalado por alguna fuente sagrada, que con la efervescencia producida en su salida agitaba las ramas del laurel cerezo.





EL TRASFORMISMO

Y

EL HOMBRE PIRMITIVO.

Sienta el trasformismo la proposición siguiente:

«Las razas humanas actuales descienden de razas animales intermedias que han desaparecido» y añaden á esto sus sectarios «que la hipótesis que hace proceder á todo el reino animal de un corto número de tipos, se funda en un conjunto de hechos importantes.»

Estos hechos que para mayor claridad trataremos de contestar, á continuación de anunciarse cada uno de por sí, son los siguientes:

1.º En la *anatomía filosófica*, que nos enseña que con los mismos materiales, variando su número, la forma, la disposición de las funciones, la potencia creadora produce animales pertenecientes á distintas clases.

A esto puede contestarse; que nada más frecuente en la naturaleza que hechos de esta índole, pues con muy pocos elementos, verifica esta, variando sus afinidades, su

colocación atomística y proporciones, grandes transformaciones, pues sabido es que, con oxígeno, hidrógeno, carbono y nitrógeno, forma toda la serie del reino vegetal; de manera que, el que se verifique el mismo fenómeno en el reino animal nada debe sorprendernos, pues siempre la sabiduría de la naturaleza ha consistido en formar todos los seres con la combinación ó con la agregación de pocos elementos.

2.º En la *embriogénica*, que nos enseña que en cada generación, el ser nuevo, creado con todas sus piezas, parte constantemente de los grados inferiores de la escala animal, aun cuando deba elevarse hasta la cumbre de esta; y desde el punto de partida al de llegada, sus diversos sistemas de órganos revisten transitoriamente caracteres, que otras formas zoológicas presentan de un modo permanente, de manera que, si este deteniéndose en su desarrollo, pudiera nacer á la vida de relación, presentaría todo el conjunto de los caracteres propios de animales de una especie muy diferente de aquella á que pertenece.

Cantestación: Tampoco de este hecho puede deducirse nada absoluto, porque el que una cosa más compleja, para llegar á serlo, haya pasado antes por las formas ó caracteres que tenía una más simple, no puede deducirse de aquí, que cada una no lleve en su potencia creadora un impulso que la haya de conducir al término graduado ya con anterioridad por el Autor de lo creado, aun cuando para ello haya de pasar su organización por idénticas formas que los seres inferiores, que siempre fué propiedad de la naturaleza, que lo complejo haya pasado antes por el estado de cosa más simple; porque aunque aquella es múltiple en sus hechos y sus manifestaciones, en sus leyes y en sus causas siem-

pre tienden á la unidad; pero jamás se vió, que lo que haya de tener un límite fijo lo traspase, porque si se sienta tal proposición, como la naturaleza no da saltos, según dijo el gran Lineo, y como por esta causa es muy difícil la separación de sus reinos en sus puntos confinantes, resultaría el absurdo más completo mediante el que, se nos intentaría hacer creer que el hombre habría tenido su origen de un mineral ó de una piedra, porque la misma razón hay para que un mineral pase á vegetal, y para que este se transforme en animal, que para que el animal irracional se transforme en hombre, y aun para este último caso existe un abismo mayor que saltar, que es el de la conciencia, que el animal no puede jamás salvar.

3.º En la *Teratología*, ó ciencia de los anomalías de la organización, que nos demuestra como bajo la influencia de ciertas condiciones, el ser en vías de formación, puede apartarse del camino que sigue ordinariamente y revestir caracteres nuevos; como esta desviación se opera con arreglo á las leyes que presiden á la producción del estado llamado normal, de manera que nos dá en parte la clave de esta; y como en fin los caracteres así adquiridos pueden ser transmisibles por la vía de la generación.

Contestación: Este hecho no puede probar más, que los seres orgánicos colocados en las diversas condiciones, pueden adquirir diversos caracteres y transmitirlos á sus descendientes, sin faltar á las leyes de la organización, cosa que nadie ha negado, pero que dista mucho de probar que, las diversas condiciones climatológicas ó de otra índole puedan hacer que un irracional sea capaz de pasar del estado de tal, porque aunque un ser en vía de formación, me-

diante diversas influencias, pueda apartarse del camino que ordinariamente sigue en su evolución, y revestir caracteres nuevos, estos serán siempre de un orden relacionado con el suyo y no con otro orden distinto, y sinó observad los hechos de *Teratología* y lo vereis confirmado.

4.º En la *série zoológica* enriquecida en estos últimos tiempos con tan gran número de animales de transición, y en la que hormigean actualmente los ejemplos de especies polimorfos y los casos de generación alternante.

Contestación: aun cuando esto fuere cierto ocurre una observación, y es que todas las transiciones de la escala animal no podrían probar jamás la del animal á hombre, porque aquí existen inmensos saltos, cuales son el de la conciencia, el de la inmortalidad y el de la ley de la moral.

5.º Y por fin la *Paleontología* que multiplica el número de los animales que toman sus caracteres de distintos géneros de la naturaleza actual.»

Contestación: Esto no puede probar otra cosa sinó que hubo diversas especies animales ó vegetales, que han desaparecido por haber desaparecido tambien las condiciones de su organización, toda vez que nuestro planeta ha podido variar en su estado térmico: pero no prueba nada acerca de las transiciones de un orden ó especie de seres irracionales á otro orden ó especie de seres racionales.

Por lo que hace á la Antropología dicen tambien los trasformistas «El examen del cráneo confirma la hipótesis de que, nuestras razas civilizadas descienden de las razas animales más próximas» Para sostener esto se fundan en el hecho de que, á mayor ángulo facial corresponde más inteligencia y por ende mayor masa cerebral; y en que ha

biéndose reunido tres clases de cráneos, cada una de ellas compuesta de más de cien ejemplares, se vió que la más antigua compuesta de cráneos anteriores al siglo 12, la segunda anterior al siglo 18 y la 3.^a de principios del siglo 19, midiendo la curva cefálica antero-posterior que ocupa el hueso frontal, se ve que esta curva subtiende un arco de 55° antes del siglo 12, de 56° antes del 18, y de muy cerca del 58° en el siglo 19, y que este mismo cráneo no tiene más que 54° en el negro africano, y solo 45° á 50° en los australianos; de manera que la abertura de este ángulo frontal medida en varios tipos humanos, se halla en relación con la relativa elevación de estos tipos; no solo entre nosotros la reducción de este cráneo caracteriza un ser abyecto, sinó que aun entre nosotros su anchura crece con la civilización.»

Ya podeis comprender que de esto último no puede desprenderse el principio, de que nuestras razas civilizadas descienden de las razas animales más próximas; esto último no probaría más que el desarrollo cefálico puede hallarse modificado por diversas condiciones, ya de índole física como pasa con los cretinos y albinos, ya de índole intelectual; y como la funcionalidad del cerebro tiene por objeto el orden intelectual mediante el influjo del alma, de la que aquel órgano es un instrumento, y como todo órgano que no funciona ó lo hace de un modo incompleto, llega á un estado mayor ó menor de atrofia, ó no se desarrolla debidamente, de ahí que, los salvajes faltos de condiciones sociales cultas á más del influjo de la herencia y con escasa actividad mental, tengan poco desarrollo de aquellos órganos encargados de la funcionalidad mental, porque sabido es que el trabajo aumenta el volumen de los órganos; de modo que aqui

creo que se ha verificado algo de aquello «*del post hoc, ergo propter hoc,*» y se ha confundido la verdadera relación de causalidad de las cosas, y aunque en país civilizado, el salvaje no adquiriese alto grado de cultura, no debe perderse de vista el influjo hereditario que lleva consigo.

Por lo que hace á los cráneos de los antedichos siglos puede ponerse el mismo argumento, siendo de notar que, en este caso se habla de cráneos anteriores el siglo 12. Yo supongo que se querrá decir de cráneos comprendidos entre el siglo 12.º y el 5.º en que ocurrió la venida de los bárbaros del Norte, que de ser anteriores habría contradicción, por que los siglos anteriores al 5.º por lo que hace á su parte material, fueron inmensamente más civilizados que los siglos de la edad media.

Pero para que se vea que tampoco puede darse un carácter tan absoluto á los hechos antropológicos, debe recordarse, que Tiedemann ha escrito una memoria sobre el cerebro del negro comparado con el del europeo, afirmando en ella que á pesar de la diferencia del ángulo facial, no hay ninguna en la estructura interior de aquél; y habiendo medido un gran número de cráneos de la mayor parte de razas, resulta de sus investigaciones que, muchos de los pueblos más bárbaros tienen el cerebro igualmente desarrollado que los europeos.

Aun suponiendo que las observaciones confirmen la proporción del ángulo facial con la inteligencia, de esto no puede inferirse que el alma no es distinta del cerebro, porque la mayor perfección del órgano solo sería la mayor perfección del instrumento; pero no le quitaría á este su esencia ó naturaleza.

Al tratar de esta cuestión del ángulo facial relacionado con el cerebro, nuestro insigne y malogrado compatriota Balmes dice: Nadie niega que haya diferencias entre la organización humana y la de los brutos; pero á primera vista, y prescindiendo de estas comparaciones ocurre la consideración gravísima que resuelve la cuestión. La diferencia del hombre al bruto ¿está en proporción de las diferencias orgánicas?

Comparad el cerebro de Platon, de Aristóteles, de San Agustín, de Bossuet, de Leibnitz, de Newton en su volumen y peso, con el de un bruto cualquiera, y pregunto aunque sea la proporción como 4, como 10, como 100, como 1,000,000 si se quiere á 1, ¿dará esto la medida de la diferencia de las inteligencias entre esos hombres y el bruto?»

Pero puede hacerse este otro argumento á los darwinistas; ó negais el orden moral ó no. Si lo negais, entonces podéis dar á vuestras evoluciones orgánicas todos los giros que quiera vuestra fantasía; todo entonces podrá ser hipotéticamente admisible; pero yo oigo la voz de la humanidad que os dice muy alto «es que si eso es cierto no puedo vivir» y yo me vería precisado á recordaros el dicho de Cicerón, «de que no hay absurdo que no haya dicho un filósofo» y más fáciles que se engañen pocos hombres que la humanidad entera, en aquellas verdades que son el común sentir; pero oigo que esta insiste diciendoo, «modificad vuestras teorías que sin el orden moral no puedo vivir, y esto no puede ser peculiar de la materia ni adquirirse por medio de evoluciones orgánicas.»

Si concedéis el orden moral, ya os habeis puesto en discordia con vuestras ideas; porque este no puede pro-

ducirlo la materia, ni la evolución del organismo por sí solo; es así que el orden moral requiere para su establecimiento otra cosa que no es la materia, luego está en sus evoluciones, por progresivas que se las supongan, jamás podrá producirlo; de modo que tenemos otra cosa más que es la base de la conciencia, y esta cosa llámese alma ó como se quiera, no puede producirla jamás la materia con sus evoluciones, porque es de índole distinta, y la materia no puede producir más que materia, porque en la naturaleza si nada puede engendrar más que su semejante, con mas motivo no podrá engendrar aquello que se sale de la esfera puramente material.

Las ciencias deben hermanarse amigablemente, y las verdades de un orden cualquiera, no deben estar en contradicción con las de otro, porque de lo contrario, aquellas no adelantarían un paso, y las sociedades lejos de progresar sufrirían rudos choques que ocasionan su destrucción.

No debe el espíritu humano huir tan desmedidamente de un extremo á otro, que si en los antiguos tiempos se daba demasiada importancia á las lucubraciones filosóficas, entiende que en los nuestros el desmedido naturalismo tampoco deja de producir graves errores, que propiedad fue del espíritu humano incurrir en exageraciones siempre que se ha apasionado de una idea, ó se ha apartado desmedidamente del primitivo punto de partida, siendo esto causa de lamentable divorcio entre ciencias que debieran ayudarse mutuamente, que no progresan las ciencias destruyendo los principios sancionados por la humanidad, sino hermanándose con ellos y ensanchando el horizonte de de sus grandes relaciones.

Esto por lo que hace á las objeciones que pueden hacerse al trasformismo ó derwinismo.



Por lo que hace á la cuestión del hombre salvaje primitivo con la anterior tan relacionada, diré, que ni los hechos, ni la razón, ni las ciencias vienen en apoyo de tal opinión.

Los hechos demuestran que, los salvajes hábidos ó existentes en cualquier país, jamás han salido de tan lamentable estado por si solos, y sin la influencia civilizadora de otros pueblos.

Sabido es por hechos experimentales, lo que cuenta Herodoto, del Rey de Egipto; que deseando este Rey averiguar cual era la nación más antigüa, se propuso llevar á cabo su propósito buscando la lengua primitiva; para lo que se tomaron dos niños que le fueron entregados á un pastor, mandándole que los tuviera en completo aislamiento, y sin permitir que nadie pronunciara en su presencia una palabra; y estos niños despues de dos años, solo pudieron pronunciar la palabra *becos*, que sin duda recordaba el baido de las cabras.

La historia de la sociedad de Jesus cuenta que un Emperador Mogól, queriendo descubrir cual era la religión natural, practicó una cosa análoga con 30 niños, los que despues de 5 años no sabían pronunciar una palabra, pareciendo bestias por su embrutecimiento. De estos hechos y otros análogos de niños que se han visto abandonados en los bosques, resulta probado, que el hombre para el

desarrollo de sus facultades intelectuales, necesita estar en comunicación con sus semejantes; pero no basta una comunicación cualquiera, sino la comunicación por la palabra, por que además de hechos que lo atestiguan, los Profesores de sordo-mudos declaran que antes de la enseñanza, el sordo-mudo desconoce las verdades metafísicas, quedando probado con esto, que el hombre ha nacido para vivir en sociedad, porque de otro modo sus facultades intelectuales quedarían nulas, ó tan adormecidas, que apenas darían muestras de su existencia, siendo evidente, que el hombre no puede haber sido creado para un estado, en el que sus más nobles facultades no pueden desplegarse.

Por este solo hecho ya demuestra la filosofía, que el estado natural del hombre es el estado social; pero además es sabido que existe en el hombre el instinto de asociación, y por tanto su estado primitivo de vida solitaria ó salvaje resulta un absurdo, porque el hombre siempre ha tendido al cumplimiento de los impulsos que le dan sus naturales instintos; así que solo encontraréis en estado solitario á los santones de la India y á los marabutos del Africa, y en otro tiempo á los anacoretas por creer que refrenando sus instintos naturales se harían más gratos á los ojos de Dios; por esto marchan acordes en esta cuestión la filosofía y la historia, pues el hombre primero tuvo que buscar á la mujer su necesaria y natural compañera, y despues ha tenido que sostener relaciones de amistad ó parentesco con sus semejantes, porque el hombre en su fondo es y ha sido siempre el mismo.

Esto que la filosofía presume, la historia lo confirma.

Remontaos tal alto como queráis en la historia de los

pueblos de la tierra, y siempre hallaréis á los hombres reunidos en familias, tribus, hordas, rancherías, naciones, y descubriréis en ellos siempre las mismas aptitudes industriales, artísticas y científicas en lo fundamental, aunque sean variadas en sus formas ó manera de ejercerse. Por esto las ciudades de Élida, de Dodona, la de Cetim y de Tharsis, los campos Elisos, y el río Eliseo traen su nombre de Eliza, Cetim, Tharsis y Dodonim, cuyos nombres son los de los cuatro hijos de Jon ó Jaban, y por consiguiente de los cuatro jefes naturales de las principales tribus de los griegos, y por esto dice la Biblia que en los primitivos tiempos Cain era labrador, Abel pastor, Jubal músico, Tubalcain herrero, Noemia hilaba la lana, y Noe plantó una viña y construyó el arca que Dios le ordenó para preservarse del diluvio. También nos dice que hubo médicos en los tiempos primitivos, pues cuando murió Jacob padre de José dice el Génesis «arrojose José sobre el rostro de su padre bañándole en lágrimas y besándole, y mandó despues á los médicos que tenía á su servicio, que embalsamaran el cuerpo, los cuales en ejecución de lo mandado gastaron cuarenta días, que tal era costumbre de embalsamar los cadáveres» y cuando José los tenía á su servicio y como formando una facultad de la Real casa, ya se puede presumir la antigüedad que tendría la medicina; y que sería muchos siglos anterior á la venida de Hipócrates y de los Asdepiades de Egipto, según supone en la historia de aquella ciencia, porque en varios capítulos del Eclesiástico se encuentra una legislación acerca de los médicos y la medicina.

El acto de cubrir con una capa los hijos de Noe á este cuando embriagado se quedó dormido y desnudo, de lo que

da cuenta también la Biblia, revela bastante elevación de cultura moral.

Ved ahora lo que dicen algunos autores y que se relaciona con el asunto que ventilamos. El abate Moigno dice «si se quiere disputar á las generaciones antediluvianas el poder de construir bajo la dirección de Noe un buque de dimensiones colosales y se encuentra que, los cien años consagrados para construir su obra eran insuficientes, recordaremos lo que ya tenemos dicho, que las ciencias y las artes antediluvianas estaban incomparablemente más adelantadas de lo que suponen los partidarios del progreso continuo, que el mundo primitivo estaba en posesión del hierro y del bronce, que sabía trabajar estas materias en muy vasta escala, y que se habían edificado ya ciudades, resultando de aquí un fuerte argumento contra las tres edades de piedra, bronce y hierro porque se quiere suponer atravesó la humanidad.»

Lamartine en su viaje á Oriente dice: «al pie de las ruinas de Balbeck tan célebre por sus monumentos de arquitectura, que se remontan precisamente á la edad de Noe, pudimos medir las piedras ciclópeas que forman el pedestal del monumento. Este pedestal tiene 30 pies próximamente sobre la llanura de Balbeck; está construido de piedras cuyas dimensiones son de tal manera prodigiosas, que sinó estuviera atestiguado por viajeros dignos de fé, la imaginación de los hombres actuales quedaría abrumada bajo el peso de la inverosimilitud. La imaginación de los mismos árabes, testigos diarios de estas maravillas no las atribuye al poder del hombre, sino al de los genios ó potestades sobrenaturales. Cuando uno considera que estas

pedras de granito tallado tienen hasta 156 pies de largo por 15 ó 16 de ancho, y que esas másas enormes están elevadas unas sobre otras á 20 ó 30 pies del suelo, que se han sacado de canteras lejanas, traídas allá y levantando á tan grande altura para formar el pavimento de los templos, retrocede uno ante tal prueba de las fuerzas humanas; la ciencia de nuestra época no tiene nada que lo explique, y no debe sorprender, que se necesite entonces acudir á lo sobrenatural.

«Estas maravillas no son evidentemente de la fecha de los templos; eran misterios para los antiguos como para nosotros, son de una época desconocida, quizás antediluviana; es muy verosímil han llevado muchos templos consagrados á cultos sucesivos y diversos. A simple vista se reconocen cinco ó seis generaciones de monumentos pertenecientes á épocas diversas sobre la colina de las ruinas de Balbeck. *Creese que estas piedras gigantescas han sido removidas ya por las razas de los hombres que todas las historias primitivas llaman gigantes, ya por los hombres antediluvianos.* Asegurase que no lejos de allí, en un valle del Anti-Libano se descubren osamentas humanas de inmensa grandeza. Las tradiciones orientales y el mismo monumento levantado sobre la llamada tumba de Noe á poca distancia de Balbeck, señalan ésta mansión del patriarca.

«Los primeros hombres salidos de él pudieron conservar mucho tiempo todavía la talla y las fuerzas que tenía la humanidad antes de la sumersión total ó parcial del globo; estos monumentos pueden ser obra suya. Aun suponiendo que la raza humana no haya medido jamás sus

proporciones actuales, pueden haber cambiado las de la inteligencia humana ¿quien nos dice que esta inteligencia más joven no hubiera inventado procedimientos necesarios más perfectos para remover como un grano de polvo esas moles que un ejército de cien mil hombres no comovería ahora? Sea como quiera algunas de las piedras de Balbeck que miden hasta 62 pies de longitud y 20 de anchura por 15 de espesor, son las más prodigiosas moles que jamás haya removido la humanidad, Las piedras más grandes de las pirámides no exceden de 18 pies de longitud.»

Escuchad ahora lo que dice Thorel el abate tratando de la vida salvaje del hombre primitivo.

«No fue su estado primitivo porque más de dos mil años antes que hubiera salvajes en Grecia, nos presenta la historia á Cain labrando la tierra y á los hijos de Noe haciendo lo mismo despues del diluvio. No fue su estado natural porque la naturaleza misma nos advierte, que habiendo sido hechos todos los bienes para el hombre, fueron estos criados esencialmente con él, y él con ellos mucho antes que pudiese haber griegos. Tampoco fue su estado universal, porque la historia de acuerdo con la razón nos hace ver á á los Asirios, los Egipcios, los Cananeos y todos los pueblos primitivos que salen de Mesopotamia perfectamente civilizados y provistos llevando consigo trigo y toda especie de bienes; y que se extienden por el Asia, el Africa y todas las tierras antiguas, en las que no hubo jamás verdaderos salvajes.

«La vida salvaje es un estado accidental, particular y muy posterior al origen de los cuerpos civiles, en el que cayeron los griegos como los americanos, y algunos seres

desgraciados que separados de las sociedades primitivas por la tempestad ú otros accidentes imprevistos se vieron sumergidos en la más profunda miseria. ¿Que se diria (dice un filósofo sensato) del que viendo una aveja extraviada y perdida en los desiertos, pretendiese que era este su *estado normal* y que las avejas que se reunen en el corcho y viven en sociedad se hallan en un estado contrario á la naturaleza?

«El afirmar que porque los griegos y los americanos comenzaron por el estado salvaje debieron estar millones de años en aquel mismo estado, es otro terror que desmienten todos los hechos. Luego que fueron descubiertos los miserables habitantes de la Grecia, les llevaron trigo los Phenicios y les transmitieron sus leyes y sus artes los Egipcios, pasando despues todos estos bienes de la Grecia á la Europa entera.

«Es verdad que America separada de las demás sociedades por mares inmensos debió permanecer más tiempo en este estado de desnudez. Sin embargo luego que fue descubierta se trasportó allí trigo y ganados, nueva prueba de que los había en otra parte »

Cuando se contempla con la imaginación los colosales monumentos de Balbeck, que sus gigantescas moles sostuvieran; cuando recuerda uno las opulentas ciudades de Ninive y Babilonia, y el magnífico templo de Salomón, y el fastuoso lujo de los imperios orientales, y el famos lago de Meroe construido en tiempo del gran Sesostris en Egipto; cuando recuerda uno de estátuas gigantescas como la del coloso de Rodas, y poemas como el del ciego de Chio, allá en la Grecia, que hasta hoy ha inmortalizado su nombre; y

que muchas de nuestras modernas obras se inspiran para ser bellas en los modelos de esos pueblos, que se pierden entre el polvo de sus sepulcros; no puede uno menos de pararse á meditar y pensar, que este inmenso grado de cultura material no podía ser obra de generaciones que hubieran salido por si solas de su estado salvaje primitivo.

Epilogo. La Embriología sentando hipótesis que pueden contestarse; la Antropología no demostrando aun nada decisivo y absoluto acerca de la cuestión que nos ocupa, la Historia patentizando la antigüedad de la civilización de los pueblos orientales y el culto y relaciones del pueblo hebreo con el Dios de Abraam y de Jacob; la Filosofía alumbrando los inmensos abismos de la conciencia y de la inmortalidad, que separa las razas animales del hombre, porque sin la inmortalidad las generaciones serian juguetes del destino colocados nada más que para penar en esta vida, síntesis de todas las contradicciones, donde buscando el placer solo encuentra el dolor, donde anhelando la luz solo hay confusas nieblas, donde con ansias de vida solo aparece el no ser; y sin que halle sanción la ley del premio y del castigo, que sostiene el equilibrio del mundo moral; y porque sin la inmortalidad el progreso de los pueblos no seria más que un abismo sin fondo en el que, fatalmente estos habrían de sumergirse, ya que la historia de aquél es acosta de catástrofes tremendas que no compensan los humanos adelantos; la razón poniendo de relieve el instinto de sociabilidad humana demostrado por la historia, porque sin él no podría vivirse, dada nuestra natural debilidad; y demostrando que no puede haber sido creado el hombre para un estado en el que sus más nobles facultades no

pueden desplegarse; la Lingüística y la Etnografía atestiguan por medio de los Humbolt, Klaproth, Herder, Abel, Remusat y Balbi que todas las lenguas tienen un origen ó tronco común, habiéndose sucedido tanto dialecto distinto efecto de una causa violenta y repentina, como fue la confusión de las lenguas cuando la construcción de la torre de Babel en los campos del Senár, y declarando que apesar del análisis de las lenguas nada esencial y característico ha podido añadirse en el trascurso de los siglos, y que el lenguaje ha sido necesario para inventar el language, porque su invento honraría al más eminente ingenio; la Fisiología negando con demostraciones por medio de los Pasteur la generación espontánea de los seres; La Física sentando como ley que todo trabajo ó movimiento se transforma en calor y este en fuerza, y sacando como necesaria consecuencia que el Unirverso se acercaría de día en día á un estado de equilibrio final de temperatura, en el que sería imposible toda nueva transformación, porque los elementos se disolverían por el fuego; la Arqueología demostrando con sus descubrimientos en Egipto y en la Asiria, por medio de los Smit. la antigüedad de la historia del pueblo escogido; la ciencia prehistórica demostrando por medio de los Wirchow, que ninguno de los tipos fósiles humanos ofrece caracter evidente de un desarrollo inferior, y de los Kerviler confesando que la cronología de las capas geológicas es inexacta, y sujeta á grandes errores, y los Marlot, Fraas, Arcelin, Forel y Ferriy, que sostienen que la antropología no confirma la opinión del hombre mono, sinó que los hombres prehistóricos en todo son iguales á los históricos actualmente vivientes; y los Vilanovas que afirman que las especies no

principian por esbozos ó primeros delineamientos de las mismas, sinó que de repente se presentan con la misma perfección que han de tener en lo sucesivo; y el no haber acuerdo entre los geólogos respecto de la división y orden cronológico de las épocas ó edades de piedra bronce y hierro; el no admitir estos simultáneamente la edad de piedra para todos los paises, y el no haber definido aun la ciencia si la edad de piedra es principio de cultura ó más bien de decadencia; y los Pozzy diciendo que las edades de piedra, del bronce y del hierro jamás han sido sucesivas sinó alguna veces simultáneas; y por último el dictamen de Lapparent que dice; que en ninguna parte mejor que en los islotes de coral completamente separados de la civilización, es donde las teorías del trasformismo debieran hallar su demostración, vistiéndose de plantas y poblándose de animales, despues de haberse trasformado la piedra, y sosteniéndose él y Thorel con una infinidad de razones, que el estado salvaje natural lejos de ser punto de partida y camino hácia un estado más perfecto, es por el contrario muestra de decadencia, y prueba de ruptura ocurrida entre él y algún centro de origen; todo esto, hace que no puedan aceptarse las hipótesis del trasformismo, ni del hombre salvaje primitivo.





LA CIENCIA Y EL VERDADERO PROGRESO DE LOS PUEBLOS.

Una tendencia enciclopédica en los espíritus, una simultaneidad de todas las facultades del hombre en conjunto, pero teniendo por objeto el conocimiento de si mismo y de la sociedad, un vértigo que parece le incita al saber, avivando desmedidamente su deseo, é impulsándolo en todas direcciones; he aquí lo que caracteriza el giro científico del siglo XIX; pero en medio de este uniforme conjunto y de esta marcha al parecer acordes del pensamiento, de esta simultaneidad de facultades, divisánse notables diferencias y rivalidades entre los hombres que marchan ó intentan marchar á la vanguardia de la falange científica. Los unos, en quienes predominan las antiguas ideas, quieren marchar con paso lento y reposado, y se distinguen por la fijeza de sus principios, más arraigadas creencias religiosas y solidez de sus máximas morales; los otros se caracterizan por la movilidad de los principios,

el predominio de los intereses materiales y el gusto por todo aquello que afecta deslumbra y oscurece los sentidos; los unos queriendo el progreso sin separarse de las leyes inmutables, los otros rompiendo con lo existente; he aquí las opuestas tendencias de la ciencia, traducidas en opuestas tendencias sociales también ¿Quién llevará la razón? Todos y ninguno, todos aciertan en parte y todos en parte se equivocan también; les pasa lo mismo que á los frenópatas y metafísicos.

¿No habrá medio de conciliar ambos bandos? Y es una necesidad que se unan, no para extinguir rencores, sino para el mejoramiento social, porque de otro modo los esfuerzos de los unos habrían de quedar anulados por los esfuerzos de los otros, y lo bueno de una parte, desprestigiado por los tiros de otra parte.

Claro es que al progreso material hay que darle lo que es suyo, y no desprestigiar sus adelantos, que podrían prestar grandes ventajas á la sociedad, pero es menester que los individuos de este bando no se desvanezcan con aquellos, y que sepan, que no todo la sociedad á ellos se lo debe, ni á ellos ha de debersele tan solo. Cuando el vértigo del orgullo desvanece al hombre, se cree suficiente para todo por sí solo y tanto mayor sea la subida hácia la cumbre, tanto más temible es la caída.

¿Pues que, ha de consistir el verdadero progreso de los Pueblos en los adelantos materiales, y desligarse por completo de sus relaciones con el Creador? ¿Ha de consistir el verdadero progreso en ignorar el hombre su origen y destino? ¿Podeis llamar verdadero progreso á ese divorcio que quereis entablar entre la moral y las ciencias? ¿Han de mar.

char por ventura en la desarmonía más completa el mundo moral y el mundo de la inteligencia? ¿Estuvieron por ventura reñidas alguna vez la moral y las ciencias? ¿No fue la religión, fundamento de la moral, la que iluminó á los Pueblos ofuscados por las nieblas del gentilismo y alumbró la tempestuosa noche de la barbarie? ¿Así le queréis pagar los favores de que le sois deudadores? Tal como es vuestro desvío, es vuestra ofuscación, y tanto como os falte su luz, otro tanto se sumergirá la sociedad en abismos tenebrosos, que así castiga la Providencia las faltas que contra ellos se cometen.

¿No precedieron los conocimientos morales á las ciencias experimentales? Escuchad á este propósito lo que dice un profundo pensador: «Cuan caro le han costado al hombre las ciencias naturales! Él tuvo la culpa, porque Dios lo había suficientemente preservado; pero el orgullo ha prestado oídos á la serpiente, y el hombre ha puesto otra vez su mano criminal en el árbol de la ciencia. Mirad una hermosa ley de la Providencia. Cuando toda la Europa fue cristiana, cuando los sacerdotes fueron los instructores morales, cuando todos los establecimientos de Europa se cristianizaron, cuando la Teología tomó su puesto á la cabeza de la enseñanza, y las otras facultades se fueron colocando á su alrededor como damas de honor en torno de su soberana, estando así preparado el género humano, se le dieron las ciencias naturales.

La ignorancia de esta gran verdad ha sido causa de que se extravien muy buenos talentos sin exceptuar á Bacon y aun principiando por él.»

Las ciencias exactas jamás alcanzarán la elevación

que debén, si se las aísla del mundo moral, sí en ellas se prescinde de sus armonías, y si el conocimiento de las leyes que las rigen ó presiden, no ha de servir para elevar el alma del hombre al centro y origen de toda luz y toda ciencia, que por esto las ciencias morales dan cierto sabor de convicción á las ciencias físicas; y por esto se ha dicho que la mucha filosofía conduce á la Religión, por esto llamaba Newton á Dios el gran geómetra, por esto Pascal Leibnitz y Malebranche en lenguaje de inspiración cuentan, que en la Naturaleza, por todas partes encuentran al Omnipotente, y por esto el insigne Cantor de los mártires encontró las bellezas de la religión inspirado en la Naturaleza virgen de la América. Pero si en las ciencias exactas prescindis de estas relaciones, os pasará lo que al que analiza una máquina descompuesta, que jamás, por más que la analize pieza á pieza, podrá comprender su mecanismo en su totalidad. No, entonces no habreis comprendido el verdadero objeto y grandeza de las ciencias.

¿Ha de consistir por ventura el verdadero progreso en la estabilidad que los unos quieren, ó en el vivo deseo de avance de los otros? Ni lo uno ni lo otro; el progreso sigue su curso y lo seguirá; pero es preciso que marche con paso firme, y que despojado de los malos elementos que lo envuelven, sean estos sustituidos por los que en su vertiginosa carrera ha abandonado.

El progreso no es la estabilidad; tampoco es el movimiento por si solo; el verdadero progreso ha de consistir en el movimiento combinado con la estabilidad, y en la estabilidad asociada al movimiento; que tambien en el mundo planetario, su natural curso, su progreso, consiste

en la estabilidad de sus leyes asociada á su continuo movimiento; movimiento en la estabilidad, estabilidad en el movimiento; he aquí el progreso; todo marchando, pero teniendo á la vez su reregulador, porque de otro modo la marcha no sería progresiva, sino verdadero desorden ó desquiciamiento. Si en la Sociedad los adelantos de las ciencias con sus vertiginosos movimientos prescinden de su regulador la ley moral ¿qué sucederá? El mayor desquiciamiento: que cuanto más en posesión el hombre esté de aquellos, tanto más podrá abusar de sus semejantes. La ciencia en manos perversas y escudada por las leyes ¿habeis meditado de lo que sería capaz?

Por otra parte el orden moral, por sí solo, haría inútiles los adelantos de las ciencias, cosa que ni entró en las miras de Dios, ni debemos despreciar los dones con que nos colmó, ya que además su profundo conocimiento nos da idea de su grandeza.

Quien por conformarse solo al orden moral, viese con malos ojos el progreso científico, se parecería á aquel enfermo, que despreciara los medicamentos con pretexto de someter su salud á los designios de Dios. Este ha permitido las cosas en el mundo, y si nos dotó de entendimiento, es para que de ellas hagamos el prudente uso que requieren para nuestro beneficio.

De modo que el verdadero progreso tampoco ha de consistir en prescindir de los adelantos de las ciencias.

Unid á la gran movilidad del estudio de las ciencias la estabilidad de las leyes del orden moral; asociad al mundo de la inteligencia el mundo moral su regulador, y ahí teneis el verdadero progreso de los Pueblos y cesará la lucha entre bandos que proponiéndose un mismo fin, han errado los

caminos; que no ha de consistir el progreso en establecer á cada paso nuevas bases ó principios, sino en agrandar el horizonte de los anteriormente conocidos, y extender el círculo de sus estrechas relaciones; de otro modo edificais destruyendo; y si en la esfera de las ciencias el hombre por sí solo poco ó nada alcanza, sino cuenta con las luces y adelantos de sus antecesores, en el horizonte del progreso, marcharíamos á oscuras sin la luz de los principios anteriormente establecidos.

Cese de una vez por una parte el orgullo que desvanece, y por la otra cese toda animadversión hácia el contrario bando, y tal vez uno y otro lleguen á entenderse, que la experiencia con sus tristes lecciones claro muestra en este siglo, que si la estabilidad no es el progreso, tampoco el desprecio á lo establecido y el orgullo á el conducen, porque este cegando las fuentes de la verdad, ha cegado las del bien, y el hombre no vió por esta causa lo que había alrededor de sí, y por todo ello la ciencia se vio acompañada de un triste séquito de egoísmo, de despecho y de miseria desesperante con todas sus horrosas consecuencias, que la hará retroceder espantada en busca de la luz que debiera alumbrar sus pasos, y que por su culpa perdió.

Las naciones no han perecido jamás por falta de saber sino por falta de moralidad, porque las buenas costumbres son el alma de las sociedades.

Es necesario que la nueva generación entre en un profundo examen de la verdadera naturaleza de las cosas y del verdadero valor de las palabras, que no confunda su significado, y no se fije solamente en aquello que hiera á la imaginación por su gran bulto ó esplendor, porque acep-

tados los hechos de este modo, se trueca el verdadero valor de las cosas, se les dá una importancia inmerecida, siendo esto causa de trastornos como los que presenciamos en nuestras modernas sociedades, y sepa de una vez para siempre, que el espíritu como inmortal no debe someterse á la materia, sino más bien esta ser su esclava por ser así los designios del Creador, y porque al vuelo del pensamiento es pequeño dique la materia, y el hombre resulta de este modo más ennoblecido; porque si se destierran los principios morales, y se las sustituye por miras de otra índole, con todas las ciencias é industrias, jamás podría existir ni gobernarse el mundo.

Pero la generación presente al igual que la venidera flaquean por su base el suprimir en la juventud la educación religiosa, que sentando de un modo firme los principios de certidumbre en su inteligencia, la privaría de caer en el nihilismo ó escepticismo, además de engrandecer su alma, porque todo lo que ha de inspirarse en los principios de caridad, y tenga por fin y objeto al Creador, claro es que ha de contribuir á engrandecerla, reflejándose este beneficio sobre sus semejantes, porque como dice un filósofo «á una ruina sucede otra ruina, adonde falta la pureza desaparece la piedad, y donde no hay fé desaparece el respecto» que cuando el hombre busca en otras regiones que no sea su alma ó su corazón el goce, inevitablemente cae en las regiones del egoísmo, y el alma enervada por el vicio, ni energía tiene para rehacerse contra él; sus fuerzas ya son impotentes para ello, y como lo que se funda en lo humano ha de ser naturalmente débil y dominado fácilmente por el vicio, de ahí que sin el auxilio de una educación religiosa,

el jóven caerá fácilmente en profundos precipicios, de los que imposible le habrá de ser salir; y por esto dice un célebre escritor que «Los jóvenes corrompidos en edad temprana son inhumanos y crueles. La impetuosidad de su temperamento los hace mal sufridos, vengativos y propensos á enfurecerse. Embargada la imaginación por un solo objeto, sustráese á todo lo que él no sea, no conoce la compasión ni la misericordia, por satisfacer el menor de sus caprichos sacrificaría á su Padre, á su Madre y al mundo entero, siendo por el contrario cariñosos y humildes los que se educan en opuestas condiciones.»

Cuando las generaciones llevadas del vértigo de la impiedad desconocen las ventajas de la religión y la desprecian, atacan al respeto en sus fuentes, y nada puede ya ser para ellas digno de veneración y acatamiento, y entonces sucede, que inhábiles para conocer lo grande, y propagado por todas partes el desprecio, se degradan, y por su envilecimiento son incapaces de la elevación y fuerza de alma que requiere la salvación de la Patria en apurados trances.

Sin la religión que demanda caridad, la ley de justicia imposible sería de conservarse, porque sin caridad ¿qué sería del humano linaje? Figuraos á la debilidad demandando protección, á la desnudez socorro, á la ignorancia luz ¿qué sería de ellas? El olvido más completo ó la más ignominiosa explotación. ¡Ah! el corazón del hombre despediría por todas partes resplandores siniestros que enlutarían el mundo.

Como no hay educación sin moral, no hay moral sin religión; de modo que la educación habrá de ser forzosa.

mente religiosa. Con esta base y el adelanto de las ciencias, ya las generaciones venideras podrán construir el edificio del verdadero progreso de los pueblos.





VENTAJAS DEL SINDICATO VITI-VINICOLA. (1.)

Supongo, queridos lectores, iréis ya cansados de oírme hablar de las *Armonías del Universo*, y ¡cosa extraña! ahora que he concluido de tratar de éstas, me toca hablar de otra más, y esta es, de la armonía que debe reinar entre vosotros, porque aun no estais todos acordes en el modo de entender las ventajas de vuestro Sindicato y vuestra Estación Enológica de Toro.

Sin duda parece haber querido la fatalidad, que formando vosotros tambien parte integrante del Universo, queráis entrar en este vasto cuadro de armonías con más derecho que los seres microscópicos, aunque seáis habitantes de un planeta, que es como átomo flotante en medio de los inmensos desiertos del vacío.

(1.) Este pequeño trabajo vió la luz despues que el de las *Armonías del Universo*, que se publicará en la segunda parte notablemente aumentado.

¿Y cómo trataré yo de armonizaros? Pues excitando vuestra emulación por medio de palpables ejemplos que demuestren las ventajas del comercio y de la industria colectiva en las modernas sociedades.

Yo quisiera para avivar en vosotros la llama de ese noble sentimiento, tener el mágico poder, que allá en las ruinas de Herculano tuviera sobre el naturalista frances el sepulcro de Plinio, ó el que allá en la culta Grecia tuvieran los vestigios del templo de Fidias sobre los jóvenes artistas que á ellos acudían, para excitar su naciente ánimo; porque sin la emulación no solo se yace en el fastidio, sinó que los pueblos permanecerán estacionarios, porque ella es el fuego con cuyo calor se alimenta la vida de las modernas sociedades.

Tiempo hubo ya en la antigüedad en que las ciudades de Tiro y Alejandría sobresalieron por solo el esplendor de su industria y comercio; y si esto sucedió en aquella época lejana, ya podeis comprender con cuanta mas razón sucederá hoy entre las naciones que van á la vanguardia de tales adelantos; porque en una época en que ni las comunicaciones eran tan rápidas y amplias, ni los progresos tan grandes, ni las necesidades tan sentidas como hoy, podían los pueblos de buenas costumbres, al a brigo de su sencillez y economía bastarse á si mismos, y aun hacerse dueños de otros ¿Pero puede hoy suceder otro tanto? La razón dice que no, y la Historia y la Geografía lo confirman. Las nuevas necesidades que hoy sienten las sociedades, y los nuevos hábitos en ellas engendrados con la creación de nuevos intereses; y unos y otros producidos á consecuencia de la cultura moderna, dicen á las claras, que los pueblos

que se quedan rezagados en el camino de la industria y del comercio, ni podrán con razón ostentar el título de cultos, ni mucho menos ocupar un lugar preferente en el libro de la Historia.

Si os remontáis con migo más atrás por los extensos espacios de la Historia, podeis contemplar aquella perla del Adriático, que parece como una eflorescencia que brotara del seno de sus ondas, aquella cuna de la libertad de la edad media, aquella insigne ciudad fundada por los fugitivos que huyeran de los feroces furores de los hunos, y que forma como el anillo de unión del Occidente y el Oriente por medio de sus mares; aquella antigua Venecia digo; y vereis no solo en ellos desplegar sus ricas flotas, sino contribuir á la derrota del poder preponderante de los turcos en las hirvientes aguas de Lepanto, por medio de la alianza que con otras potencias marítimas hiciera.

Si Venecia despues cede su puesto á nuestra España en el siglo diez y seis, preguntad á la Historia á qué se debe, y os dirá que en gran parte, á que los españoles conociendo nuevos mundos, imprimieron á la marina nuevos derroteros ensanchando los horizontes del comercio; y os mostrará que más tarde la Holanda, á pesar de ser un pequeño pais en clima ingrato, y cubierta por todas partes de pantanos, subió á un poder desconociendo por sola la preponderancia de su comercio y de sus flotas; y la rica Albión cuyos dominios son tan vastos allende de los mares, debe su poder y su pujanza á las extensas ramas del comercio y de la industria. ¿Y de qué medios creis que para ello se ha valido? Pues atendiendo con preferencia sus hombres de Estado los ramos mencionados, y excitando la emulación de los

hombres de trabajo y de saber: básteos decir que al morir el insigne Newton, ese célebre matemático descubridor de la ley de gravitación universal y de los siete colores de la luz, se le hicieron exequias semejantes á las de un Rey, y en la cámara de Jerusalem, en imperial cama se puso de manifiesto su cadáver.

Multiplicadas las necesidades, excitados los gustos y avivados los deseos, engendrados nuevos hábitos y creados nuevos intereses por medio de la cultura moderna con sus inventos y sus extensas y rápidas comunicaciones, los pueblos en nuestros tiempos no pueden prescindir de respirar esta atmósfera que los rodea, y en tal medio sumergidos, claro es que los que impura la respiren, tendrán que ser raquiticos y miserebles; porque además debeis tener en cuenta, que no basta que la Provincia os otorgue toda clase de bienes y de frutos, si vosotros no poneis de vuestra parte, porque aquella no puede ayudar á las personas que permanecen en quietismo: esta creencia de la fatalidad quédese allá para los sectarios de Mahoma, que nosotros debemos hacer de nuestras facultades, el prudente uso que las necesidades recomienden; porque precisamente en los años de más abundancia, es cuando los frutos reclaman salida más pronta y expedita; y he aquí como lo que por medio de la Providencia es un bien, por vuestra inercia lo convertiríais en un mal, con lo que se patentiza la ley del trabajo á que el hombre está sometido aun ayudado por aquella; pues bien, sabido es que muchos labradores se han quejado de la excesiva abundancia de sus cosechas, cuando sus frutos no han hallado fáciles medios de exportación, ya que las cosas, dado el giro de las sociedades, tie-

nen más bien un valor relativo que el absoluto, y no solo se han de estimar por la abundancia ó la escasez.

Hoy bien sabéis que la exportación de los vinos en este país es una necesidad por razones de todas conocidas, y si algunos pocos, por particulares miras ó mala interpretación, quisieran salirse del círculo de la unión que todos debéis tener, lo que hoy les parezca una ventaja, mañana se convertirá en su daño, porque solo por la unión inspirada en buenos deseos se consiguen las cosas, y se realizan las empresas, que el aislamiento como hijo de la ignorancia ó del mal entendido egoísmo, no puede engendrar más que bastardos productos, porque los países solitarios y desiertos nunca produjeron más que la aridez y los abrojos.

Por su parte la Autoridad ó Autoridades competentes, á fin de estimular en sus trabajos á toda naciente sociedad, que favorezca los intereses materiales ó morales de una población, deben prodigar en su auxilio cuantos medios esten á su alcance, entrando en esta categoría, los medios materiales y morales, pudiendo contarse entre estos últimos hasta honoríficas recompensas y distinciones hácia las personas que por su iniciativa y sus trabajos se distinguen en esta clase de empresas meritorias, porque por medio de la emulación y de la moral es como el mundo ha de marchar por la senda del progreso, no haciendo yo más que apuntar estas ideas, por considerar sea lo suficiente para las personas conocedoras de la importancia de este asunto, y siendo mi pobre opinión que ese carácter de protección y de cariño decidido mostrado por las autoridades, habría de influir favorablemente en el ánimo de esas personas, que más son dignas de conmiseración que de otra cosa, toda

vez que con su apatía y retraimiento, dan muestras de des conocer sus verdaderos intereses.

Y vosotros los que sin causa bastante para ello yaceis en ese aislamiento y esa inercia, que no quiero calificar; si por acaso hubiereis pensado en tan estériles regiones, que el fruto de vuestra indolencia ha de poder llegar á ser útil y sabroso, ordenad que os batan pronto esa densa catarata que os ciega, y renunciad buenamente á ese mayorazgo de un patrimonio que solo puede adjudicaros la ignorancia en los apocríficos documentos de sus preocupaciones.

Y si por acaso creéis que permaneciendo en sus regiones frías y solitarias, sois cual águilas caudales de pupila inmóvil al sol resplandeciente de la verdad, pasead en hora buena la esterilidad de vuestros errores y creencias por ese piélago fantástico, que otros inspirados por más nobles sentimientos, sabran realizar los designios del Creador acá en la tierra.





CONCLUSION DE LA 1.^a PARTE.

OPUESTAS CORRIENTES
DEL SIGLO XIX.

Siglo de grandes adelantos puede llamarse el XIX, pero tambien siglo de grandes miserias; siglo de grandes libertades, pero tambien siglo de grandes vacíos y amarguras.

Las ciencias físicas produciendo extensas industrias, ocasionaron, con el monopolio de éstas, las calamidades de que he hablado, y las corrientes liberales si pudieron llevar el bienestar á algunas clases, dejaron á otras aun con grandes vacíos en su alma; de manera que, ni las ciencias ni la libertad han podido llevar á cabo su obra civilizadora y de emancipación social.

¿Qué les falta pues? Lo que se ha descuidado. Porque la ciencia, sin que ella fuera la causa, trajo en pos de si, en unión de las corrientes liberales, mayores necesidades en el pobre, y mayor explotación en el rico, y todo engendró

gran miseria causa de desesperación, embrutecimiento y crimen, como se revela por el aumento de suicidios y de bebidas alcoholicas que las estadísticas demuestran, porque el pobre angustiado, solo encuentra alivio en su desgracia ahogando sus penas entre los vapores del alcohol, verdadero usurero que á cambio de un aumento de vitalidad momentánea prestada, concluye por arruinar su ya débil naturaleza física á la vez que lo embrutece y lo sumerge en el crimen.

De modo que en resumen tenemos; á la ciencia oponiéndose á los designios de ella misma, á la ciencia conspirando indirectamente contra la ciencia y por ende hasta contra la sociedad; á la civilización conspirando contra la civilización.

Tal es el carácter de todas las cosas humanas, que por buenas que ellas sean, han de servir para alimentar las malas pasiones del hombre, si no sabe dirigir estas ó enfiarlas por medio de la moral.

El cielo de la libertad que debiera ser asilo de refugio para todos, se convirtió en mansión de privilegiados por las humanas pasiones, produciendo aquel malestar que producen los irritantes privilegios; de manera que en lugar de dar bienestar á las sociedades, produjo lo contrario muchas veces; y no obstante en tesis general podemos decir que el siglo parece progresar en aquello de que es susceptible; pero inútil será que se esfuerze por esta sola vía, porque demostrado queda por la estadísticas y los hechos, aunque la razón no lo alcanzara, que por ella sola jamás el hombre llega al fin que se propone.

Por esto querido lector, notarás aquí un vacío que lle-

nar, que es lo que he tratado de patentizar en mis trabajos; porque sin cubrirlo, el verdadero progreso no se alcanza, por esto me has visto insistir en la armonía que debe haber entre el mundo intelectual y el moral, porque sino marchan hermanados, el progreso jamás podrá alcanzarse; por más que quiera hacerse ver lo contrario, siempre resultará patente, que las ciencias y la libertad deben hermanarse con la religión y la moral, porque las ciencias y la libertad sin aquellas, se extravían de su verdadero camino, produciendo un progreso falso muy distante de llevar el bienestar á los pueblos, y sin que tan suave enlace pueda entorpecerlas en su marcha progresiva, antes señalándole el derrotero porque deben caminar una y otra impulsadas en sus fines sociales, porque si el mundo intelectual y moral no marchan acordes, resultarán rudos choques que conmoverán hondamente á las sociedades, como se está viendo en el siglo llamado de las luces.

Es un craso error, hijo de un orgullo insensato, el pensar que las ciencias y la religión son incompatibles, so pretexto que esta es un yugo para aquella, que mal puede ocasionar tinieblas lo que es foco de resplandeciente luz; porque si aquello cierto fuera, no concibo en el Creador mayor absurdo, que el poner en abierta contradicción á las fuentes del verdadero progreso de los pueblos, cuales son la ciencia y la moral, y esto que la razón acepta de un modo necesario; este verdadero axioma, se adulteró por el orgullo, sin tener en cuenta los males que esto había de acarrear, y sin que de nada valieran las lecciones de la historia, que claro muestran lo que la luz del cristianismo despejó las nieblas de la ignorancia y rompió las cadenas de la esclavitud, ya en

los tiempos del gentilismo, ya en la tempestuosa y larga noche de la barbárie en la edad media.

Si se ven notables adelantos en los siglos posteriores á la venida del protestantismo, reparad en los desastres producidos por las guerras religiosas, y no confundais la coincidencia con la verdadera causa de las cosas, que por que la ciencia haya progresado despues del siglo XVI, no es razón bastante para achacarlo esto al protestantismo, sino al natural impulso de las cosas, que en el siglo XVI se habia progresado ya un poco, se habían hecho largos viajes marítimos, se habían descubierto las Américas é inventado la imprenta; y el progreso de las ciencias con tales elementos, y los que por la natural evolución de las cosas se agregarán en los siglos sucesivos, tuvo que desenvolverse de un modo creciente, porque á los esfuerzos de un siglo se añadía el acopio de materiales por los anteriores siglos recibido.

Si quereis convenceros de lo dicho, no teneis más que tener una mirada por el cuadro de adelantos que presentaba la Europa á la venida del protestantismo, y no os ha de ser difícil comprender que con tales adelantos, podían las ciencias progresar con paso más veloz.

Erasmus llenaba el mundo con su erudición, el español Luis Vives era tenido por filósofo eminente y regenerador de las ciencias, el célebre matemático y astrónomo Copérnico ya había aparecido en la escena del mundo científico como precursor del astrónomo de Pisa, las modulaciones del Dante y de Petrarca repetían sus ecos melodiosos en los labios del Ariosto y del poeta de Sorrente, y las obras del pintor de Urbino y Miguel Aangel se ostentan aun como

modelos de pintura y escultura, Cervantes de Saavedra da nombre á su siglo y al idioma de su patria, el Ticiano y el Corregio recuerdan los nombres de dos grandes pintores italianos, en cuyo pais se agitaban las escuelas filosóficas á la reverberación de las luces emanadas de Bizancio despues de su famosa conquista por los turcos.

Con la brújula y la imprenta descubiertas, fácil era llevar los conocimientos á todos los paises, y para ello no escasearon los viages ni los viageros marítimos que lo hicieron. Así que Colón á mas de descubrir la América, es secundado en su empresa por Américo Vespuccio; el Oceano pacífico es surcado por exploradores y audaces navegantes; Suarez descubre las islas Maldivias, otro portugues las Molucas ó de las especias, Villalobos un grupo que se supone formar parte de las nuevas Filipinas, Juan Fernández la Nueva Zelanda y la isla de su nombre, que la novela de Robinson ha hecho famosa; los portugueses habían doblado el cabo de Bojador, descubierto el senegal, abordado á las islas de Cabo Verde, tornando por las Azores, y poco despues llegó Vasco de Gama á la India doblando el Cabo de las tormentas, Yanez, Pinzón y Álvarez Cabrál toman el derrotero del Brasil, en tanto que Gaspar de Corterreal descubre la costa del Labrador; Magallanes en 1520 descubre el estrecho de su nombre divisando la tierra de fuego, y llegando hasta las Islas Filipinas; Pizarro conquista por entonces el Imperio de los Incas, en tanto que Cortés somete á Méjico á su dominación y Sebastian Elcano da la vuelta al mundo. Ved si con tales cimientos podria principiarse á edificarse el edificio del progreso. Con tales elementos y el gusto por los viages, facil es presumir que las ciencias naturales ha-

bía de tomar nuevo vuelo, teniendo en ello la mayor participación el catolicismo, pues sabido es que el pensamiento de Colón é Isabel la Católica era llevar nuestra religión á desconocidos países, y como dice el muy erudito Padre Cámara «La cruz se elevó en San Salvador, con la cruz se dobló el cabo de las Tormentas y se abrió el camino de las Indias, con la cruz se pasó el estrecho de Magallanes y el mundo fué circundado de los resplandores del catolicismo.»

Por otra parte en los modernos adelantos ¿no han tomado gran participación los católicos? Los nombres del Volta, Torricelli, Le-Verrier, Cauchi, Bufon, Ampere, Descartes, Pascal, Galileo; de los Bequerel, Regnaul, Bernard, Newton, Leibnitz, Fermat, Ticho-Brache, Bosuet, Fenelón; de los Cornilles, Racine, La Bruyere; de los Haüy Laenec, Pelletier; y de los Cariolis, Freicinet, Feijóo, Moigno y Padre Secchi, ¿no recuerdan otras tantas lumbreras de la ciencia que iluminan los espacios de la Historia despues de la venida del protestantismo? ¿No eran por ventura católicas estas eminencias?

Pero vengamos á nuestro siglo: tended la vista por los campos sociales, y á cambio de los progresos de las ciencias ¿que encontráis? La opulencia más desenfrenada contrastando con la más espantosa miseria; las naciones más prosperas y florecientes devoradas por la llaga del pauperismo, las capitales más esplendorosas sin alcanzar ni aun la duración media de la vida ¡por todas partes la ley de las compensaciones! ¡Por todas partes el mundo intelectual no pudiendo alcanzar vida floreciente sino se asocia al mundo moral! He aquí una de las grandes armonías del universo.

No; este no es el verdadero progreso; esto es causa de inmenso malestar y de desquiciamiento social. La verdadera

causa del divorcio existente entre el orden intelectual y el moral, en su esencia, consiste en el orgullo del hombre, y en las exageraciones en que incurre su espíritu al huir de un extremo que el cree exagerado; estas fueron las causas del protestantismo y que hicieron entablar el divorcio mencionado, con lo que despojando el hombre de toda traba al pensamiento, imaginó ser lícito admitir toda clase de ideas, no siendo esto lo peor, sino que estas tenían que traducirse en hechos.

Es un error manifiesto el suponer que el pensamiento no puede ni debe tener límites; los tiene y marcados por las leyes de la lógica, que le encamina directamente á la verdad; los tiene y marcados por las leyes de la moral, que le encamina directamente al bien. Sinó sujetais el pensamiento á estas leyes ¿qué resultará? El desbarajuste más tremendo en el mundo intelectual, que reflejándose en los campos de la sociedad, producirá la anarquía que presenciamos con todos los adelantos de las ciencias; y como la verdad y el bien son en su esencia una misma cosa, de ahí que las leyes de la moral y de la lógica deben caminar acordes para producir el bien social ó verdadero progreso de los pueblos.

Ved ahí la obra del divorcio entre el orden intelectual y el moral; ved la obra del orgullo humano productor de tales disturbios en su esencia.

El hombre pensó que el yugo de la religión impedía remontar su vuelo al pensamiento; y desprovisto de su luz, las pasiones le ofuscaron; el orgullo le cegó, porque pensó que él con solo sus adelantos se bastaba, pero ¡que contraposición! tanto como pensó remontar el vuelo de su pensamiento, otro tanto lo sumergió en las profundidades de to-

das las concupiscencias; ¡justo castigo de su orgullo! Y no pudiendo ya guiar sus pasos con acierto, al no divisar más que horizontes tenebrosos, comprendió que las ciencias por sí solas no servían para el gobierno de las sociedades ni para alcanzar el verdadero progreso de los pueblos.

Estos zozobrando por el mar tempestuoso de la vida ¿que buscan en su inmensa agitación? ¡Ah! No lo saben bien; andan á tientas; se agitan locos como la aguja del marino en medio de horrorosa tempestad ¿y sabeis porque? Porque en el proceloso mar del mundo en que se agitan, perdieron la luz que ha de guiarlos á puerto de salvación; y solo la encontrarán de una manera; despojando su entendimiento de la venda del orgullo que lo ciega; que no por otra causa dejó dicho ya Sta. Teresa «La humildad es la verdad.»



A decorative rectangular frame with a double-line border and ornate, scalloped corners. The text is centered within this frame.

FIN
DE LA 1.^a PARTE.

INDICE



PÁGINA.

Sobre el gran problema social de nuestro siglo y la defensa de la libertad, de la pobreza y la justicia.	1
De la civilización en general.	30
Cuestiones de actualidad inherentes á la civilización.	45
De la tolerancia.	58
De la prensa.	61
Enseñanza de las exageraciones del espíritu humano.	65
Debilidades del espíritu humano.	75
Sobre el fanatismo y sus medios de tratamiento.	85
Consideraciones sobre la esclavitud y paralelo entre el antiguo esclavo y el obrero de los modernos tiempos.	92
A la sociedad y á los anarquistas.	102
La ley, la libertad y el progreso.	107
Fenelón y el Telémaco. Consecuencias sociales que de esto se desprenden.	128
Fragmento sobre desdichas y flaquezas de la humanidad.	142
Algo sobre penas y delitos de actualidad.	156
La frenopatía y la metafísica en sus relaciones con el individuo y la sociedad.	165
Sobre el hipnotismo y la sugestión.	182

El trasformismo y el hombre primitivo. . . .	191
La ciencia y el verdadero progreso de los Pue- blos.	209
Ventajas del Sindicato Viti-vinicola.	218
Opuestas corrientes del siglo XIX.	224



PRINCIPALES ERRATAS DE ESTA 1.ª PARTE

<u>Página.</u>	<u>Línea.</u>	<u>DICE.</u>	<u>LEASE.</u>
1	3	quegido	quejido
8	20	misera	miseria
8	21	egoistan	egoistas
9	10	tomaran	tomarán
15	26	agoviado	agobiado
35	11	inturrumpido	interrumpido
43	1	sobre la flaqueza hu- mana	sobre los campos de la flaqueza hu- mana
69	8	erante	errante
72	18	dereho	derecho
73	21	firmé	firme
98	11	coovea	corvea
103	11	estravagancia	extravagancia
104	14	altruistas	altruista
105	22	instrumentos	instrumento
109	17	son las falsas	son falsas las
175	15	reflexisión	reflexión
201	26	Asdepiades	Asclepiades
205	11	terror	error
206	16	colocados	colocadas
227	30	Aangel	Ángel



Se vende por separado esta primera parte, al precio de tres pesetas.

Por dos reales más se envia certificada á todos los puntos de la península.

Los pedidos á casa de su Autor. Calle de San Lorenzo, n.º 7.—TORO.

Los que envíen dos pesetas más tendrán derecho á la segunda parte.

1945

1946

1947

1948

1949

1950

1951

1952

1953